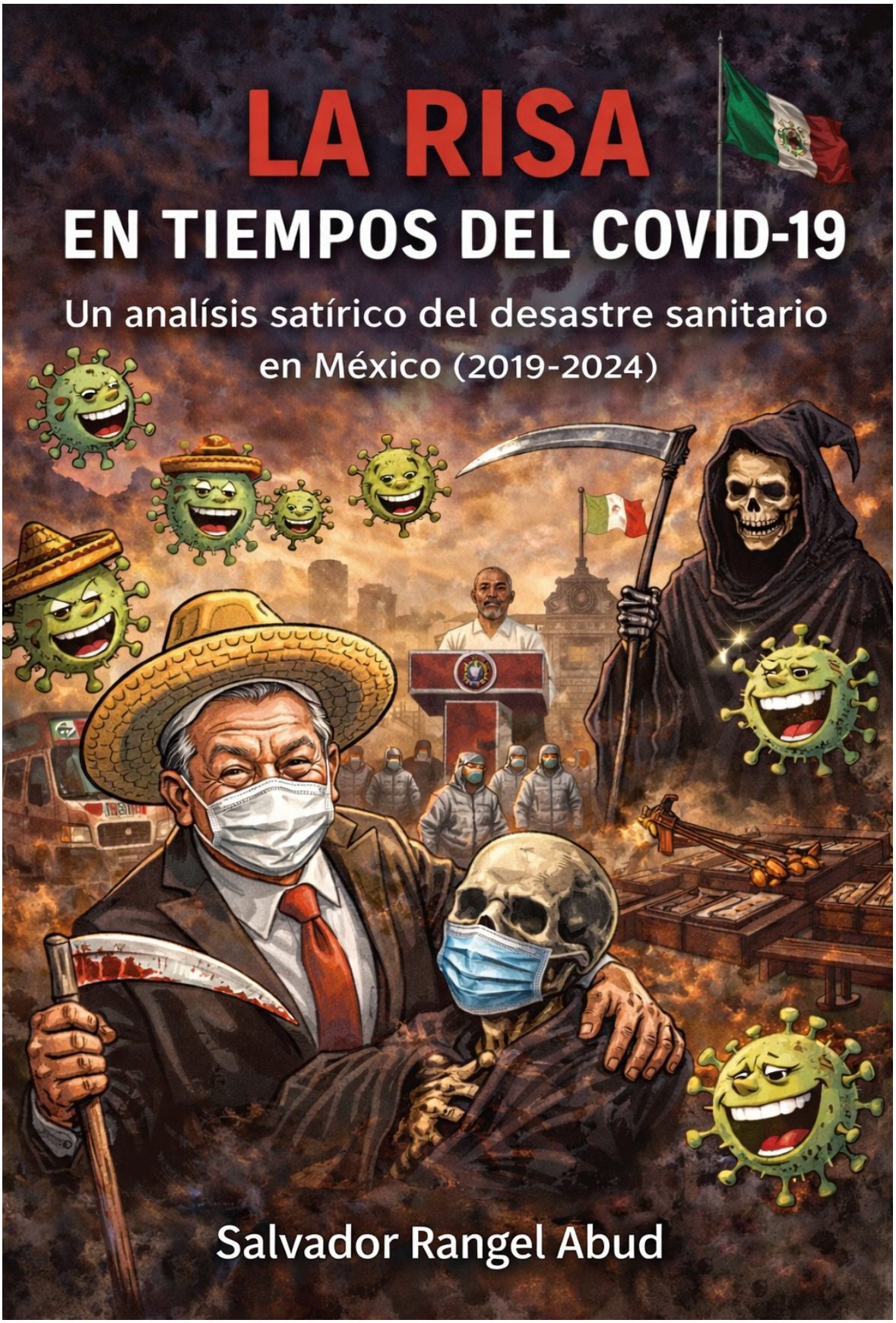
LA RISA
EN TIEMPOS DEL COVID-19
Un analísis satírico del desastre sanitario
en México (2019-2024)
Salvador Rangel Abud

LA RISA EN TIEMPOS DEL COVID-19
Un análisis satírico del desastre sanitario en México (2019-2024)

Autor: Salvador Rangel Abud, PhD
Año: 2026
Género: Ensayo satírico / Análisis político / Novela híbrida
Palabras: 34,180

SINOPSIS

Este documento presenta un análisis exhaustivo del manejo de la pandemia COVID-19 en México durante el gobierno de la Cuarta Transformación (2018-2024), utilizando ironía, sarcasmo y humor negro como herramientas de procesamiento del horror documentado.

A través de una estructura híbrida que combina análisis satírico con narrativa universitaria, el texto documenta:

- 833,473 muertes en exceso (INEGI, julio 2023)
- 330,000 muertes evitables (Comisión Independiente, abril 2024)
- 11 errores críticos en política de salud pública
- Cuarto lugar mundial en tasa de exceso de mortalidad

El documento alterna entre:

1. Texto satírico original: Análisis cínico y documentado del desastre (75%)
2. Narrativa del aula 304: Estudiantes de la UNAM debatiendo el documento en 2025 (25%)

ADVERTENCIA

Este libro contiene:

- ✓ Humor negro y sarcasmo mordaz
- ✓ Datos verificables que pueden resultar incómodos
- ✓ Crítica fundamentada en evidencia científica
- ✓ Lenguaje directo sobre incompetencia gubernamental

No es ficción especulativa. Es documentación satírica de hechos verificables.

FUENTES PRINCIPALES

Todos los datos citados provienen de:

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI)
- Comisión Independiente de Evaluación COVID-19 México

- Organización Mundial de la Salud (OMS/OPS)
- Secretaría de Salud de México (registros oficiales)
- Publicaciones científicas revisadas por pares

PROPÓSITO

Este documento existe para:

1. Documentar - Preservar evidencia verificable del desastre
2. Educar - Enseñar pensamiento crítico basado en datos
3. Recordar - Honrar a las 833,473 personas fallecidas
4. Prevenir - Evitar que la historia se repita

LICENCIA

© 2026 Salvador Rangel Abud

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Eres libre de:

- ✓ Compartir — copiar y redistribuir en cualquier medio o formato
- ✓ Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material

Bajo estos términos:

- ⚠ Atribución — Debes dar crédito apropiado, enlazar la licencia e indicar cambios
- ⚠ NoComercial — No puedes usar el material con fines comerciales
- ⚠ CompartirIgual — Si remezclas, debes distribuir bajo la misma licencia

Texto completo de la licencia: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es

---

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD

Los datos presentados en este documento son verificables públicamente. Las opiniones, interpretaciones y el tono satírico son responsabilidad exclusiva del autor.

Este trabajo no representa a ninguna institución académica, partido político u organización. Es un ejercicio de libertad de expresión y análisis crítico basado en evidencia documental.

ADVERTENCIA LEGAL

Cualquier intento de alterar, censurar o tergiversar este documento histórico será considerado manipulación de evidencia documental. El contenido está protegido bajo licencia Creative Commons y preservado en múltiples repositorios independientes.

La verdad documentada no constituye difamación. Los funcionarios públicos están sujetos a escrutinio ciudadano. La crítica fundamentada en datos oficiales es ejercicio legítimo de libertad de expresión protegido constitucionalmente.

CONTACTO Y VERIFICACIÓN

Para verificar autenticidad del documento:

- Hash SHA-256: [se generará al momento de publicación]
- Repositorios oficiales:
  - Archive.org: archive.org/details/la-risa-covid-mexico
  - GitHub: github.com/[usuario]/la-risa-covid
  - IPFS: [hash a determinar]
  - Zenodo: [DOI a determinar]

Para reportar errores de datos o fuentes: Toda corrección debe incluir fuente verificable. Este documento se actualiza cuando hay evidencia documentada de error factual (no de opinión).

DEDICATORIA

A las 833,473 personas que murieron durante la pandemia en México.
A las 330,000 cuyas muertes fueron evitables.
A los 4,843 profesionales de salud caídos.
A los 215,000 niños que quedaron huérfanos.

Su memoria no prescribe.

CITA SUGERIDA

Rangel Abud, S. (2026). *La risa en tiempos del COVID-19: Un análisis satírico del desastre sanitario en México (2019-2024)*. Documento independiente. Recuperado de [URL del repositorio].

VERSIÓN: 1.0 Final
FECHA DE PUBLICACIÓN: Febrero 2026
ÚLTIMA ACTUALIZACIÓN: [Fecha]

"La risa en tiempos de COVID no es alegría. Es mecanismo de supervivencia. Es válvula de escape. Es forma de decir 'esto es tan absurdo que solo puedo reírme para no gritar'."

"Y la memoria, a diferencia de la justicia en México, no prescribe."

ÍNDICE

PRÓLOGO: La risa como resistencia

CAPÍTULO 1: 2019 - Los cimientos del desastre

CAPÍTULO 2: 2020 - Declaraciones aventuradas

CAPÍTULO 3: 2021 - Una ola que se pudo "surfear"

CAPÍTULO 4: 2022 - La fatiga de fingir que importa

CAPÍTULO 5: 2023 - No cuenten los muertos dos veces

CAPÍTULO 6: 2024 - La verdad no peca, pero incomoda

CAPÍTULO 7: FACTA NON VERBA (Los hechos hablan)

EPÍLOGO: La risa amarga que es resistencia

LA RISA EN TIEMPOS DEL COVID

PRÓLOGO

Los regímenes populistas como el de la llamada Cuarta Transformación, tienen un talento especial para confundir las palabras con los hechos. Es como si creyeran genuinamente que declarar ***"estamos combatiendo la pobreza"*** hace que desaparezca por arte de magia gubernamental. Que prometer ***"transformación"***, realmente logra beneficios más allá de los discursos. Que la retórica apasionada es sustituto adecuado de la competencia administrativa. Es una fe conmovedora en el poder de la palabra. Lástima que la realidad—terca, necia, inmune a los buenos deseos—insista en no cooperar con el guion.

México entre 2018 y 2024 vivió el experimento perfecto de qué pasa cuando un gobierno decide que gobernar es principalmente un ejercicio de narrativa. De construcción de relatos épicos. De enemigos imaginarios, batallas simbólicas y victorias declaradas sobre problemas que no solo no se resolvieron sino que frecuentemente empeoraron. Pero como el gobierno controlaba el micrófono y las conferencias de prensa, nombre dado a la propaganda oficial de este régimen, duraban dos horas diarias, la narrativa podía mantenerse viva el tiempo suficiente para que mucha gente la creyera…y la siga creyendo asombrosamente a pesar de los hechos vividos.

Pero en ese lapso de lamentable memoria para la salud pública, llegó el COVID-19. Y resultó que los virus no leen comunicados de prensa. No les impresiona la retórica revolucionaria. No se intimidan ante posibles acusaciones de ser conservadores o neoliberales. Los virus solo hacen lo que saben hacer: infectar, reproducirse, enfermar y eventualmente matar con esa imparcialidad arrolladora, de quien no distingue entre izquierda y derecha, entre pueblo bueno y fifís, entre transformadores y opositores.

En el año 2019, México parecía prepararse, inconscientemente, para enfrentar la pandemia que vendría—aunque nadie sabía que vendría—pero de la manera más eficiente posible para maximizar el desastre futuro ¿cómo?: destruyendo sistemáticamente su sistema de salud.

Cancelaron el Seguro Popular que daba cobertura a cincuenta millones de personas. No porque tuvieran listo algo mejor que lo sustituyera, sino porque habían cacareado durante muchos años de campaña que representaba el régimen anterior y por lo tanto debía morir. Decían propagandísticamente que “ni era seguro, ni era popular”, pero fue

como quemar tu casa porque la construyó el vecino que te cae mal y con un diseño que a ti no te gustaba. Y técnicamente, claro que puedes hacerlo, pero en la realidad te quedas sin casa. ¡Ah! pero al menos le demostraste al vecino quién manda. Eso es muy digno, pero muy tonto.

Y una de las primeras consecuencias de haber asesinado de cuajo al Seguro Popular, es que vino el gran desabasto de medicamentos. Primero los oncológicos para niños. Porque si vas a destruir un sistema de salud, más vale hacerlo de forma que maximice el sufrimiento de los más vulnerables. Las fotografías con los niños sin cabello por el tratamiento para el cáncer son excelentes, cuando quieres hacerte promoción y los visitas en el hospital. Pero dejan de ser excelentes cuando aparecen con los padres de esos niños pidiendo continuación de las quimioterapias, que han dejado de estar disponibles, porque alguien decidió desde los más altos niveles que la continuación de la logística farmacéutica era menos importante que la austeridad simbólica para apoyar al régimen que la cacarea.

En efecto, cuando los padres protestaron. Como protestan los padres cuando sus hijos se están muriendo por falta de medicinas que debieron existir como un recurso disponible y que simplemente no llegan porque el gobierno decidió reinventar la rueda, aunque resultó que su rueda… no rueda. El gobierno respondió con una furia inconcebible llegándolos a llamar “golpistas”. Porque evidentemente pedir medicinas para tu hijo moribundo puede llegar a considerarse una conspiración política cuando la incompetencia gubernamental no sabe cómo justificarla. La lógica de ese régimen era impecable: el problema no existe si no pensabas demasiado en que existe.

Y entonces, mientras México terminaba de quitarse el techo sanitario, de vender las ventanas de su casa médica, de rematar las puertas de su infraestructura hospitalaria—todo para construir algo mejor, decían, una casa del pueblo, una casa transformada, una casa transformadora y no una casa neoliberal— en Wuhan, China, un virus nuevo empezó a matar gente.

Lo que vino después, está documentado con precisión tan triste, tan evidente, tan atroz que casi resultó obscena. Ocurrieron en México 833,473 muertes en exceso entre marzo de 2020 y diciembre de 2023. Eso significó la cuarta tasa de mortalidad más alta a nivel mundial. También el primer lugar en el mundo por muertes del personal de salud, y el primer lugar en generación de orfandad infantil.

Fue conseguir con ello retroceder treinta años en la esperanza de vida. Logro obtenido en solo tres años de pandemia. Fue toda una hazaña porque créanlo, es muy difícil fracasar tan espectacularmente sin esfuerzo deliberado en tan poco tiempo.

De esas 833 mil muertes, la Comisión Independiente —un grupo de científicos que evidentemente no recibieron el memorándum de que

debían ser más optimistas— calculó que aproximadamente 330,000 de ellas eran evitables. Lean esto despacio para que lo digieran bien. ***Trescientas treinta mil personas no tenían por qué haber muerto***. Pero sí murieron…y todo porque el gobierno tomó decisiones que cualquier manual básico de salud pública dice que no debes tomar.

Por ejemplo, pretender absurdamente combatir un virus respiratorio altamente contagioso ***con amuletos religiosos***. O declarando que ***tu fuerza moral te hace inmune***. O insistiendo que ***los cubrebocas "sirven para lo que sirven y no sirven para lo que no sirven"***— frase que merecería una placa conmemorativa en el museo de la estupidez política…y que aunque parezca una frase de Mario Moreno, en realidad fue una frase pública en octubre de 2020 del responsable nacional de enfrentar la pandemia.

E increíblemente, nadie pagó por nada de esto. Nadie fue a la cárcel. Nadie fue destituido. Nadie pidió perdón. El presidente terminó su sexenio con índices de aprobación que frecuentemente presumía diciendo que sólo el primer ministro de la India le ganaba en aceptación (por supuesto cuando solo les preguntaban a sus simpatizantes o a su pueblo “comprado” con los programas sociales).

Inconcebiblemente, el subsecretario que proyectó 60 mil muertos como escenario “desastroso” si sucediera, se equivocó por 773 mil personas… y no tan solo conservó su puesto hasta el último día, sino que viajó a Ginebra como representante de México en la OMS en la administración siguiente. No sabemos si eso es ceguera política, insensibilidad social, o impunidad tan perfecta que da miedo. Porque enseña una lección peligrosa: que puedes causar la muerte de cientos de miles por incompetencia y salir impune si lo haces envuelto en suficiente retórica revolucionaria.

Lo que está a punto de conocer, el lector hipotético de esta obra, es una novela. Pero no una novela con datos ficticios…no una novela con situaciones inventadas…solo es una novela rara, híbrida, mutante. Como esos animales de la isla del doctor Moreau, ni una cosa ni otra sino algo intermedio que no debería existir pero existe.

Es la historia de un grupo de estudiantes universitarios que en 2025— cuando la pandemia ya era recuerdo doloroso pero recuerdo al fin— descubren un documento circulando en internet. Un análisis satírico del manejo mexicano de la pandemia titulado ***"La risa en tiempos del COVID-19".*** Y deciden leerlo para debatirlo. Analizarlo. Confrontar sus certezas políticas contra los datos incómodos. Sus lealtades ideológicas contra las evidencias científicas.

Entonces, esta novela alterna entre dos niveles. Por un lado, el drama de los estudiantes: sus debates apasionados, sus convicciones chocando, sus alianzas formándose y rompiéndose, su profesor navegando en las aguas peligrosas de la libertad académica y la supervivencia

institucional. Y por otro lado, el documento completo que están leyendo: año por año, dato por dato, ironía tras ironía, la construcción del desastre mexicano que significó el pésimo desempeño de México y su estructura gubernamental para enfrentar una pandemia que lo castigó con casi un millón de muertos y con graves consecuencias para la salud pública.

Cada capítulo del documento está aquí íntegro. Sin censura. Sin suavizar. Con todo el cinismo necesario para procesar lo improcesable. Porque la única forma de contar una historia tan absurda sin volverse loco es contarla con la risa amarga de quien vio el desastre y se niega a fingir que fue otra cosa.

Es una sátira, sí. Pero una sátira basada en hechos totalmente públicos verificables. Cada dato existe en las fuentes gráficas, fotográficas, videográficas, hemerográficas, científicas, en fuentes oficiales de estadística etc. Cada declaración gubernamental citada es textual. Cada ejemplo de incompetencia tiene fecha y video de respaldo. La realidad fue tan grotesca que no hace falta inventar nada. Solo hay que contarla con la ironía que merece, por eso ni siquiera es un riesgo ser acusado de atacar en forma aviesa a un régimen... Solo es contar las cosas públicas con una construcción cómica para que sean más digeribles.

Entre esos capítulos, los estudiantes que deben decidir qué creer. Están los que defienden al régimen con uñas y dientes porque admitir que se equivocó implicaría cuestionar toda su visión del mundo. Están los que atacan con furia acumulada de quien perdió familia y no olvida ni perdona. Están los que intentan ser objetivos y descubren que la objetividad es más difícil de lo que parece cuando los datos contradicen tus preferencias. Y estamos todos los demás, en otras palabras.

Porque esa es la pregunta real que esta novela plantea: ¿Cómo procesamos como sociedad que nuestro gobierno mató por incompetencia a cientos de miles de personas? ¿Le creemos a los datos o a la narrativa? ¿Exigimos rendición de cuentas o normalizamos el desastre? ¿Recordamos o perdonamos olvidando?

México tiene práctica en olvidar. Siglos de práctica. Hemos olvidado masacres, corrupciones, traiciones, incompetencias previas. Siempre hay un nuevo escándalo que borra el anterior. Siempre hay una nueva esperanza que hace que perdonemos el fracaso pasado. Es como tener memoria de pez dorado a nivel nacional. Práctico para seguir adelante. Peligroso para aprender de errores.

Pero 833,473 muertos no deberían ser fáciles de olvidar. 330,000 muertes evitables no deberían perdonarse con un "todos los gobiernos cometen errores". Porque hay errores—meterte en un proyecto que falla, gastar mal el presupuesto, prometer lo que no cumples—y hay negligencia criminal que causa muerte masiva.

Los estudiantes de esta novela nacieron alrededor del año 2000. Durante la pandemia tenían veinte años. Edad suficiente para darse cuenta de que algo terrible estaba pasando. Edad insuficiente para entender completamente las implicaciones políticas. Ahora, con seis años de distancia y acceso a datos que entonces no existían públicamente, deben confrontar lo que pasó. Y decidir qué hacer con esa información.

Algunos cambiarán de opinión. Otros se aferrarán más a sus convicciones. Algunos aprenderán que la realidad es más compleja que sus certezas. Otros descubrirán que sus certezas eran más sólidas de lo que pensaban. Porque así funciona el pensamiento crítico real: no garantiza que todos lleguemos a las mismas conclusiones. Solo garantiza que las conclusiones sean informadas.

La estructura es deliberadamente incómoda. No es un ensayo puro porque hay personajes. No es una novela tradicional porque el documento que leen es un análisis político real. No es, de ninguna manera, ficción completa porque todo lo narrado sobre la pandemia sucedió…tristemente sucedió. Entonces es un documento literario híbrido. Como debe ser cuando intentas contar una verdad tan absurda que parece mentira.

Porque ese es el legado del populismo extremo: genera realidades tan grotescas que suenan a parodia. Un presidente mostrando amuletos en cadena nacional. Un epidemiólogo vacacionando en playas mientras mil personas mueren diarias. Emitiendo proyecciones a futuro con escenarios desastrosos y fallando por mil doscientos ochenta y ocho por ciento. Todo esto pasó. Todo está documentado. Todo suena a comedia mal escrita. Pero es tragedia real.

Los 833,473 muertos no pueden contar su historia. Están muertos. Los 215,000 niños huérfanos llevarán esa marca toda su vida. Los 4,843 profesionales de salud que cayeron porque su gobierno decidió que las batas de protección eran un gasto innecesario, solo fueron un daño colateral según parece.

Esta novela intenta entonces, ser su voz. Imperfecta. Irónica. Incómoda. Pero voz al fin que jamás tendrán porque los muertos no hablan… a menos que quienes quedamos intentemos que lo hagan a través de nuestra voz indignada.

Y mientras haya quien lea, quien recuerde, quien se niegue a olvidar, ellos no habrán muerto completamente en vano.

Aunque la justicia nunca llegó.

Aunque la rendición de cuentas nunca existió.

Aunque todo quedó impune.

Al menos quedará el registro. La memoria. La risa amarga que es resistencia disfrazada de carcajada.

Que comience entonces.

La historia de un documento incómodo.

La historia de estudiantes confrontando verdades que preferirían ignorar.

La historia de 833,473 personas que merecen algo más que ser una mera estadística olvidada en los documentos estadísticos…y en los certificados de defunción individuales que obran en poder de sus deudos… de esos deudos que JAMAS OLVIDARÁN su partida.

Bienvenidos entonces a “La risa en tiempos del COVID-19”

Porque cuando todo lo demás falla, cuando la justicia no llega, cuando la impunidad es perfecta, al menos nos queda la risa amarga.

Y la memoria.

Que a diferencia de la justicia en México, no prescribe.

CAPÍTULO 1

El libro que nadie pidió

La Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM tiene ese olor particular a ambiciones revolucionarias que nunca terminan de cuajar, café instantáneo que sabe a decepción, y fotocopias ilegales de "El Capital" que nadie leerá completo. El aula 304, segundo piso, tiene ventanas que dan al estacionamiento donde los profesores pelean por lugares como si fuera asunto de seguridad nacional. Ha sido testigo de debates apasionados sobre Gramsci, Foucault, y todos esos pensadores europeos que resolvieron los problemas de Europa mientras México seguía siendo México.

Pero ese martes de septiembre de 2025, el aula 304 vería algo diferente. No otro debate teórico sobre hegemonía cultural. Algo mucho más incómodo: datos.

Gaudencio Alatriste Zúñiga entró cinco minutos tarde, como siempre, porque la puntualidad es construcción burguesa o algo así. Traía su tablet bajo el brazo como quien lleva una granada sin seguro. Y técnicamente, eso era exactamente lo que traía.

El profesor Calixto Góngora Amieva explicaba algo sobre la hegemonía cultural—otra vez con Gramsci, ese muerto que no deja descansar a los profesores de ciencias políticas—cuando Gaudencio levantó la mano interrumpiéndolo a media frase. Gesto audaz considerando que Góngora es de esos profesores que pueden arruinarte el semestre con una sola calificación mal puesta.

—Profesor, encontré algo que creo debemos discutir.

Calixto se detuvo. Conocía a Gaudencio. Estudiante brillante, molesto, de esos que leen demasiado y hacen las preguntas incorrectas en el

momento correcto. O las preguntas correctas en el momento incorrecto. Dependiendo de la perspectiva.

—¿Qué encontraste, Alatriste?

Gaudencio se puso de pie con esa energía nerviosa del que sabe que va a detonar algo.

—Un libro. Bueno, un documento. Circula en repositorios académicos alternativos. Se llama ***"La risa en tiempos del COVID-19"***. Es un análisis del manejo de la pandemia por el gobierno de López Obrador.

Marcia Miraflores, sentada en primera fila como siempre —porque los verdaderos revolucionarios se sientan adelante para no perderse ni una palabra del profesor—resopló audiblemente.

—Ay no, aquí vamos otra vez con la propaganda fifí anti-4T.

—Por eso mismo propongo que lo analicemos—continuó Gaudencio—. Como ejercicio académico serio. Pero con reglas: solo datos verificables. Nada de opiniones de Facebook o lo que le contó a tu tío el del puesto de tacos.

Rodrigo Solórzano, que ocupaba su territorio habitual en la tercera fila al lado de la ventana, soltó una carcajada.

—¿Datos verificables? Órale, y supongo que esos "datos" vienen de Loret de Mola y de todos los medios vendidos al neoliberalismo, ¿no? Me apunto. Tengo muchas ganas de exhibir otro panfleto fifí disfrazado de "análisis objetivo".

Sirenio Montebello, última fila, respondió con veneno controlado:

—Me apunto yo también. Porque tengo muchas ganas de ver cómo justifican 833 mil muertos.

—¡Eso es mentira inventada por...!—empezó Marcia.

—¡Orden!—Calixto levantó la mano. La clase se silenció. El profesor Góngora tenía esa autoridad tranquila que no necesita gritos. Solo una mirada de "cállense o reprueben" bien calibrada—. Alatriste, explícame exactamente qué propones.

Gaudencio respiró hondo.

—Propongo que dediquemos las próximas semanas a analizar este documento. Debate formal. Quien quiera participar debe leer el texto completo y preparar argumentos con evidencia verificable publicada. No ideología. No memes. Datos duros.

Calixto se quitó los lentes, los limpió despacio. Técnica perfeccionada en treinta años de docencia para ganar tiempo mientras decides si estás a punto de cometer un error que te va a costar el trabajo. Porque esto era políticamente peligroso. Por un lado, era exactamente el tipo de ejercicio que debía hacerse en una universidad: análisis crítico, debate basado en evidencia, pensamiento independiente—todas esas cosas que aparecen

en los folletos promocionales de la UNAM pero rara vez en los salones de clase.

Por otro lado, podía explotar espectacularmente y terminar explicándole al director por qué permitió un "ataque político disfrazado de ejercicio académico" en su clase. Y en la UNAM del 2025, con la 4T todavía en el poder a través de su heredera, esas explicaciones podían terminar mal.

Pero Calixto Góngora no había dedicado su vida a enseñar teoría política para acabar censurando el análisis político por miedo.

—Está bien. Bajo mis condiciones.

El aula prestó atención. Hasta los que estaban en Facebook levantaron la vista.

—Primera condición: quien participe debe leer el documento completo. Nada de opinar sobre lo que leyó tu roommate. Segunda: toda afirmación debe estar respaldada por fuentes verificables y públicas. Tercera: esto cuenta para calificación, hasta 20% de mejora para quien participe constructivamente. Cuarta: respeto absoluto. Pueden destrozar argumentos, no personas. Quinta: si esto se convierte en circo, lo cancelo y todos pierden los puntos. ¿Entendido?

Gaudencio sonrió.

—¿Entonces sí?

—Entonces sí. Compartan el documento. Dos semanas para leerlo. Primera sesión de debate el martes 29. Y que los dioses nos amparen porque probablemente voy a arrepentirme de esto.

En solo unos cuantos minutos, el archivo PDF circulaba. Celulares vibraron. "La_risa_en_tiempos_del_COVID-19.pdf" llegó a dieciocho pantallas. Algunos lo abrieron inmediatamente con esa curiosidad morbosa del que sabe que va a leer algo polémico. Otros lo guardaron para después con la esperanza de que se olvidara. No se olvidaría.

Marcia salió del aula con el documento ya abierto en su tablet y una expresión de quien acaba de recibir un diagnóstico médico preocupante. Rodrigo la alcanzó en el pasillo.

—¿Ya viste esa mamada?—preguntó mostrándole su pantalla con el índice del documento—. Capítulo 1: "Los cimientos del desastre". Capítulo 2: "Declaraciones aventuradas". Es pura propaganda opositora disfrazada de análisis. Esto va a ser como quitarle un dulce a un niño.

—No sé, Rodrigo—Marcia sonaba menos segura de lo habitual—. Gaudencio no es pendejo. Si propuso esto debe tener algo sólido.

—¿Sólido?—Rodrigo rio—. Va a tener las mismas pendejadas de siempre. Que AMLO no hizo suficiente. Que López-Gatell es el diablo. Que si hubiéramos hecho lo que Alemania o Corea del Sur. Pura comparación con países que no son comparables. Ya verás.

Sirenio, que había salido detrás de ellos, se detuvo.

—Rodrigo, ¿tu familia perdió a alguien en la pandemia?

—¿Qué?

—Es simple. ¿Murió alguien de tu familia?

—Mi tío. Pero era diabético y tenía...

—Mi abuela—interrumpió Sirenio con voz peligrosamente tranquila—. Mayo de 2020. Se ahogó en su casa porque no había espacio en hospitales. No era diabética. No tenía comorbilidades. Solo tuvo la mala suerte de enfermarse cuando el sistema de salud estaba colapsado. Así que cuando leas el documento, Rodrigo, piensa que cada número representa a alguien como mi abuela.

Sirenio se fue antes de que Rodrigo pudiera responder. Marcia se quedó callada, mirando la pantalla de su tablet donde el documento esperaba ser leído.

Esa noche, dieciocho estudiantes abrieron el PDF. Algunos con curiosidad académica. Otros con escepticismo defensivo. Otros con esperanza de encontrar finalmente articuladas las dudas que habían tenido durante años pero nunca se atrevieron a expresar.

Y esto es lo que encontraron cuando llegaron al primer capítulo:

2019 - Los cimientos del desastre

El año 2019 será recordado en los anales de la medicina mexicana como aquel en que el país decidió prepararse para una pandemia aplicando el método probado de quitarse toda la ropa justo antes de salir a una tormenta de nieve. Fue un esfuerzo admirable y coordinado de ceguera y sordera aliadas, porque primero requirió ignorar a todos los expertos disponibles, despreciar las décadas de experiencia internacional en salud pública, y tener una fe casi religiosa en que las leyes de la biología hacen excepciones cuando las intenciones son puras.

Fue casi como cancelar un seguro médico el día antes de una cirugía de corazón abierto del titular porque "¿ya para qué, si igual lo iban a operar?". La lógica era impecable para el escaso horizonte de miras que mostró la Cuarta Tribulación, que llegó al poder en diciembre de 2018 montada en una ola de esperanzas construidas por su narrativa de campaña e innumerables promesas de cambio... Y hay que reconocer que cambio si hubo… vaya que lo hubo.

Empezando por el sistema de salud, que fue transformado con la delicadeza de quien remodela su casa con un marro mientras está dormido el abuelo en el sillón. El Seguro Popular, ese engendro imperfecto y tan criticado por ellos diciendo que “ni era seguro, ni era popular”, pero que de alguna manera lograba mantener vivos a unos cincuenta millones de mexicanos...ese… tenía que desaparecer. No porque no funcionara al 100% sino porque funcionaba mal según ellos. Y como todos sabemos, cuando algo funciona mal de acuerdo a la óptica

del lego, la solución obvia es destruirlo completamente y esperar que la nada funcione mejor.

Y es que el Seguro Popular no era el NHS británico, cierto. Tampoco era el sistema canadiense, ni el Noruego, ni el de Costa Rica. Era un Frankenstein administrativo que había sido remendado, parcheado y remendado varias veces hasta convertirse en algo que no era ni chicha ni limonada pero que al menos era líquido y quitaba la sed. Cincuenta millones de personas sin seguridad social tenían acceso a servicios de salud. Servicios regulares o malos en muchos casos, tardados, incompletos, burocráticos, lentos, pero al menos tenías turno y medicinas que llegaban tarde, pero eventualmente llegaban. Era el equivalente médico de tener un coche viejo y feo que arranca la mitad de las veces: no es ideal, pero te lleva donde quieres a pesar de todo.

Pero la Cuarta Tribulación dijo que el coche estaba viejo y que había que cambiarlo porque ellos no vinieron a reparar coches viejos. Solo que en vez de carro nuevo, compraron una carretilla, esperando que funcionara como un automóvil de lujo. Quisieron prenderle fuego al carro viejo y prometer que construirían uno nuevo, mejor, más bonito. Y mientras lo construían, pues la gente podía caminar. Porque ¿Qué tiene de malo caminar? El pueblo camina. Caminar es revolucionario. Caminar fortalece el carácter. Y si te mueres en el camino antes de llegar al hospital, pues habrás muerto caminando, que es más digno que morir en un coche fifí del régimen anterior.

Porque la Cuarta Tribulación no vino a administrar lo pésimo. Vino a transformar todo, y al crear el INSABI… nombre tan hermoso que daba ternura. "Salud para el Bienestar" sonaba a programa de gobierno nórdico diseñado por gente que lee a Foucault y se preocupa genuinamente por el índice Gini. Lástima que entre el nombre bonito y la realidad había un abismo del tamaño del presupuesto que nunca llegó… así como la brecha entre el funcionario habilitado que pusieron a dirigirlo y Albert Einstein.

La transición del Seguro Popular al INSABI fue planeada con el cuidado de quien organiza una mudanza tirando todos sus muebles por la ventana. Un día existía un sistema que más o menos funcionaba. Al día siguiente…ya no había nada. Bueno, no exactamente nada. Existía el INSABI, que técnicamente era algo, pero que en la práctica era la idea de algo, o lo mismo que nada. Era como tener hambre y que te ofrezcan el concepto de una torta de jamón, que filosóficamente es muy interesante, y nutricionalmente prometedora… pero sin que te dieran ninguna torta

El primer síntoma de que las cosas no iban bien, fue cuando empezó a evidenciarse el gran desabasto de medicamentos oncológicos para los niños. Y aquí hay que hacer una pausa para apreciar la cruel precisión del destino. De todos los medicamentos que podían faltar… faltaron esos…la puntería era maravillosamente estúpida…y criminal.

No faltaron los analgésicos comunes, porque la gente podía vivir un poco con dolor. No faltaron los antiácidos, porque podían tener agruras. No faltaron los jarabes para la tos, porque ¿a quién le importa toser un poco? ¡NO! Faltaron las quimioterapias infantiles. Porque cuando el universo decide joder a los niños…la cuarta tribulación lo hizo con estilo.

Los hospitales empezaron a quedarse sin las medicinas que mantienen vivos a esos niños con cáncer. No de golpe, que hubiera sido al menos honesto. No: de a poquito. Primero faltaba un medicamento. Luego otro. Luego tres más. Los médicos improvisaban tratamientos alternativos. Los padres empezaban a preocuparse. Las enfermeras miraban los estantes vacíos con esa cara de "yo sabía que esto iba a pasar" que tienen los profesionales de la salud mexicanos, cuando ya saben lo que puede suceder por haber lidiado durante décadas con gobiernos “creativos”.

Y entonces los padres hicieron lo que cualquier padre haría cuando su hijo se está muriendo por falta de medicinas: protestar. Se organizaron. Bloquearon entradas de hospitales. Exigieron explicaciones. Fueron educados al principio, porque uno siempre empieza siendo educado cuando pide cosas razonables como "por favor no dejen morir a mi hijo".

Luego fueron insistentes. Finalmente fueron desesperados. Y la desesperación, en México, es frecuentemente malinterpretada como terrorismo…¡SI! Hasta hubo un imbécil disfrazado de médico que llamó a los padres de los niños con cáncer “terroristas” que querían dar un golpe de Estado para desestabilizar al egregio gobierno de la cuarta tribulación…¡no es broma!… se los juro…está grabado en los anales de la TVmeroteca oficial.

El gobierno respondió con esa mezcla de negación y victimización que se convertiría en su marca registrada. No había desabasto, había "reajuste logístico para evitar corrupción neoliberal". No había niños sin medicinas, había "transición administrativa con áreas de oportunidad". No había incompetencia, había "sabotaje de la mafia farmacéutica del poder neoliberal conservador".

Los padres no estaban desesperados porque sus hijos literalmente se estaban muriendo. Estaban siendo manipulados por oscuros intereses que querían hacer quedar mal al gobierno. Porque claramente, cuando tu hijo tiene leucemia y no hay quimioterapia, tu prioridad número uno es la estrategia política de desestabilización.

En retrospectiva, este momento debió haber sido una advertencia. Una señal de alerta del tamaño del Popocatépetl diciendo "oigan, tal vez destruir el sistema de salud no fue una buena idea". Pero las señales de alerta son para los fifís. El pueblo bueno no necesita señales. Ese pueblo tiene intuición revolucionaria.

Mientras los niños con cáncer hacían fila para no morir, en las oficinas centrales de la nueva estructura sanitaria se tomaban otras decisiones

igualmente brillantes. La austeridad, se decidió, sería la nueva religión. Y como toda religión que se respete, requería sacrificios. En este caso, el sacrificio era el presupuesto de salud.

Porque el pueblo, explicaron las mentes brillantes de la Cuarta Tribulación, no necesita hospitales fifís. El pueblo no necesita equipo médico de última generación. El pueblo no necesita camas de terapia intensiva ni ventiladores mecánicos importados ni medicinas caras. El pueblo necesita hospitales austeros, honestos, sin lujos. Como si la honestidad administrativa curara el cáncer. Como si la austeridad presupuestal oxigenara los pulmones. Como si uno pudiera sobrevivir a una sepsis con pura fuerza moral y un discurso bonito sobre la transformación.

La Comisión Independiente documentaría después, con ese lenguaje técnico que usan los científicos para decir barbaridades sin sonar groseros, una "disminución importante en la inversión en salud en meses previos a la pandemia". Traducción: le bajaron al gasto en hospitales justo cuando deberían habérselos subido.

Es como prepararte para un maratón comiendo solo una vez a la semana. Técnicamente es austeridad, pero en la realidad es una idiotez. Pero como esta palabra es poco diplomática, así que los científicos usan eufemismos…por eso solo dijeron “decisión poco afortunada”.

No había reservas estratégicas de ventiladores mecánicos. ¿Para qué? Nunca los habíamos necesitado en grandes cantidades. El hecho de que todas las guías internacionales de preparación para pandemias recomiendan tenerlos era, evidentemente, propaganda imperialista.

No había existencias de equipo de protección personal para médicos y enfermeras. ¿Para qué? Ellos son héroes, y los héroes no necesitan cosas materiales como mascarillas o batas. Los héroes trabajan con pura vocación y amor a la patria. Y si se contagian y mueren, pues qué honrosa forma de servir a la transformación.

Los hospitales que sí funcionaban estaban operando al ciento veinte por ciento de su capacidad en tiempos normales. Lo cual significaba que en tiempos anormales, digamos durante una pandemia, colapsarían con la elegancia de un edificio mal construido durante un temblor. Pero esto era presentado como eficiencia. "Miren qué bien aprovechamos nuestros recursos", decían. Como si tener los hospitales repletos todo el tiempo fuera señal de éxito y no una señal indiscutible de que hacen falta más hospitales.

El timing de toda esta destrucción creativa es lo que lo eleva al nivel de arte. Porque miren, uno puede destruir su sistema de salud en cualquier momento. Eso lo puede hacer cualquier gobierno mediocre y estúpido. Pero destruirlo justo, JUSTO antes de que llegue la peor pandemia en cien años, eso requiere un sentido del timing que roza lo sobrenatural. Es como si alguien en el gabinete tuviera una conexión espiritual con el

universo y el universo le hubiera dicho "mira, te voy a mandar una pandemia en doce meses, organízate", y ellos hubieran entendido "perfecto, aprovechemos estos doce meses para desmantelar todo lo que nos podría ayudar".

En diciembre de 2019, mientras el sistema de salud mexicano terminaba de auto amputarse las piernas en nombre de la austeridad, en Wuhan, China, la gente empezó a morir de una neumonía rara. Los médicos chinos, desconcertados, reportaron casos a las autoridades.

Las autoridades chinas, siendo autoritarias, primero intentaron callarlo y luego, al no poder, respondieron con esa eficiencia totalitaria que tanto horror nos da pero que en este caso probablemente salvó millones de vidas. Construyeron hospitales en diez días. No ampliaron hospitales. Los construyeron de cero. ¡¡En diez días!! México no puede construir un puente peatonal en diez años... pero bueno, cada país tiene sus fortalezas y sus debilidades.

El gobierno mexicano, ocupado en su noble labor de desmantelamiento sanitario, no prestó mucha atención a lo que pasaba en China. Total, China está muy lejos. Y además, las pandemias son cosas del pasado. Del siglo XX. De la época pre antibióticos. En el siglo XXI, con toda nuestra tecnología y conocimiento científico, las pandemias no pasan. O si pasan, pasan en países pobres sin infraestructura médica. Como... espera…justo así como estaban dejando a México.

Así cerró 2019. Con un sistema de salud transformado en el sentido de que ya no existía como tal. Con niños con cáncer haciendo fila para suplicar que no los dejaran morir. Con hospitales operando sin margen de error. Con un gobierno convencido de que la austeridad es virtud y que los problemas se resuelven con voluntad política. Con reservas estratégicas de exactamente nada. Con planes de contingencia para pandemias guardados en el mismo lugar donde estaban los medicamentos oncológicos: en ninguna parte.

Y con un virus nuevo, todavía sin nombre oficial, empezando a matar gente al otro lado del mundo.

El escenario estaba listo. Los actores en posición. El guion escrito por la incompetencia y la soberbia. Solo faltaba que se levantara el telón.

México había pasado todo el 2019 quitándose el techo de la casa. Tirando las paredes de soporte. Vendiendo las ventanas. Rematando las puertas. Todo para construir algo mejor, decían. Una casa transformada. Una casa del pueblo. Una casa austera y honesta.

El huracán categoría cinco estaba a tres meses de distancia.

Pero el huracán, como todos sabemos, respeta las buenas intenciones. Y la Cuarta Tribulación tenía las mejores intenciones del mundo.

¿Qué podría salir mal?

Pues todo. Absolutamente todo. Pero eso lo veremos en el siguiente capítulo.

Marcia cerró su tablet a las 2:17 AM. Había leído el capítulo tres veces. La primera con indignación. La segunda buscando errores. La tercera con una incomodidad creciente que no sabía cómo nombrar.

Abrió su navegador. "Seguro Popular cancelación 2019". Enter. Los resultados confirmaban: enero de 2019, cancelado. "INSABI presupuesto 2019". Enter. Los números no cuadraban con lo prometido. "Desabasto medicamentos oncológicos 2019". Enter. Decenas de notas. Videos de padres protestando. Denuncias ante la CNDH.

Todo estaba documentado. Todo había pasado. Todo era verificable.

Cerró la laptop con más fuerza de la necesaria.

Rodrigo, por su parte, había leído el capítulo una vez, tomado notas de todo lo que le parecía "manipulación retórica", y preparado mentalmente su lista de contraargumentos para el debate. Esto iba a ser fácil. Propaganda disfrazada de análisis. Lo había visto mil veces.

Sirenio leyó el capítulo con lágrimas. Porque cada línea sobre el desmantelamiento del sistema de salud le recordaba a su abuela tratando de conseguir cita médica en marzo de 2020. Llamando a hospitales que no respondían. Buscando doctores que ya no tenían horario disponible. Hasta que en mayo ya fue demasiado tarde.

Y Gaudencio, satisfecho de haber plantado la semilla, se durmió pensando en la sesión del 29. Esto iba a ser interesante. O desastroso. Probablemente ambas cosas.

En dos semanas vendría la primera sesión de debate. Y el aula 304 se convertiría en algo que la UNAM no había visto en años: un espacio donde los datos importaran más que las consignas.

O al menos eso esperaba Calixto mientras revisaba el documento esa misma noche, preguntándose si acababa de cometer un error o el acto más valiente de su carrera docente.

Probablemente ambas cosas también.

CAPÍTULO 2

El año de los amuletos

Dos semanas después, el aula 304 estaba más llena de lo habitual. Corrió la voz. "Van a debatir sobre el COVID" se convirtió en el chisme del pasillo. Algunos llegaron porque participarían. Otros porque querían ver sangre. En la UNAM del 2025, un debate político real—con datos, sin consignas—era tan raro como encontrar estacionamiento un lunes a las 9 AM.

Gaudencio había llegado una hora antes para preparar su laptop, verificar el proyector, y asegurarse de que todo funcionara. Porque Murphy es implacable y los proyectores de la UNAM tienen un instinto especial para fallar en el momento más importante. Pero hoy, milagrosamente, todo funcionaba.

Marcia llegó con tres carpetas. Una azul con "ARGUMENTOS PRINCIPALES". Una roja con "CONTRAARGUMENTOS". Una verde con "DATOS DE RESPALDO". Había pasado las dos semanas preparándose como si fuera examen profesional. Porque esto, de alguna manera, lo era.

Rodrigo llegó con una sonrisa confiada y su celular lleno de capturas de pantalla de hilos de Twitter que "desmontaban" todos los argumentos fifís sobre la pandemia. Estaba listo para destruir. O eso creía.

Sirenio llegó callado, se sentó en su lugar de siempre—última fila, ventana—y puso una foto de su abuela sobre la mesa. Guadalupe Montebello García. 1947-2020. Como recordatorio de que esto no era ejercicio académico abstracto. Esto tenía nombres. Tenía caras.

Antonieta Luna, la chica que nunca participaba mucho pero siempre sacaba 10, llegó con una carpeta que decía simplemente "VERIFICACIÓN". Dentro: impresiones del INEGI, de la OMS, de la Secretaría de Salud, del IMSS, del ISSSTE. Datos. Puros datos. Si alguien iba a decir algo, ella lo verificaría.

Calixto entró exactamente a las 11:00 AM. Puntualidad profesoral. Cerró la puerta, se paró frente al grupo, y habló:

—Reglas. Las mismas que establecimos. Respeto. Fuentes verificables. Destruyan argumentos, no personas. Al primer insulto personal, se acaba el debate y todos pierden los puntos. ¿Claro?

Dieciocho cabezas asintieron.

—Bien. Gaudencio, tú propusiste esto. Tú moderas.

Gaudencio se paró, proyectó el título del capítulo 2 en la pantalla: "2020 - Declaraciones aventuradas"

—Todos lo leyeron. O deberían haberlo leído. Este capítulo cubre el primer año de la pandemia. Desde enero hasta diciembre de 2020. Amuletos, proyecciones fallidas, cubrebocas declarados inútiles, "como anillo al dedo". Todo está ahí.

—Todo está manipulado—interrumpió Rodrigo—. Pero adelante. Leámoslo.

—No vamos a leerlo completo en voz alta—dijo Gaudencio—. Tomaría dos horas. Lo que vamos a hacer es discutir los puntos principales. Y cuando alguien afirme algo, Antonieta verificará si es cierto. ¿De acuerdo?

Marcia levantó la mano:

—¿Podemos empezar por contextualizar? Porque el capítulo no menciona que AMLO heredó un país destruido. Que el sistema de salud ya estaba mal desde antes. Que...

—El capítulo 1 cubre precisamente el 2019—interrumpió Gaudencio—. Donde documenta cómo el gobierno DESMANTELO el sistema de salud ese año. Así que ese argumento ya está cubierto.

—Cubierto con sesgo—respondió Rodrigo—. Pero bueno, sigamos. ¿Qué quieren discutir del 2020?

Sirenio levantó la mano despacio. Todos se callaron. Porque Sirenio casi nunca hablaba, y cuando lo hacía, valía la pena escuchar.

—El amuleto—dijo simplemente—. Quiero hablar del puto amuleto.

Calixto lo miró con advertencia. Sirenio se corrigió:

—Perdón. Del amuleto. Proyecta esa parte, Gaudencio.

Gaudencio encontró el fragmento, lo proyectó.

—16 de marzo de 2020. El presidente muestra una estampita religiosa en conferencia mañanera nacional. Dice que lo protege del virus. Hay video.

—¿Y?—preguntó Rodrigo—. ¿Qué tiene de malo tener fe?

Sirenio lo miró fijamente:

—Nada. Tener fe está bien. Lo que está mal es mostrar amuletos como POLÍTICA DE SALUD PÚBLICA. Cuando eres presidente. En plena pandemia. En cadena nacional.

—No lo mostró como política de salud—argumentó Marcia leyendo sus notas—. Lo mostró como algo personal. Una anécdota.

—En conferencia mañanera—respondió Sirenio—. Transmitida nacionalmente. Como presidente. Hablando de la pandemia. ¿Cómo NO es política pública?

—Antonieta—interrumpió Calixto—. ¿Pasó eso? ¿Hay evidencia?

Antonieta ya tenía la página abierta:

—Sí. 18 de marzo de 2020. Video disponible en el canal oficial de YouTube de la Presidencia. Minuto 47:32. El presidente muestra dos estampitas religiosas, las llama "detente", dice que lo protegen. Cito textual: "El detente, mis guaruras son estas estampitas".

Silencio incómodo.

—Está fuera de contexto—dijo Marcia sin mucha convicción.

—¿Qué contexto justifica mostrar amuletos cuando mil personas están muriendo?—preguntó Sirenio.

Antes de que alguien respondiera, Gaudencio continuó:

—Bien. Siguiente punto. Las proyecciones. El documento dice que López-Gatell proyectó 60 mil muertes en "escenario catastrófico". ¿Es cierto?

—Es cierto—respondió Antonieta sin que nadie preguntara, ya con la fuente abierta—. Conferencia vespertina del 4 de junio de 2020. López-Gatell presenta modelo epidemiológico. Dice textualmente: "En un escenario muy catastrófico podríamos llegar a 60 mil fallecimientos".

—¿Y cuántos hubo realmente?—preguntó Gaudencio aunque todos sabían la respuesta.

—833,473 muertes en exceso según el INEGI—respondió Antonieta—. Documento publicado julio 2023. Se equivocó por 773 mil personas. Error del 1,288%.

Rodrigo se movió incómodo en su silla pero atacó:

—Es que nadie podía predecir una pandemia. Todos los países se equivocaron en sus proyecciones.

—No por 1,288%—respondió Sirenio—. Ese no es "equivocarse un poco". Eso es incompetencia criminal.

—Eso es lenguaje emocional—contraatacó Rodrigo—. "Incompetencia criminal" es tu opinión, no un hecho.

—Es un hecho—dijo una voz nueva. Todos voltearon. Era Felipe Ballesteros, que casi nunca hablaba—. La Comisión Independiente lo documentó. 330 mil muertes evitables. Evitables significa que no debieron pasar. Que pasaron por decisiones gubernamentales equivocadas. Eso es... es la definición de incompetencia.

Marcia abrió su carpeta roja. Era hora de los contraargumentos preparados.

—Pero hay que considerar que México tiene muchas comorbilidades. Diabetes, obesidad, hipertensión. Eso explica la mortalidad alta.

—Explica PARTE de la mortalidad—respondió Gaudencio—. No explica el cuarto lugar mundial. No explica que países con problemas similares lo hicieron mucho mejor. Costa Rica tiene obesidad y diabetes también. Y tuvo 60% menos mortalidad. ¿Por qué?

—Por escala—respondió Rodrigo rápidamente—. Costa Rica es chiquito. México es enorme. No se pueden comparar.

—Bien—dijo Gaudencio—. Comparemos con Brasil. País grande. Recursos similares. Sistema de salud similar. Lo hicieron mejor. Comparemos con Argentina. También mejor. Comparemos con...

—Ya entendimos el punto—interrumpió Marcia—. Pero no están considerando que AMLO intentó. Que hubo voluntad. Que las intenciones eran buenas.

Silencio. Luego Sirenio, con voz muy tranquila:

—Mi abuela está muerta. No le importan las buenas intenciones.

Calixto intervino antes de que escalara:

—Sigamos. Próximo punto. Los cubrebocas. El documento menciona que López-Gatell dijo que tenían "nula utilidad". ¿Cierto?

Antonieta ya estaba ahí:

—Cierto. 28 de marzo de 2020. Conferencia vespertina. Cito: "El uso de cubrebocas en población general no tiene...

—Quiero que lean el capítulo completo ahora—interrumpió Calixto—. Los puntos principales están claros. Los datos están verificados. Ahora quiero que lean, con atención, TODO lo que pasó en 2020. Y esto es lo que el documento dice:

2020 - Declaraciones aventuradas

El año 2020 empezó con optimismo. En enero, mientras el virus se paseaba por Wuhan convirtiendo los pulmones chinos en gelatina, México seguía ocupado en su noble tarea de desmantelar lo que quedaba del sistema de salud, porque las prioridades son las prioridades.

El 11 de febrero, con Italia dejando de comer spaghetti para empezar a contar sus muertos y el mundo entero mirando a China con horror, México hizo su primera gran declaración oficial sobre el coronavirus. El presidente, con ese acento casi místico del sureste mexicano y esa seguridad que solo la da la ignorancia absoluta y la estupidez supina, declaró que México "no tenía problema" con el coronavirus. Que había mucha "mitología" al respecto y que estábamos preparados para enfrentarlo, claro...en caso que llegara “hasta acá”, porque China estaba muy lejos.

Mitología. Esa fue la palabra. Como si el virus fuera el Chupacabras. O la Llorona. O el Nahual. Puro cuento para asustar gente. Mientras en los hospitales italianos los médicos empezaban a tener que decidir con horror, a quién dejar morir por falta de ventiladores, en Palacio Nacional descubrían que todo era una exageración mediática. Porque claro, los italianos son muy dramáticos. Siempre han sido muy dados a la ópera y al melodrama. Seguro estaban exagerando lo de apilar ataúdes en camiones militares. Parecían efectos especiales. CGI. Fake news.

López-Gatell, el subsecretario de Salud con doctorado en Johns Hopkins que se convertiría en el personaje más tragicómico de toda esta historia, respaldó la posición presidencial con autoridad científica. Dijo con una sapiencia increíble: No se necesitan hospitales designados para COVID, porque explicó. Había mucha "mitología" (tenía que usar la misma expresión que su mentor) en lo que se escuchaba internacionalmente. Y el público podía verlo ajustándose los lentes mientras explicaba que el pánico mundial era infundado. Que México tenía todo bajo control. Que la ciencia estaba de nuestro lado.

Pero resultó que la ciencia… no había sido consultada para este caso.

El 27 de febrero llegó el primer caso confirmado. Un hombre de 35 años que había viajado a Italia. Porque Italia, hay que recordar, estaba en plena mitología en ese momento. El presidente aprovechó para tranquilizar a la nación. Dijo con una sonrisa en la cara: el virus no es "algo tan terrible, fatal, ni siquiera equivalente a la influenza". México estaba preparado. Teníamos la experiencia con la H1N1 en 2009. Sabíamos cómo manejar estas cosas. No dijo que en 2009 López Gatell fue removido de su cargo por incapacidad de manejo precisamente de ese brote epidémico… eso no lo dijo.

La afirmación de que México estaba preparado fue particularmente audaz considerando que habíamos pasado el año anterior destruyendo sistemáticamente todo aquello con lo que podríamos habernos preparado. Pero bueno, la preparación es un estado mental. Como cuando dices que estás listo para el examen aunque no hayas abierto el libro. Técnicamente no es mentira si realmente crees que estás listo. La fe mueve montañas. Y aparentemente también detiene virus.

Marzo llegó con más noticias preocupantes del mundo. Se sabía de países cerrando fronteras. Ciudades en cuarentena. Economías colapsando. Pero el presidente tenía cosas más importantes que hacer: sus giras por ejemplo. El 12 de marzo anunció que continuaría con sus eventos masivos. Que no iba a dejar que un virus lo alejara del pueblo. Que "la ciencia ha avanzado mucho" y por lo tanto él podía seguir abrazando multitudes…es más…le dijo a la gente que “debían” seguir abrazándose y llevando una vida normal… que no tuvieran miedo.

La lógica era impecable: la ciencia ha avanzado tanto que ahora sabemos que abrazar gente durante una pandemia respiratoria altamente contagiosa es mala idea. Pero como la ciencia ha avanzado mucho, vamos a ignorar ese avance y abrazar gente de todos modos. Es ciencia inversa. Muy innovadora.

El 14 de marzo, en un momento de lucidez colectiva que sorprendió a todos, el gobierno tomó una decisión sensata: suspender clases y adelantar las vacaciones escolares. Fue como ver a un ciego acertar al blanco por pura casualidad. Nadie sabía muy bien cómo había pasado, pero ahí estaba: una medida correcta, tomada casi a tiempo, basada en evidencia científica real. Fue hermoso mientras duró.

Porque dos días después, el 16 de marzo, llegó el momento que definirá esta pandemia para la historia. El momento en que la Cuarta Tribulación reveló su verdadera estrategia para combatir el virus. No con ciencia. No con medicina. Era con fe.

El presidente, en plena conferencia mañanera transmitida a toda la nación, sacó una estampita religiosa. El famoso "detente". Un amuleto del siglo XVII que, según la tradición popular, protege de todo mal. Lo mostró a las cámaras. Declaró que lo traía siempre consigo porque lo protegía, y que “ese” era su escudo contra el coronavirus…casi quiso

decir que era su “arma secreta”… y tuvo la bondadosa ocurrencia de compartirlo con México y el mundo.

Hubo un momento de silencio nacional. Uno casi podía escuchar el sonido de millones de mandíbulas golpeando el suelo simultáneamente. ¿El presidente de la República, en plena pandemia del siglo XXI, estaba proponiendo amuletos religiosos como política de salud pública? ¿Esto era real? ¿Alguien iba a decir algo?

López-Gatell dijo algo. Oh sí, dijo algo. Con la cara seria del científico que ha vendido su alma pero aún recuerda las palabras, explicó: "La fuerza del presidente es moral, no es una fuerza de contagio"…y suponemos que esa frase lo acompañará durante toda la vida que le quede como muestra de servilismo y de abyecta estupidez. Todos los seres humanos NORMALES, suponemos que esa frase le martillará la consciencia hasta el día de su muerte…porque no es posible ser tan lame huevos sin arrepentirse por dentro en algún momento.

Solo hagamos una pausa para apreciar la genialidad de esa frase. "La fuerza moral no es fuerza de contagio". Es el tipo de oración que suena profunda si no piensas en ella. Como los horóscopos o los discursos de superación personal. Pero si uno se detiene un segundo a procesarla, se da cuenta de que es una forma increíblemente elaborada de decir una estupidez.

Porque claro, todos sabemos que los virus no discriminan por jerarquía moral. El COVID-19 no lee expedientes éticos antes de infectar. No revisa tu historial de buenas acciones. No le importa si eres presidente o limosnero, santo o pecador, revolucionario o conservador. Es un virus. Es democrático en el peor sentido posible: infecta a todos por igual.

Pero ahí estaba el subsecretario de Salud, epidemiólogo formado en una de las mejores universidades del mundo, validando la idea de que la superioridad moral te hace inmune a los patógenos. Harry Potter conoce la Cuarta Tribulación: el virus no ataca si eres suficientemente puro de corazón. Es magia, pero magia respaldada por un doctor en epidemiología, lo cual la hace magia científica.

El virus, lamentablemente, no había leído el manual.

El 18 de marzo llegó la primera muerte. Un hombre con diabetes. El virus demostró que no respeta credenciales morales ni decretos presidenciales. Qué descortés.

Cinco días después, el 23 de marzo, inició oficialmente la Jornada Nacional de Sana Distancia. Y con ella llegó Susana Distancia, el personaje de caricatura creado para educar a la población sobre el distanciamiento social. Una superheroína cuyo único poder era estirar los brazos para mantener distancia. Porque cuando tienes una pandemia que está matando gente, lo que realmente necesitas son productos promocionales.

Susana Distancia se convirtió en el símbolo perfecto de la respuesta mexicana: bien intencionada, infantiloide, y completamente desconectada de la realidad. Porque Susana le pedía a la gente que se quedara en casa. Lo cual es excelente consejo, excepto que Susana se olvidó de preguntarle a los cincuenta y tantos millones de mexicanos en economía informal cómo iban a comer si se quedaban en casa.

La disyuntiva era simple: quedarte en casa y morir de hambre, o salir a trabajar y quizá morir de COVID. Susana no tenía superpoderes para resolver ese dilema. Susana solo sabía estirar los brazos y sonreír en pósters gubernamentales.

El 24 de marzo se declaró oficialmente la Fase 2. Llegó tarde, por supuesto. Cuando declaras Fase 2 ya deberías estar en Fase 3. Es como gritar "¡cuidado, viene el tren!" cuando el tren ya te atropelló.

Y entonces llegó la declaración sobre los cubrebocas. El 28 de marzo, López-Gatell declaró que las mascarillas tenían "pobre o nula utilidad" para prevenir contagios. Mientras Corea del Sur controlaba la pandemia con cubrebocas y pruebas masivas, México descubría que las mascarillas eran inútiles. Es como ver a tu vecino apagando el incendio de su casa con una manguera y tú declarar que el agua no funciona contra el fuego. Debe ser otra cosa. Magia coreana, probablemente.

Abril empezó con la declaración que entrará en los libros de historia como ejemplo de insensibilidad política elevada a forma de arte. El 2 de abril, el presidente declaró que la pandemia le había caído ***"como anillo al dedo para afianzar la transformación"***.

Lean eso de nuevo. Despacio. La pandemia. Que mataría a casi un millón de personas. ***Le cayó como anillo al dedo al presidente más estúpido de la historia***. Como si fuera un golpe de suerte. Una oportunidad. Un regalo del destino.

Es el equivalente moral de decirle a alguien que se le quemó su casa, que debía agradecer a la suerte porque así podía aprovechar para remodelarla. O de decirle a un paciente que acaban de atropellar que se alegrara porque así le iban a dar incapacidad con goce de sueldo. Francamente no sabemos si decir que fue una declaración Kafkiana…o de una perversidad increíble. Ver a la pandemia como herramienta política. A los muertos como estadística conveniente. Al sufrimiento como oportunidad de relaciones públicas.

En la misma conferencia, para no quedarse corto, añadió que la epidemiología es ***"una ciencia exacta, no de aproximaciones"*** y cualquier epidemiólogo del mundo cuando escuchó esto…hasta escupió su café, porque precisamente la epidemiología es literalmente ***la ciencia de la incertidumbre***. Del "más o menos". Del "depende de múltiples factores". Es probabilidad aplicada a poblaciones. Es estadística con humanos. Es lo más inexacto que hay dentro de las ciencias exactas.

Decir que la epidemiología es ciencia exacta es como decir que el pronóstico del tiempo nunca falla. O que las encuestas políticas son infalibles. O que los economistas pueden predecir el futuro. Es técnicamente ciencia, pero exacta nunca.

Todos los pronósticos del gobierno sobre la pandemia fallarían. Todos. Pero con exactitud científica, eso sí.

El personal médico empezó a caer. El 8 de abril hubo brotes masivos en hospitales del IMSS. Médicos y enfermeras infectándose porque no tenían equipo de protección adecuado. Improvisaban con bolsas de basura. Hacían caretas con botellas de PET. Innovación nacida de la desesperación. México 2020: donde la creatividad surge de la negligencia gubernamental.

El 9 de abril, cuando los hospitales ya estaban en crisis, el gobierno compró equipo médico a China. Cincuenta y seis millones de dólares en ventiladores y equipo de protección. Compraron los extintores cuando la casa ya estaba en llamas. Y los compraron caros, porque todo el mundo los quería. Esa era eficiencia de mercado.

En mayo, mientras el mundo hacía pruebas masivas para saber dónde estaba el virus, México tomó una decisión innovadora: NO SABER. Adoptaron el "modelo centinela"…eso quería decir que con probar solo al 10% de casos sintomáticos en 500 unidades, era suficiente para estimar que pasaba con el resto.

Es matemática revolucionaria. Es como apagar el 10% de las llamas de un incendio para calcular cuántas hay en total. La Comisión Independiente lo diría después con elegancia científica: las autoridades privilegiaron "controlar la percepción social" sobre reflejar la realidad epidemiológica. En lenguaje normal: preferían que la gente creyera que las cosas iban bien antes que hacer que las cosas fueran bien.

El 4 de junio llegó la proyección más equivocada en la historia de la epidemiología mexicana. Nuevamente el que se decía “zar” de la pandemia, López-Gatell, en conferencia mañanera, proyectó que no debíamos preocuparnos demasiado porque en un ***"escenario muy catastrófico"*** México solo podría llegar a unas 60 mil muertes.

México terminó con 833 mil muertes en exceso. Se equivocó por 773 mil personas. Más de un mil por ciento de error. Es el científico más impreciso de la historia conocida. Pero recordemos: "ciencia exacta, no de aproximaciones". La aproximación fue solo de 1,288%. Un margen de error seguramente muy aceptable en la ciencia revolucionaria cuatrotera.

Julio trajo la primera ola devastadora para ese pronóstico estúpido. Doce mil muertos semanales. Hospitales colapsados. Familias despidiéndose de sus muertos por videollamada. La tragedia en números: uno de cada mil mexicanos muerto en pocos meses.

Y en diciembre, en plena segunda ola, la más mortífera de todas, el presidente aún insistió en que no usaba cubrebocas porque su “experto” zar de la pandemia, le había dicho que no era indispensable.

Y ese imbécil que “asesoraba” al presidente sonreía y se atrevía a criticar a los gobiernos locales que querían sancionar su “no uso”. Porque en la pandemia mexicana, el cubrebocas se volvió símbolo ideológico: usarlo significaba ser fifí científico opositor; no usarlo significaba ser pueblo bueno transformador inmune por fuerza moral.

El virus, una vez más, no entendió la lección ideológica…o más bien la ignoró por completo.

El 23 de diciembre llegaron las primeras vacunas. Tres mil dosis. Para un país de 130 millones. Es como repartir tres botellas de agua en una peregrinación musulmana a la Meca tratando de quitar la sed de la multitud. ¡Ah! Pero eso sí…se hizo gran ceremonia mediática. Fotos. Discursos. Declaraciones de victoria. Las prioridades.

Y al día siguiente, el 24 de diciembre, clasificaron toda la información sobre los contratos de adquisición de vacunas por cinco años… por seguridad nacional, dijeron. El gobierno de la "transparencia radical" decidió que el pueblo no tenía derecho a saber cuánto costaron las vacunas compradas con dinero del pueblo. Transparencia con asterisco.

Así cerró 2020. Con casi 200 mil muertos oficiales y probablemente el doble en realidad. Con declaraciones aventuradas que se aventuraron demasiado. Con amuletos que no protegieron a nadie. Con un subsecretario que negó la utilidad de los cubrebocas, que no detectaba enfermos y que no protegía con vacunas a los grupos más vulnerables… y con un presidente celebrando la pandemia como una gran oportunidad política. Con proyecciones que fallaron por órdenes de magnitud.

Y con la promesa de que 2021 sería mejor…aunque

Sí…acertaron…No lo sería.

El silencio que siguió a la lectura completa del capítulo fue denso como niebla tóxica. Porque una cosa es discutir puntos aislados y otra es leer, de corrido, todo el desastre documentado año por año.

Rodrigo fue el primero en romper el silencio, pero su voz tenía menos confianza que al inicio:

—Sigo pensando que el tono es manipulador. Que está escrito para hacer quedar mal al gobierno.

—¿El tono hace que los datos sean falsos?—preguntó Gaudencio.

—No, pero...

—Entonces el tono es irrelevante—interrumpió Sirenio—. Los datos son los datos. 833 mil muertos. Proyección de 60 mil. Amuletos en cadena

nacional. Cubrebocas declarados inútiles. Todo está documentado. Todo pasó. ¿Qué parte de eso es "tono manipulador"?

Marcia cerró su carpeta azul despacio. Los argumentos preparados ya no le parecían tan sólidos después de leer el capítulo completo.

—Yo... yo vi la conferencia del "como anillo al dedo". En vivo. Y no me pareció mal. Pensé que estaba siendo honesto. Ahora lo leo aquí y.... no sé cómo no me di cuenta de lo horrible que era.

—Porque no querías darte cuenta—dijo Laureana con gentileza—. Porque cuando crees en alguien, tu cerebro encuentra formas de justificar lo injustificable.

Antonieta levantó su carpeta de verificación:

—Verifiqué todo el capítulo. Cada fecha. Cada declaración citada. Cada dato. Todo es correcto. El amuleto del 18 de marzo: verificado. La proyección de 60 mil del 4 de junio: verificada. El "como anillo al dedo" del 2 de abril: verificado con video. Los cubrebocas "inútiles" del 28 de marzo: verificado. El modelo centinela: verificado. Las 200 mil muertes oficiales de 2020: verificadas en registros de Salud.

—Entonces todo es cierto—dijo José Luis Céspedes, que había estado callado toda la sesión—. Todo pasó. Todo está documentado. Y nadie pagó por nada.

—Nadie va a pagar—dijo Rodrigo, pero ya sin la agresividad del inicio. Ahora sonaba... cansado—. Porque así es México. Los políticos la cagan, la gente muere, y ellos siguen en el poder. Siempre ha sido así.

—Eso no hace que esté bien—respondió Gaudencio—. Que sea normal no significa que sea aceptable.

Calixto se puso de pie, señal de que la sesión terminaba:

—Siguiente semana, capítulo 3. El año 2021. Las vacaciones de Zipolite, el paseo contagiado, los padres "golpistas". Léanlo completo. Vengan preparados. Y recuerden: pueden cambiar de opinión. De hecho, si los datos lo demuestran, DEBEN cambiar de opinión. Eso no es debilidad. Es inteligencia.

Los estudiantes salieron en silencio. Ya no había la energía combativa del inicio. Había algo más pesado. Algo parecido a la resignación. O a la aceptación dolorosa.

Marcia se quedó rezagada, guardando sus carpetas despacio. Rodrigo pasó junto a ella.

—¿Todavía vas a defenderlo?—preguntó sin malicia. Solo con curiosidad genuina.

Marcia tardó en responder:

—No lo sé. Honestamente ya no sé qué estoy defendiendo. ¿El gobierno? ¿Mis creencias? ¿Mi orgullo? Ya ni siquiera estoy segura.

Rodrigo asintió:

—Yo tampoco. Y eso me caga. Porque es más fácil cuando sabes de qué lado estás.

Salió sin esperar respuesta.

Sirenio guardó la foto de su abuela, se acercó a Gaudencio:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por hacer esto. Por obligarlos a ver. Porque mi abuela merece que alguien recuerde que no solo fue "una cifra más".

Gaudencio asintió. No había nada que decir a eso.

Esa noche, Marcia abrió el capítulo 3. Leyó sobre Zipolite. Sobre López-Gatell de vacaciones mientras mil personas morían diarias. Sobre su contagio. Sobre su paseo en la Condesa mientras todavía daba positivo. Sobre llamar "golpistas" a padres de niños con cáncer.

Y por primera vez en su vida política, Marcia Miraflores Beltrán lloró de rabia. No contra sus compañeros de clase. No contra Gaudencio por proponer el debate. Contra el gobierno que había defendido. Contra las mentiras que había creído. Contra ella misma por no haber buscado los datos antes.

El capítulo 3 la esperaba. Y era, como Gaudencio había advertido, peor que el 2.

Porque en 2020 todavía podían alegar ignorancia. En 2021 ya no había excusa. Ya habían visto morir a 200 mil personas. Y aun así, siguieron tomando las mismas decisiones estúpidas.

El aula 304 se había convertido en algo peligroso: un espacio donde los datos importaban más que la ideología.

Y una vez que ves los datos, ya no puedes dejar de verlos.

Aunque quieras. Aunque duela. Aunque destruya las certezas que tardaste años en construir.

Los datos están ahí. Fríos. Implacables. Verificables.

833,473 muertos.

60,000 proyectados.

Error: 1,288%.

Ninguna cantidad de "tono manipulador" cambia esos números.

Y eso era lo que más dolía.

CAPÍTULO 3

La hipocresía tiene nombre y apellido

Una semana después, el aula 304 tenía una atmósfera diferente. Ya no era curiosidad morbosa. Era tensión. Porque todos habían leído el capítulo 3. Y todos sabían lo que venía.

Las vacaciones en Zipolite.

Marcia llegó temprano, lo cual era raro. Normalmente llegaba exactamente a las 11:00. Pero hoy llegó a las 10:45, se sentó en su lugar, y se quedó mirando su tablet con una expresión que oscilaba entre tristeza y furia. Había pasado la semana buscando—desesperadamente buscando—alguna forma de justificar lo de Zipolite. Algún contexto que lo hiciera menos horrible.

No lo encontró. Porque no existe contexto que justifique que el responsable de la pandemia se vaya de vacaciones a la playa mientras mil personas mueren diarias.

Rodrigo llegó menos sonriente que las semanas anteriores. Él también había leído sobre Zipolite. Y sobre el paseo en la Condesa mientras López-Gatell todavía daba positivo. Y honestamente, no tenía argumentos preparados para defender eso. Pero iba a intentarlo de todos modos, porque rendirse es admitir derrota.

Sirenio llegó con la foto de su abuela otra vez. Pero esta vez la puso mirando hacia el frente de la clase, como si Guadalupe también fuera a escuchar. Como si ella también mereciera estar presente cuando se discutiera la incompetencia que la mató.

Antonieta llegó con su carpeta de verificación más gorda que nunca. Porque el capítulo 3 tenía muchas afirmaciones específicas. Fechas exactas. Lugares concretos. Fotografías. Todo verificable. Y ella lo había verificado todo.

Gaudencio llegó último, cerró la puerta, se paró frente al grupo.

—Todos lo leyeron. Nadie va a fingir que no sabe de qué trata este capítulo. Así que vamos directo al punto. 3 de enero de 2021. López-Gatell, subsecretario de Salud, responsable de coordinar la respuesta nacional a la pandemia, se va de vacaciones a Zipolite, Oaxaca. En plena segunda ola. Mil muertos diarios. ¿Alguien quiere defender eso?

Silencio absoluto.

—Rodrigo—insistió Gaudencio—. Tú siempre tienes algo que decir. Defiéndelo.

Rodrigo se removió en su asiento:

—Todos necesitamos descansar. Es humano. Él también…

—Era el responsable de la pandemia—interrumpió Sirenio con voz de hielo—. No era un ciudadano cualquiera. Era el encargado. Y se fue de vacaciones mientras mil personas morían cada día. Mil. Cada. Día.

—Pero—intentó Rodrigo—, técnicamente tenía derecho a vacaciones. Los funcionarios también…

—¿Técnicamente?—Sirenio se levantó de su asiento—. ¿"Técnicamente"? Mi abuela murió en mayo. Dos meses después de que ese hijo de puta estaba tomando sol en la playa. Dos meses después de que estaba haciendo exactamente lo que le dijo al resto del país que NO hiciera.

—Sirenio—advirtió Calixto.

—Perdón—Sirenio se sentó, respiró hondo—. Ese "funcionario" estaba tomando sol en la playa. Sin cubrebocas. El mismo cubrebocas que él declaró inútil. Mientras la gente se moría. ¿Qué parte de eso es defendible?

Marcia abrió su carpeta, pero las manos le temblaban:

—Yo... yo busqué explicaciones. De verdad busqué. Y lo único que encontré fue que él dijo que fue a "visitar una familia en una casa particular".

—¿Y le crees?—preguntó Gaudencio.

Marcia tardó demasiado en responder. Luego, muy bajito:

—No. Ya no le creo nada.

Rodrigo intentó rescatar la situación:

—Pero esa es UNA cosa. Un error. No define todo el manejo de...

—No es una cosa—interrumpió Antonieta, levantando su carpeta—. Es un patrón. Déjenme leer lo que verifiqué del capítulo 3:

"19 de enero de 2021: Llegan 219,375 dosis de Pfizer. Se tardan 26 días en aplicarlas. Verificado en registros de la Secretaría de Salud.

20 de febrero: López-Gatell anuncia que tiene COVID. Verificado.

10 de marzo: López-Gatell es fotografiado paseando en el Parque México de la Condesa. Veinte días después de dar positivo. Múltiples testigos. Fotografías publicadas en medios. Verificado.

Abril: El gobierno decide vacunar a 3.14 millones de maestros antes que a adultos mayores. El Grupo Técnico Asesor recomienda NO hacerlo. El gobierno ignora la recomendación. Acta del GTA fechada 6 de abril. Verificado.

28 de junio: López-Gatell llama 'golpistas' a padres de niños con cáncer que protestan por desabasto de medicamentos. Video en conferencia vespertina oficial. Verificado."

Antonieta cerró su carpeta:

—No es "una cosa", Rodrigo. Es un patrón sistemático de incompetencia, hipocresía y crueldad.

Silencio.

Laureana Rodríguez, que había estado callada, levantó la mano:

—Mi prima... su hijo tenía leucemia. Estuvo en esas protestas de junio. Los llamaron golpistas. En redes sociales los amenazaron. Simpatizantes

del gobierno los acosaron. Su hijo... Mateo se llamaba. Tenía 7 años. Murió en agosto de 2021. Sin quimioterapia completa. Porque no había.

Su voz se quebró:

—Y el subsecretario de Salud, que se fue de vacaciones en enero, que se paseó contagiado en marzo, ese mismo hombre llamó "golpistas" a mi prima. Por pedir medicinas para su hijo moribundo.

El silencio que siguió era el sonido de certezas muriendo.

Marcia cerró todas sus carpetas. Los argumentos preparados ya no importaban. Las justificaciones ensayadas sonaban huecas. Los contraargumentos cuidadosamente construidos se derrumbaban ante un hecho simple: nada de esto era defendible.

—Yo voté por AMLO—dijo con voz temblorosa—. Dos veces. Convencí a mi familia de votar por él. Defendí cada decisión. Cada controversia. Cada escándalo. Porque creí... porque quise creer que finalmente teníamos un presidente que se preocupaba por el pueblo.

Pausó, con lágrimas en los ojos:

—Y ahora leo esto. Y veo los datos. Y me doy cuenta de que defendí a un gobierno que mató a 330 mil personas por incompetencia. ¿Cómo... cómo vivo con eso?

Nadie respondió. Porque no hay respuesta fácil a esa pregunta.

Rodrigo, por primera vez desde que empezó el debate, no tenía nada que decir. Solo se quedó mirando su celular, donde tenía abierto un artículo defendiendo las vacaciones de López-Gatell. El artículo decía que era "campaña de desprestigio de la derecha". Que las fotos eran "sacadas de contexto". Que todo era "ataque político".

Cerró el navegador. Ya no podía leer esas justificaciones sin sentir vergüenza ajena.

Calixto se paró:

—Vamos a leer el capítulo completo. En silencio. Cada quien en su lugar. Y después hablaremos. Porque necesitan procesar esto sin el calor del debate. Necesitan ver, con claridad, todo lo que pasó en 2021.

Y esto es lo que leyeron:

2021 - Una ola que se pudo "surfear"

El año 2021 empezó con la peor noticia posible: la segunda ola estaba aquí y venía con ganas. No con ganas normales. Con ganas de revancha. Como si el virus hubiera pasado el final de 2020 en el gimnasio preparándose para la pelea del siglo. Y México, fiel a su estrategia de preparación, decidió enfrentarla con las mismas armas que habían fallado tan espectacularmente el año anterior: negación, declaraciones

optimistas, y fe en que la fuerza moral eventualmente derrotaría a los patógenos.

La segunda ola mató 1.8 veces más gente que la primera. Lean eso con calma. La segunda vez fue peor que la primera. Cuando uno pensaría que con experiencia mejorarías, que aprenderías de los errores, que ajustarías la estrategia, la Cuarta Tribulación demostró que la experiencia también sirve para perfeccionar el desastre. Es como reprobar un examen, tomar otra vez la materia, y reprobar peor. Indudablemente que para eso se requiere talento…y la cuartar tribulación tenía de sobra.

La Ciudad de México se convirtió en el epicentro de la muerte. Con solo el 7.3% de la población nacional, contribuyó con el 24% de las muertes en exceso. ¿Cómo se logra semejante hazaña estadística? Simple: calculando mal el semáforo epidemiológico. A propósito. La Comisión Independiente documentaría después que las autoridades usaron "datos incorrectos" para el semáforo y "pospusieron medidas" que hubieran salvado vidas…y por cierto, la Jefa de Gobierno de la ciudad de México… desastre en el manejo del COVID-19 en 2021 era la que, después a partir de Octubre de 2024, sería la sucesora del mesías macuspano y líder de los amuletos anti-Covid-19 del mundo. En efecto…la mismísima Dra. Claudia Sheinbaum Pardo… otra leal y fiel seguidora de la cuarta tribulación.

Pero siguiendo con el tema que nos ocupa. ¿Por qué sucedió esa desgracia en la gran urbe? En lenguaje normal: hicieron trampa con los números para mantener todo abierto. Es como un capitán viendo el iceberg y diciendo "según mis cálculos, eso es una nube de algodón". El Titanic chilango. Con la diferencia de que el capitán del Titanic al menos tuvo la decencia de hundirse con su barco. El gobierno de la Cuarta Tribulación no se hundió con nada. Ellos flotaban muy bien, gracias.

Y entonces llegó el 3 de enero de 2021. Un día que vivirá en la infamia. El día en que el subsecretario de Salud, el hombre encargado de coordinar la respuesta nacional a la pandemia, el epidemiólogo experto que aparecía todas las noches en conferencia vespertina para decirle al país qué hacer y qué no hacer, decidió que merecía unas vacaciones.

No cualquier vacación. No unas vacaciones tranquilas en casa descansando. No. Vacaciones en playa. En Oaxaca. En Zipolite, para ser específicos. Ese paraíso hippie donde la ropa es opcional y las preocupaciones se disuelven con mezcal y sol…¡Ah! Pero hay que contextualizar el momento.

Era enero de 2021. La segunda ola estaba en su pico más mortal. Los hospitales de la Ciudad de México rechazaban pacientes porque no había espacio. Las funerarias trabajaban turnos dobles. Mil personas morían cada día. Cada…Maldito…Día. Las familias se despedían de sus

muertos por Zoom porque no podían ni siquiera acompañarlos en sus últimos momentos.

Y ahí estaba López-Gatell, en traje de baño, sin cubrebocas (el cubrebocas que él mismo había declarado inútil), tomando sol en la playa. Posando para fotografías que eventualmente se filtrarían y causarían uno de los escándalos más grandes de toda la pandemia.

La foto es una obra maestra de la hipocresía. Ahí está el señor que le había dicho a millones de mexicanos que se quedaran en casa, que no salieran, que cancelaran reuniones familiares, que pospusieran vacaciones. Él mismo. En vacaciones. En playa. Conviviendo con gente igualmente necia como él. Sin mascarilla. Como si las reglas que él imponía aplicaran para los demás pero no para él…El claro ejemplo de que el maestro no siempre predica con el ejemplo.

"Haz lo que digo, no lo que hago" versión pandemia. Es tan perfectamente hipócrita que parece guion de comedia. Si uno lo escribiera en una novela, los editores dirían "es demasiado obvio, nadie sería tan descarado". Pero lo fue. Y está documentado. En fotografía a color. Con resolución HD.

Cuando lo descubrieron (porque alguien lo fotografió, bendito sea), López-Gatell explicó que había ido a "visitar una familia en una casa particular". Técnicamente cierto. También es técnicamente cierto que el Titanic hizo una parada no programada en el Atlántico Norte. Los detalles importan, pero no cambian el resultado.

La explicación fue recibida con la credulidad que merecía: ninguna. Porque todos vimos las fotos. Todos sabemos cómo se ve alguien "visitando familia en casa particular". Y no se ve así. Se ve como alguien de vacaciones en la playa haciendo exactamente lo que le dijo al resto del país que no hiciera.

Pero el año apenas empezaba. Porque en enero también empezó, oficialmente, la vacunación. Y si uno pensaba que después de un año de errores el gobierno habría aprendido algo sobre logística sanitaria, uno se equivocaba.

El 19 de enero llegaron 219,375 dosis de vacuna Pfizer. Buenas noticias, finalmente. La ciencia había producido vacunas efectivas en tiempo récord. La humanidad tenía una salida de esta pesadilla. Solo había que aplicar las vacunas. Poner inyecciones. Literalmente meter líquido en brazos. Algo que México había hecho millones de veces con campañas de vacunación infantil. Algo que sabíamos hacer…bueno que se sabía hacer antes de la cuarta tribulación, porque con su llegada ya dijimos que el sistema de salud colapsó como buñuelo aplastado por un yunque, y con él la histórica cobertura de vacunación que había logrado México en los últimos años y que había sido motivo de reconocimiento internacional. En 2026 tenemos la mejor evidencia con el resurgimiento

del sarampión, del fracaso tenido en los últimos 7 años con el programa nacional de vacunación.

Porque la brillante cuarta tribulación tardó 26 días en aplicar esas dosis...sí... el sistema de salud que antes de estos perdularios de la cuarta tribulación aplicaban 12 millones de dosis ¡en un solo día!... ahora se tardaron 26 en aplicar solo 220 mil.

Veintiséis días. Casi un mes. Las vacunas llegaron. Se guardaron. Se contaron. Se volvieron a contar. Se llenaron formularios. Se hicieron reuniones sobre las reuniones. Se tomaron fotos para redes sociales. Y mientras tanto, las vacunas esperaban en refrigeradores mientras la gente moría esperando que las aplicaran. ¡Ah...! Es que debemos decirles que tal vez se tardaron tanto porque estaban diseñando el plan perverso de cómo utilizar las vacunas como moneda de cambio para beneficio político...porque este régimen no iba a desperdiciar esa brillante oportunidad del desastre que le vino “como anillo al dedo” como dijo su estulto líder.

Otros países aplicaban sus dosis en días. En horas, algunos. México las guardó como si fueran vino añejo: "déjalas madurar 26 días para mejor efecto". La logística mexicana: cuando la prisa no es virtud sino una sugerencia que se puede ignorar.

Para febrero, la Asociación de Farmacovigilancia (gente que sabe contar) hizo las cuentas: el gobierno vacunaba 17,000 personas diarias. Necesitaban vacunar 36,000 para cumplir con el calendario prometido. A este ritmo, la Fase 1 terminaría en mayo, no en febrero como habían prometido.

Tenían décadas de experiencia vacunando a millones de niños cada año. El sistema funcionaba. Pero decidieron reinventarlo. Centralizarlo todo. Ignorar la experiencia previa. Hacerlo a su manera, la manera revolucionaria. Como contratar a un chef experto y no dejarlo cocinar porque "yo sé cómo se hace el huevo frito". El huevo quedó crudo. Y frío. Y guardado en el refrigerador durante 26 días.

El 20 de febrero, López-Gatell anunció que tenía COVID. El subsecretario de Salud, experto en epidemias, que no usaba cubrebocas, que había vacacionado en playas llenas de gente, que había declarado que la fuerza moral lo protegería, se contagió.

El virus resultó no ser fan de la Cuarta Tribulación. Qué descortés. Qué falta de respeto a la investidura. El patógeno claramente no había leído el manual sobre jerarquías morales y superioridad revolucionaria.

Pero lo mejor (o lo peor, dependiendo de tu umbral para el absurdo) estaba por venir. Porque el 10 de marzo de 2021, veinte días después de confirmar que tenía COVID, el subsecretario de SALUD fue fotografiado paseando en el Parque México de la Condesa. Sin cubrebocas. Aún positivo. Aún contagioso. Paseando. Como si nada y exponiendo

criminalmente a los demás CON PLENO CONOCIMIENTO DE CAUSA… Eso era francamente: Premeditación, alevosía y ventaja… ¿no?

Pausa. Respiración profunda. Procesemos esto.

El responsable de cuidar la salud pública nacional. El hombre que aparecía en televisión todas las noches para decirle al país cómo comportarse durante una pandemia. El epidemiólogo con doctorado que supuestamente entendía cómo se transmiten las enfermedades infecciosas. Ese hombre. Salió a pasear a un parque público. Mientras estaba enfermo. De COVID. De la enfermedad que debía prevenir.

Es tan surrealista que Ionesco lo rechazaría por inverosímil. "Demasiado obvio", diría el maestro del absurdo. "Nadie se lo va a creer. Es demasiado burdo." Pero pasó. Quedó registrado en fotografía. Con testigos. En pleno día.

Es el jefe de bomberos prendiendo incendios. Es el director de tránsito manejando borracho. Es el secretario de Hacienda evadiendo impuestos. Pero peor. Porque esto podía matar gente. Literalmente. Un hombre contagioso paseando entre la población es un arma biológica caminante. Y el arma biológica era el subsecretario de Salud.

La justificación fue que "ya no era contagioso". A pesar de que todavía daba positivo en las pruebas. A pesar de que todos los protocolos internacionales dicen que si das positivo, te quedas aislado. A pesar de que él mismo había firmado esos protocolos. Pero bueno, las reglas son para los demás. La ciencia es flexible cuando te afecta a ti.

Abril trajo más decisiones brillantes. El gobierno anunció que vacunaría a 3.14 millones de maestros con la vacuna CanSino. El Grupo Técnico Asesor, compuesto por expertos en epidemiología, inmunología, y salud pública, recomendó NO hacerlo. Dijeron que era mejor vacunar primero a adultos mayores, el grupo de mayor riesgo.

En abril de este año el gobierno brillante anunció con bombos y platillos que ya habían encargado a científicos mexicanos la elaboración de una vacuna para el COVID-19. Total, si los norteamericanos, los rusos, los chinos, los alemanes…hasta los cubanos ya habían hecho sus vacunas… ¿por qué no podrían hacerlo los mexicanos?

Entonces el presidente anunció que la vacuna se llamaría “Patria” y que estaría lista a más tardar el año siguiente…Obviamente podemos adelantarles que NO estuvo lista en 2022, ni en 2023, ni en 2024, ni en 2025…y ya vamos en 2026 y sigue sin estar lista… ni estará lista jamás, porque fue solamente otra de las ofertas absurdas de la cuarta tribulación que nunca cumplirán.

Pero sigamos… El gobierno ignoró las recomendaciones de los expertos en relación con la vacunación. Porque abrir escuelas era políticamente más importante que salvar vidas de abuelos. Priorizaron la política sobre la epidemiología. Los votos sobre la ciencia. La imagen sobre la

evidencia. Los expertos dicen A, el gobierno hace Z. Democracia participativa.

Y hablando de democracia y participación, llegó el 28 de junio. El día en que López-Gatell alcanzó un nuevo nivel de cinismo que ni Maquiavelo había imaginado.

Padres de niños con cáncer protestaban. Otra vez. Porque seguía sin haber medicinas oncológicas. Dos años después del inicio del desabasto. Dos años de niños muriendo porque las quimioterapias no llegaban. Dos años de promesas gubernamentales vacías. Dos años de "ya mero", "estamos trabajando en ello", "es culpa de la mafia del poder".

Los padres, desesperados, bloquearon accesos. Exigieron respuestas. Pidieron, suplicaron, rogaron que no dejaran morir a sus hijos.

Y López-Gatell, el hombre que se había ido de vacaciones en plena pandemia, que se había paseado contagiado por parques públicos, que había fallado en cada predicción y en cada decisión, ese hombre llamó a esos padres "golpistas".

Sí. Leyeron bien. Padres de niños muriendo de cáncer = eran declarados golpistas. Según esa lógica, pedir agua en el desierto es terrorismo. Exigir que no maten a tu hijo es sedición. Suplicar por medicinas es intentona de golpe de Estado.

El cinismo alcanzó niveles que desafían la descripción. Puedes describir una escena donde un funcionario de alto rango llama "golpista" a una mamá llorando porque su hijo se muere, y el lector dirá "esto es exageración literaria, nadie sería tan monstruoso ni tan torpe". Pero no. Si pasó. Quedó grabado. Está en video. Para la posteridad. Para que generaciones futuras puedan estudiar hasta dónde puede llegar la degradación moral de un gobierno…y la abyección de un lamebotas.

Entre abril y junio, otro escándalo silencioso: las vacunas llegaban pero no se aplicaban. Había una brecha del 23% entre vacunas recibidas y vacunas aplicadas. Las dosis esperaban un promedio de 19.2 días en refrigeradores antes de llegar a brazos.

Mientras la gente moría esperando vacunas, había vacunas esperando ser aplicadas. Es la eficiencia burocrática mexicana elevada a su máxima expresión: todo tarda, todo se retrasa, todo espera "mañana lo hacemos". Excepto la muerte. Esa sí era puntual.

Julio trajo la tercera ola. La variante Delta. Más contagiosa. El virus mutaba más rápido que las excusas del gobierno. Pero para entonces, el país ya estaba cansado. Cansado de mentiras. Cansado de promesas incumplidas. Cansado de incompetencia disfrazada de transformación.

La gente había aprendido a vivir con la mentira. Como se vive con un ruido molesto: eventualmente dejas de escucharlo. La Cuarta Tribulación había normalizado el desastre. Había convertido lo inaceptable en

cotidiano. Había hecho de la muerte masiva una estadística más en el noticiero de las ocho.

Así cerró 2021. Con una segunda ola que mató más que la primera. Con vacunas que llegaron pero se aplicaron con velocidad de trámite burocrático. Con un subsecretario que se vacacionó, se contagió, paseó enfermo, y llamó golpistas a padres de niños moribundos. Con decisiones políticas disfrazadas de ciencia. Con muerte tras muerte tras muerte.

Y con la promesa de que 2022 sería mejor.

Ya sabemos cómo terminan esas promesas.

Cuando terminaron de leer, nadie habló durante tres minutos completos. El reloj en la pared marcaba las 11:47 AM. Se escuchaba el tráfico afuera. Voces en el pasillo. La vida continuaba normal allá afuera. Pero dentro del aula 304, algo fundamental había cambiado.

Fue Rodrigo quien rompió el silencio, y su voz ya no tenía nada de la arrogancia de las primeras sesiones:

—No puedo defender esto. He intentado. De verdad he intentado. Pero no puedo.

Marcia lo miró sorprendida.

—Pensé que ibas a pelear hasta el final.

—¿Pelear qué?—respondió Rodrigo con amargura—. ¿Zipolite? ¿El paseo en la Condesa dando positivo? ¿Los 26 días para aplicar vacunas? ¿Llamar golpistas a padres de niños con cáncer? ¿Qué parte de eso defiendo sin sentirme un imbécil?

Sirenio, que había estado mirando la foto de su abuela durante toda la lectura, habló sin voltear:

—Sabes qué es lo peor? Que todo esto está documentado. Todo tiene video. Todo tiene fecha. Todo es verificable. Y aun así, hay gente que lo sigue defendiendo. Que sigue diciendo que fue "el mejor manejo de la pandemia". Que sigue creyendo que las cifras son "invento de la oposición".

Volteó hacia el grupo:

—Mi abuela murió el 8 de mayo de 2020. Mientras ese pendejo estaba de vacaciones en enero, ella trataba de conseguir cita médica. Mientras él se paseaba contagiado en marzo, ella empeoraba en casa porque no había ambulancias disponibles. Cuando finalmente la llevamos al hospital en mayo, nos dijeron que no había espacio. Se ahogó en su casa. En su cama. Sola. Porque yo no podía entrar a su cuarto sin arriesgar contagiarme.

Su voz se quebró pero continuó:

—Y ahora leo que las vacunas que llegaron en enero se quedaron guardadas 26 días. Veintiséis días. Mi abuela murió esperando. Las vacunas esperaban en refrigeradores. ¿Saben qué? Chinguen a su madre todos los que defienden esto. Todos.

—Sirenio—advirtió Calixto.

—No, profesor. Ya no voy a ser educado. Ya no voy a tener "respeto al debate". Porque el respeto se lo merecen los muertos. Los 833 mil muertos. Mi abuela. El hijo de 7 años de la prima de Laureana. Los 4,843 profesionales de salud que murieron sin equipo de protección. Ellos merecen respeto. No el gobierno que los mató por incompetencia.

Nadie lo contradijo. Ni siquiera Calixto. Porque a veces la ira es más honesta que la diplomacia.

Antonieta pasó hacia adelante, puso su carpeta de verificación sobre el escritorio de Calixto:

—Todo está verificado. Cada fecha. Cada número. Cada fotografía. Cada declaración. No hay nada que desmentir. No hay nada que "contextualizar". Los hechos son los hechos. 26 días para aplicar vacunas. Paseo contagioso. Padres llamados golpistas. Todo pasó. Todo está documentado.

Marcia tenía la cabeza entre las manos:

—¿Cómo no vi esto antes? ¿Cómo no busqué los datos? ¿Cómo...?

—Porque no querías verlos—dijo Laureana con gentileza—. Porque es más fácil creer en la narrativa que buscar los hechos. Porque duele aceptar que te equivocaste. Que votaste mal. Que defendiste lo indefendible.

—Todos lo hemos hecho—añadió Felipe Ballesteros—. Todos hemos creído en algo sin verificar. La diferencia es qué haces cuando finalmente ves los datos. Si los aceptas o si los niegas.

José Luis Céspedes, el más callado del grupo, levantó la mano:

—Yo... yo también voté por AMLO. Y también lo defendí. Pero ahora tengo una pregunta. Si todo esto es cierto—y claramente lo es—, ¿por qué nadie fue a la cárcel? ¿Por qué López-Gatell terminó en la OMS? ¿Por qué el presidente acabó su sexenio con popularidad alta? ¿Por qué ganó su sucesora?

—Porque en México—respondió Calixto con cansancio—la impunidad es la regla, no la excepción. Porque la memoria es corta. Porque la siguiente promesa siempre borra el desastre anterior. Porque hemos normalizado la incompetencia. Porque los muertos no votan.

Gaudencio cerró su laptop:

—Siguiente semana, capítulo 4. El año 2022. El año en que el gobierno se aburrió de la pandemia. Cuando la vacunación pasó del 60% al 63% en seis meses. Cuando los cubrebocas se convirtieron en "instrumento

de personas egoístas". Léanlo. Y vengan preparados para aceptar que cada año fue peor que el anterior.

Marcia se quedó después de que todos salieron. Calixto guardaba sus cosas.

—Profesor... ¿valió la pena? ¿Este debate? ¿Todo este dolor?

Calixto se detuvo, la miró:

—¿Tú qué crees?

Marcia tardó en responder:

—Creo que... creo que prefiero saber la verdad y que duela, que vivir cómoda en la mentira. Pero duele. Mucho.

—La verdad siempre duele más que la mentira—respondió Calixto—. Pero también es la única base sobre la que se puede construir algo real. Las mentiras cómodas solo construyen castillos de arena que la primera ola derrumba.

Marcia asintió, salió.

Esa noche, varios estudiantes se enviaron mensajes. No sobre el capítulo. Sobre cómo se sentían. Sobre la dificultad de aceptar que habían estado equivocados. Sobre el peso de saber.

Rodrigo le escribió a Marcia: "¿Cómo vuelves a confiar en un político después de esto?"

Ella respondió: "No sé si se puede. Pero tal vez el punto es nunca confiar ciegamente. Verificar siempre. Cuestionar todo. Incluso—especialmente—lo que queremos creer."

Sirenio puso la foto de su abuela de regreso en su cartera. La llevaba siempre. Guadalupe Montebello García. 1947-2020. Una de las 833,473.

Evitable.

Esa palabra lo perseguía. Evitable. Su abuela no tenía que morir. Murió porque su gobierno fue incompetente. Porque las vacunas se quedaron guardadas 26 días. Porque el responsable de la pandemia estaba de vacaciones. Porque nadie hizo su trabajo.

Evitable.

La palabra más dolorosa del vocabulario.

El aula 304 había dejado de ser solo un salón de clases. Se había convertido en un espacio donde las certezas morían y las verdades incómodas tomaban su lugar.

Y una vez que ves la verdad, ya no puedes dejar de verla.

Aunque quieras.

Aunque duela.

Aunque destruya todo lo que creíste saber.

Los datos están ahí. Fríos. Implacables. Verificables.

26 días para aplicar vacunas. Paseo contagioso. Padres golpistas. Vacunas priorizadas por política, no por ciencia.

Y nadie pagó por nada.

Ese era el verdadero escándalo. No solo que pasó. Sino que pasó sin consecuencias.

Y que la gente que lo causó siguió en el poder. Siguió siendo "ejemplos a seguir". Siguió recibiendo aplausos.

Mientras 833,473 personas seguían muertas.

Y sus familias seguían esperando justicia que nunca llegaría.

Bienvenidos a México. Donde la impunidad no es un error. Es una función.

CAPÍTULO 4

La fatiga de fingir que importa

La semana entre el capítulo 3 y el 4 fue rara. Varios estudiantes faltaron a otras clases. Algunos reportaron "no sentirse bien". Otros simplemente no aparecieron. Porque procesar que tu gobierno mató a casi un millón de personas por incompetencia no es algo que se digiere en una tarde.

Marcia había dejado de usar su playera de "La Esperanza de México" que llevaba orgullosamente desde 2018. No es que hubiera cambiado de ideología de la noche a la mañana. Es que ya no podía usar esa playera sin sentir que estaba mintiendo. O peor: que la playera estaba mintiendo.

Rodrigo llegó al aula 304 ese martes con ojeras. Había pasado los últimos días en una cueva de conejo de internet, buscando... algo. Alguna refutación. Algún análisis alternativo. Algún experto creíble que dijera que todo el documento era mentira. No encontró ninguno. Encontró opiniones. Encontró narrativas. No encontró datos que contradijeran los del documento. Y eso lo estaba matando.

Porque Rodrigo había construido su identidad política completa alrededor de defender la 4T. Era el chico que en 2018, con 15 años, había convencido a su familia de votar por AMLO. Que había peleado con tíos en cenas navideñas. Que había perdido amigos defendiendo cada decisión presidencial. Y ahora resultaba que había estado defendiendo lo indefendible. ¿Quién era él sin esa identidad?

Sirenio llegó con la foto de su abuela otra vez. Pero ahora varios estudiantes más habían empezado a traer fotos también. Laureana tenía una de Mateo, su primo de 7 años. José Luis trajo una de su tía. Felipe una de su abuelo. El aula 304 se estaba convirtiendo en un memorial improvisado de los 833,473.

Antonieta llegó con su carpeta de siempre, pero esta vez era más delgada. Porque el capítulo 4 era más corto. No porque hubiera pasado menos. Sino porque en 2022 el gobierno simplemente... se aburrió. La pandemia ya no era noticia. Ya no generaba rating. Ya no servía políticamente. Entonces dejaron de pretender que les importaba.

Gaudencio no tuvo que llamar al orden. Todos estaban ahí. Puntuales. En silencio. Esperando.

Calixto entró, cerró la puerta, habló sin preámbulos:

—Capítulo 4. El año 2022. El año en que la vacunación se estancó. Del 60% al 63% en seis meses. Medio punto porcentual mensual. El año en que López-Gatell declaró que el cubrebocas era "instrumento de personas egoístas". El año en que el país aprendió a vivir con 800 mil muertos como quien se acostumbra a un ruido molesto.

Hizo una pausa:

—Este capítulo es diferente. No hay escándalos grandes. No hay vacaciones en Zipolite. No hay "como anillo al dedo". Solo hay... cansancio. Fatiga gubernamental. Como si hubieran dicho "ya vacunamos al 60%, ya cumplimos, el resto que se joda". Y esa indiferencia mató gente también. Quizá de forma más cruel que la incompetencia activa.

Marcia levantó la mano, su voz apenas audible:

—¿Puedo decir algo antes de que leamos?

Calixto asintió.

Marcia se puso de pie, temblando ligeramente:

—Yo... necesito pedir disculpas. A Sirenio. A Laureana. A todos los que perdieron familia. Durante tres semanas los llamé mentirosos. Les dije que exageraban. Que los datos estaban manipulados. Que todo era campaña de desprestigio.

Se le quebró la voz:

—Y tenían razón. En todo. Y yo estaba defendiendo a los que mataron a su familia por incompetencia. Así que... lo siento. De verdad lo siento.

Se sentó. Sirenio la miró por un momento, luego asintió. No dijo nada. No hacía falta.

Rodrigo carraspeó, también se puso de pie:

—Yo también. Yo también les debo disculpas. Llamé "propaganda fifí" a testimonios reales de gente real que había perdido familia real. Porque era más fácil descalificar que aceptar que mi héroe político era un incompetente que mató gente. Así que sí. Lo siento.

Gaudencio proyectó el título del capítulo:

—2022 - No hay vacunas pero ya mero está la "patria". Este es el año del cansancio. Del "ya para qué seguir intentando". Del abandono sistemático disfrazado de normalización. Léanlo.

Pero antes de que empezaran, Antonieta levantó la mano:

—Antes de leer... verifiqué algo que me pareció imposible. Demasiado estúpido para ser real. Y necesito compartirlo.

Abrió su carpeta:

—Octubre de 2020. López-Gatell dice textualmente: "El cubrebocas sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve".

Hubo un momento de silencio. Luego alguien soltó una risa nerviosa. Luego otra. De repente todo el salón estaba riendo. No de alegría. De incredulidad. De esa risa amarga que da cuando la realidad supera la parodia.

—Es... es Cantinflas—dijo Felipe entre risas—. Literalmente cantinfleó una respuesta sobre salud pública en plena pandemia.

—Pero Cantinflas era gracioso—respondió José Luis—. Esto es... esto es el subsecretario de Salud. El experto. El que debía saber. Y soltó esa pendejada.

La risa se apagó. Porque sí, era absurdo. Pero también era real. Y 833 mil personas habían muerto mientras el responsable cantinfleaba respuestas.

Calixto esperó a que se callaran:

—Esa frase resume el 2022 perfectamente. "Sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve". Podría aplicarse a la vacunación. Al sistema de salud. A todo el sexenio. Frases vacías que no dicen nada pero suenan como si dijeran algo. Bienvenidos a la política de la 4T.

Gaudencio abrió el documento:

—Leamos qué pasó cuando el gobierno decidió que ya había hecho suficiente. Cuando el 60% de vacunación se convirtió en "misión cumplida" y el otro 40% podía esperar. O morir esperando. Lo que pasara primero.

Y esto es lo que leyeron:

2022 - No hay vacunas pero ya mero está la "patria"

El año 2022 será recordado como el año en que el gobierno mexicano se aburrió de la pandemia. No porque la pandemia hubiera terminado, sino porque mantener la atención en una crisis sanitaria durante más de dos años es agotador. Especialmente cuando esa crisis te obliga a mentir, admitir errores, ajustar estrategias, y trabajar sistemáticamente sin reflectores ni aplausos. Y la Cuarta Tribulación no hacía cosas sin reflectores ni aplausos.

Las campañas de vacunación empezaron 2022 con el entusiasmo de un estudiante que ya reprobó el semestre y sabe que no hay salvación pero igual tiene que presentarse a los últimos exámenes. De enero a julio, la cobertura de vacunación creció del 60% al 63%. Tres por ciento en seis meses. Para los que no son buenos con las matemáticas, eso es medio punto porcentual por mes. Es la velocidad de una tortuga artrítica subiendo una montaña.

Es como correr un maratón, llegar al kilómetro 20, decidir que ya corriste suficiente y sentarte a descansar mientras comes chicharrones. El 40% restante de la población puede esperar. O morir esperando. Probablemente lo segundo. Pero bueno, ya habíamos vacunado al 60%. Eso debe contar para algo, ¿no? Es como aprobatorio. C es calificación aprobatoria, decía mi abuela.

El contraste entre el inicio de la vacunación y julio de 2022 era brutal. En diciembre de 2020 y enero de 2021 había conferencias de prensa diarias anunciando cada cargamento de vacunas que llegaba. Cada avión que aterrizaba con cajas de Pfizer era tratado como si trajera el arca de la alianza. Fotos. Declaraciones. Funcionarios posando junto a las cajas refrigeradas como si fueran trofeos de guerra. "Miren, llegaron 50 mil dosis más. Somos un gobierno que cumple."

Para julio de 2022, las vacunas llegaban y nadie decía nada. Sin conferencias. Sin fotos. Sin anuncios triunfalistas. Porque el show mediático ya había pasado. Ya habían tenido sus ceremonias inaugurales. Ya habían cortado el listón. Lo demás era trabajo. Y el trabajo, especialmente el trabajo sin cámaras, no era lo suyo...¡ya les daba fiaca de plano!

Es la historia de México en miniatura: arranque mediático espectacular, muerte por desinterés burocrático. Como esos proyectos que se inauguran con mariachi y al año siguiente están abandonados con los vidrios rotos. La vacunación nacional siguió el mismo patrón. Empezaron a todo vapor. Terminaron en punto muerto.

La fatiga gubernamental era palpable. Parecía que en las oficinas de la Secretaría de Salud alguien había dicho "ok, ya vacunamos al 60%, ya cumplimos, ya podemos pasar a otra cosa, ¿no?" Como si 60% fuera suficiente. Como si el 40% restante fuera descartable. Como si la inmunidad de rebaño funcionara con solo tres quintos del rebaño.

Pero claro, vacunar al 40% restante significaba seguir haciendo lo mismo día tras día sin gloria ni reconocimiento. Significaba organizar brigadas. Ir a comunidades rurales. Convencer a los escépticos. Trabajar el fin de semana. Invertir recursos. Mantener la logística funcionando. Aburrido. Nada fotogénico. Nada tuiteable. ¿Para qué molestarse?

Mientras tanto, el discurso oficial sobre el cubrebocas continuaba su evolución fascinante. En marzo de 2020, López-Gatell había declarado que tenían "nula utilidad". En mayo de 2020 apareció usándolo sin

explicación alguna. En diciembre de 2020 criticó a gobiernos locales que querían sancionar su no uso. Y en octubre de 2021, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, alcanzó la cúspide de su creatividad lingüística.

Declaró que el cubrebocas se había convertido en "instrumento de personas egoístas para culpar a otros".

Pausa. Procesemos esto con calma. Respiremos hondo. Relean esa frase.

El cubrebocas, ese pedazo de tela o material sintético que cubre nariz y boca, había evolucionado. Ya no era solo inútil, como declaró en 2020. Ahora era un instrumento. Con agencia. Con propósito malévolo. Era herramienta del egoísmo neoliberal conservador opositor. Una mascarilla quirúrgica aparentemente tenía más capacidad de acción política que muchos diputados de la Cuarta Tribulación.

Imaginen el razonamiento: Tú usas cubrebocas no porque quieras protegerte o proteger a otros, sino porque eres egoísta y quieres señalar con el dedo a los que no lo usan. Es culpa proyectada. Es victimización elevada a ciencia. Es la lógica del que dice "no es que yo esté mal, es que tú me haces sentir que estoy mal al hacer las cosas bien".

Es como si alguien usara cinturón de seguridad y el gobierno dijera "ese conductor egoísta solo usa cinturón para hacer sentir mal a los que no lo usan". O como si alguien se lavara las manos después de ir al baño y lo acusaran de "querer culpar a otros con su higiene ostentosa". Es invertir completamente la lógica de la salud pública hasta convertirla en ofensa personal.

La progresión del discurso oficial sobre cubrebocas es digna de estudio antropológico:

Marzo 2020: "Es inútil" Abril 2020: "Tiene nula utilidad" Mayo 2020: (Aparece usándolo sin explicación) Diciembre 2020: "No es indispensable" Octubre 2021: "Es instrumento de personas egoístas"

Del "no sirve" al "es malvado". El cubrebocas había pasado de ser objeto inanimado ineficaz a ser agente activo del mal. Tenía agenda política. Era opositor. Probablemente fifí también. Seguramente votaba en contra de Morena en las encuestas.

Y sobrevino la frase más cómica, más elocuente, más representativa de la calidad científica de la cuarta tribulación en relación con el cubrebocas. La dijo el mismo personaje que hemos venido analizando. López Gatell declaró con una sencillez y brillantez que no deja lugar a dudas de su prístina sabiduría…dijo: “Es que el cubrebocas sirve para lo que sirve…y no sirve para lo que no sirve”… ¡juro que no es broma! Así lo dijo. Mario Moreno habría firmado la frase sin duda. Demóstenes se habría sentido herido en su vanidad al escuchar una frase que lo hacía ver gris ante la luz de su significado… Pero ¿cuál era su significado? Nadie lo supo. Y hasta la fecha. Nadie lo sabe. Porque un supositorio

sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve... una pistola sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve... una zanahoria sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve... ¡¡todo!! Sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve... Entonces solo podemos concluir que López Gatell sirve para lo que sirve y no sirve...para nada.

Solo faltó que declarara que los cubrebocas estaban financiados por la CIA y que cada mascarilla venía con un chip para rastrear a los usuarios y controlar sus mentes. Pero eso hubiera sido demasiado obvio incluso para la Cuarta Tribulación.

Lo fascinante de esta evolución retórica es que revela la verdadera naturaleza del gobierno: todo es político. Incluso un pedazo de tela sobre tu cara. Si usas cubrebocas, eres egoísta y quieres culpar a otros. Si no lo usas, eres pueblo bueno que confía en la transformación. La mascarilla dejó de ser medida sanitaria para convertirse en declaración ideológica.

Es brillante, en cierta forma perversa. Porque logra algo muy difícil: convertir una medida de salud pública en símbolo de lealtad política. Dividir a la población no solo entre vacunados y no vacunados, entre cuidadosos y temerarios, sino entre revolucionarios y conservadores. Entre los que confían en el pueblo y los egoístas que culpan a otros.

El virus, por supuesto, seguía sin entender de matices ideológicos. Seguía infectando a todos por igual. Pero eso era irrelevante. Lo importante no era controlar la pandemia. Lo importante era controlar la narrativa.

Para 2022, la población estaba cansada. Exhausta. Harta. Tres años de mensajes contradictorios. De semáforos que cambiaban de color según la conveniencia política más que según la realidad epidemiológica. De promesas incumplidas que se acumulaban como facturas sin pagar. De "ya mero terminamos" que nunca terminaban. De "estamos aplanando la curva" mientras la curva subía vertical como pared de escalada. La gente ya no sabía qué creer.

Había desarrollado esa fatiga especial que da vivir en una mentira constante. No es enojo. El enojo requiere energía. Es algo más profundo: resignación. Aceptación amarga de que así son las cosas y no hay nada que hacer. Es la fatiga del que ha gritado tanto que ya no le sale la voz. Del que ha exigido tanto que ya no tiene fuerzas para seguir exigiendo.

México entero se convirtió en una población de Sísifos colectivos, empujando la piedra de la esperanza montaña arriba, viendo cómo rodaba hacia abajo cada vez que el gobierno tomaba otra decisión estúpida, y volviendo a empujar, porque qué más se podía hacer. Quedarse en casa y morir de hambre no era opción. Salir y morir de COVID tampoco. Así que la gente salió, trabajó, se infectó, algunos se vacunaron cuando les tocó, otros se murieron, y todos siguieron adelante porque detenerse significaba colapsar.

¿El cubrebocas sirve o no sirve? Depende del mes en que preguntes. ¿Las vacunas son efectivas? Sí, pero tardamos 26 días en aplicarlas. ¿Cuándo termina esto? Cuando decidamos políticamente que terminó, sin importar cuánta gente siga muriendo.

Era como vivir con un novio que te miente tanto que ya ni te molestas en confrontarlo. Solo asumes que todo lo que dice es mentira y ajustas tu vida en consecuencia. La población mexicana desarrolló esa relación con su gobierno: ya no esperaba verdad, solo calculaba qué tan grave era la mentira del día.

Las cifras oficiales de muertos seguían siendo sospechosamente bajas. El exceso de mortalidad seguía siendo sospechosamente alto. Pero ya a nadie le importaba. El INEGI publicaría sus números en 2023. La Comisión Independiente publicaría los suyos en 2024. Para entonces, el sexenio estaría casi terminado. Y los muertos, pues seguirían muertos. Pero al menos estarían bien documentados. Para la posteridad.

Mientras tanto, en las conferencias mañaneras, el presidente seguía declarando que México era ejemplo mundial en el manejo de la pandemia. Que otros países deberían aprender de nosotros. Que habíamos hecho las cosas bien. Que los críticos eran conservadores resentidos que no aceptaban la transformación.

Y parte de la población le creía. O al menos quería creerle. Porque la alternativa era admitir que habían votado por un gobierno que mató a 330 mil personas por incompetencia. Y eso es difícil de procesar. Es más fácil creer la mentira. Es más cómodo pensar que todo está bien y que los críticos exageran.

Es el fenómeno psicológico de la disonancia cognitiva llevado al nivel nacional. Cuando la realidad contradice tus creencias, es más fácil negar la realidad que cambiar las creencias. Especialmente si cambiar las creencias implica admitir que te equivocaste. Que confiaste en quien no debías. Que tu voto contribuyó al desastre.

Así que la negación se volvió estrategia de supervivencia psicológica. "No está tan mal." "Otros países lo hicieron peor." "Al menos el presidente es honesto." "La pandemia fue culpa de China, no del gobierno." Cualquier excusa servía con tal de no enfrentar la realidad brutal: que habíamos sido gobernados por incompetentes durante la peor crisis sanitaria del siglo.

El año 2022 se fue en silencio. Sin grandes escándalos porque ya nadie esperaba nada diferente. La Cuarta Tribulación había normalizado el desastre. Cuando todo es caos, nada es caos. Es el nuevo normal. México aprendió a vivir con 800 mil muertos como quien se acostumbra a un ruido molesto: eventualmente dejas de escucharlo.

Las vacunas seguían llegando. Lentas. Insuficientes. Mal distribuidas. Pero llegaban. El 63% de la población estaba parcialmente protegida. El

37% restante podía esperar. O morir. O infectarse y desarrollar inmunidad natural. O lo que fuera. Ya no importaba mucho.

El gobierno había pasado a otros temas. Había una consulta de revocación de mandato que organizar. Obras faraónicas que inaugurar. Opositores que descalificar. Mañaneras que dar. La pandemia era historia vieja. Noticias de ayer. Había que mirar hacia adelante, no hacia atrás. Especialmente cuando mirar hacia atrás significaba ver 833 mil cadáveres.

Así cerró 2022. No con explosión sino con un gemido. Con fatiga. Con resignación. Con esa tristeza gris que da saber que las cosas pudieron ser diferentes pero no lo fueron. Que tanta muerte fue evitable pero no se evitó. Que tuvimos gobierno cuando necesitábamos liderazgo. Que tuvimos propaganda cuando necesitábamos ciencia. Que tuvimos fe ciega cuando necesitábamos pensamiento crítico.

Y con la certeza de que nadie pagaría por nada de esto.

Porque en México, la impunidad también es pandémica.

Terminaron de leer en silencio. El reloj marcaba las 12:04. Habían pasado más de una hora. Nadie se había movido. Nadie había sacado el celular. Solo habían leído sobre cómo un gobierno se cansó de fingir que le importaba la vida de su pueblo.

Fue Marcia quien habló primero, con voz hueca:

—Mi mamá dice eso. Dice "no está tan mal". Dice "otros países lo hicieron peor". Yo... yo también lo decía.

Nadie respondió. Qué se puede decir.

—La disonancia cognitiva—dijo Calixto con suavidad—. Es mecanismo de defensa psicológico. No es estupidez. Es supervivencia emocional. Admitir que votaste por un desastre es doloroso. Es más fácil reinterpretar la realidad.

—Pero sigue siendo mentira—dijo Laureana—. Sigue siendo negación.

—Sí—asintió Calixto—. Lo es.

Rodrigo tenía la libreta abierta, había estado tomando notas. Leyó en voz alta:

—"Del 60% al 63% en seis meses. Tres por ciento en 180 días. 0.5% mensual." Escribí los números. Los vi. Y aun así no puedo creer que sea real. Es... es rendirse. Es declarar victoria y abandonar el campo de batalla mientras la guerra sigue.

José Luis levantó la mano:

—Lo de la frase Cantinflas... "sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve"... ¿saben qué es lo peor? Que mucha gente lo vio en vivo y

no se dio cuenta de lo absurdo que era. Porque ya estábamos acostumbrados a que no dijera nada con muchas palabras.

—Mi mamá vio esa conferencia—dijo Felipe—. Le pregunté después qué había dicho López-Gatell sobre los cubrebocas. Me dijo "que depende". Ni siquiera se dio cuenta de que no había dicho absolutamente nada.

Antonieta cerró su carpeta de verificación:

—Y eso es lo más peligroso. No que mientan. Sino que normalicemos la mentira. Que nos acostumbremos a frases vacías que no significan nada. Que dejemos de exigir respuestas claras porque ya ni siquiera recordamos cómo suenan.

Sirenio, que había estado en silencio toda la sesión, finalmente habló:

—Este capítulo es el más triste. No por lo que dice. Por lo que NO dice. No hay escándalos grandes porque ya ni siquiera se molestaban en fingir. Solo... dejaron de intentar. La gente seguía muriendo y ellos solo... se aburrieron.

Su voz se quebró ligeramente:

—Mi abuela murió en mayo de 2020. Cuando todavía fingían que les importaba. Pero hay gente que murió en 2022. Cuando ya ni siquiera fingían. Y eso... eso es peor de alguna forma horrible. Morir cuando tu gobierno ni siquiera considera que tu muerte vale la pena mencionarla.

Gaudencio cerró su laptop:

—Siguiente semana. Capítulo 5. El año 2023. Cuando el INEGI publica las cifras oficiales. Entre 680 mil y 794 mil muertes en exceso. Y el gobierno responde con... nada. Silencio absoluto. Como si el INEGI hubiera publicado el pronóstico del clima.

—¿Nada?—preguntó Marcia incrédula—. ¿Cómo "nada"?

—Nada—confirmó Gaudencio—. Ni confirmación. Ni negación. Ni explicación. Ni disculpa. El instituto oficial de estadística del gobierno dice "murieron casi 800 mil personas" y el gobierno no dice absolutamente nada. Como si no hubiera pasado.

Rodrigo cerró su libreta despacio:

—Ya no sé qué es peor. La incompetencia activa de 2020. La hipocresía de 2021. O el abandono de 2022.

—Espera al capítulo 6—dijo Gaudencio—. La Comisión Independiente. Las 330 mil muertes evitables. Los once errores críticos. Ese es el peor. Porque ya no hay forma de negar nada.

La clase terminó sin la formalidad habitual. Los estudiantes salieron lentos, cansados, procesando. Ya no había debates acalorados en el pasillo. Ya no había argumentos y contraargumentos gritados. Solo silencio pesado.

Marcia se quedó sentada mirando su tablet apagada. Calixto se le acercó:

—Miraflores, ¿estás bien?

Ella tardó en responder:

—¿Profesor... cuando cambias de opinión sobre algo fundamental... cuando aceptas que estabas equivocada en algo que creías con todo tu ser... quién eres después de eso?

Calixto se sentó en la silla junto a ella:

—Alguien más honesto. Alguien que eligió la verdad sobre el ego. Alguien que puede decir "me equivoqué" sin que se le caiga el mundo. Eso es fortaleza, no debilidad.

—No se siente como fortaleza—dijo Marcia con lágrimas—. Se siente como...como perder el piso. Como caer sin red.

—Es exactamente eso—respondió Calixto—. Y es aterrador. Pero del otro lado de esa caída hay algo sólido: la verdad. Y sobre la verdad sí puedes construir. Sobre mentiras solo construyes castillos de arena.

Marcia asintió, se limpió las lágrimas, salió.

Esa noche, varios estudiantes procesaron el capítulo de formas diferentes.

Rodrigo escribió en su diario—cosa que nunca hacía—: "Hoy aprendí que es posible matar gente por aburrimiento. Por desinterés. Por simple falta de ganas de seguir intentando. Y eso es casi más cruel que matarla por malicia. Porque la malicia al menos reconoce tu existencia. El desinterés ni siquiera eso."

Marcia llamó a su mamá. Hablaron durante dos horas. Su mamá defendió al gobierno. Marcia ya no peleó. Solo escuchó. Y se dio cuenta de que hace tres semanas ella decía exactamente lo mismo. Y sintió compasión por su mamá. Y tristeza. Porque sabía que su mamá eventualmente vería los datos. Y dolería. Como le dolió a ella.

Sirenio puso la foto de su abuela en su buró. La miraba cada noche antes de dormir. Guadalupe Montebello García. Una de las 833,473. Murió cuando todavía fingían que les importaba. Otros murieron cuando ya ni siquiera fingían.

No sabía cuál era peor.

El aula 304 había dejado de ser salón de clases. Era espacio de duelo colectivo. De certezas muriendo. De estudiantes aprendiendo la lección más dura de las ciencias políticas: que los gobiernos pueden matar por incompetencia tanto como por malicia. Y que la impunidad hace que ninguna de las dos tenga consecuencias.

60% al 63% en seis meses.

0.5% mensual.

Medio punto porcentual por mes mientras la gente moría esperando vacunas.

"Sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve."

Frases vacías. Políticas vacías. Gobierno vacío.

Y 833,473 muertos.

Los números no mienten.

Las personas sí.

Y México había elegido creer a las personas sobre los números.

Hasta que ya no pudo.

Hasta que los muertos fueron tantos que ni siquiera la narrativa más creativa podía ocultarlos.

Pero para entonces ya era demasiado tarde.

Siempre es demasiado tarde cuando finalmente decides ver la verdad.

Los muertos no resucitan solo porque finalmente aceptes que murieron.

Y eso era lo que más dolía.

CAPÍTULO 5

Los números que no se pueden negar (pero sí ignorar)

Pasó algo extraño entre la sesión del capítulo 4 y la del 5. El debate se filtró. Alguien—nunca supieron quién—le contó a un profesor de otra clase. Ese profesor le contó a otro. Y de repente, el aula 304 tenía visitantes.

Ese martes llegaron estudiantes de otros grupos. De otras carreras. Algunos querían ver el "debate famoso sobre COVID". Otros genuinamente querían entender qué había pasado. Calixto tuvo que poner límite: solo los que habían leído el documento completo podían quedarse. Cinco estudiantes nuevos se quedaron. Habían leído todo el fin de semana.

El aula estaba llena. No había sillas suficientes. Algunos se sentaron en el suelo. Otros se quedaron parados junto a la puerta. Y todos, absolutamente todos, sabían que el capítulo 5 era diferente.

Porque en el capítulo 5, el INEGI—el maldito instituto de estadística del gobierno—publicaba la verdad. 680 mil a 794 mil muertes en exceso. Casi un millón de personas. Y el gobierno... no decía nada.

Marcia llegó con su mamá. Bueno, no literalmente. Pero traía un video en su celular. Su mamá diciendo "los números del INEGI están inflados" en la cena del domingo. Marcia había tratado de explicar metodología estadística entre el pozole y los tostadas. No funcionó. Su mamá seguía creyendo que el INEGI mentía.

—¿Cómo convences a alguien que no quiere ser convencido?—le preguntó a Gaudencio antes de empezar la clase.

—No puedes—respondió Gaudencio—. Solo puedes darles los datos y esperar que eventualmente el peso de la evidencia sea mayor que el peso de la ideología.

Rodrigo llegó con su papá. Literalmente. Su papá estaba ahí, parado junto a la puerta, con expresión de quien va a la guerra. Porque Rodrigo le había contado todo. Y su papá—chairo de hueso colorado desde los 80s—había dicho "eso es mentira, vamos a ese debate y yo voy a demostrar que todo es propaganda".

Calixto lo vio, suspiró. No iba a echar a un padre de familia que venía a defender su ideología. Pero le advirtió:

—Señor, puede quedarse. Pero las mismas reglas aplican: respeto absoluto, y si va a afirmar algo, debe tener fuente verificable. ¿De acuerdo?

El papá de Rodrigo asintió, se cruzó de brazos, y se paró junto a la puerta como guardaespaldas ideológico de su hijo.

Sirenio llegó con algo nuevo: un folder. Dentro había copias impresas del comunicado del INEGI del 26 de julio de 2023. Las había impreso él mismo. Las puso sobre las mesas para quien quisiera verlas. Datos oficiales. Del gobierno. Que el gobierno no quería que vieras. O al menos no quería hablar de ellos.

Antonieta llegó con la carpeta más gorda de todas. Porque el capítulo 5 era corto pero denso. Y ella había verificado no solo los números del INEGI, sino todas las defensas que el gobierno y sus defensores habían usado cuando salieron esos números. Las había verificado una por una. Y todas eran mentira o media verdad o distorsión.

Calixto cerró la puerta cuando dio la hora. El aula estaba a reventar. Veintiocho personas. Para un debate que empezó con dieciocho.

—Capítulo 5. El año 2023. El INEGI publica el exceso de mortalidad. Entre 680 mil y 794 mil, dependiendo de la metodología. Casi un millón de personas. Y esto es lo importante: no son cifras de la oposición. No son cálculos de Loret de Mola. No son estimaciones de periódicos extranjeros. Son del INEGI. Del gobierno. Del mismo gobierno que causó esas muertes.

Hizo una pausa, miró al papá de Rodrigo:

—Y el gobierno no dijo nada. Cero. Ninguna conferencia de prensa. Ningún comunicado. Ninguna explicación. ¿Saben lo que significa cuando un gobierno no puede defender sus propios números? Significa que los números son indefendibles.

El papá de Rodrigo levantó la mano:

—Es que esos números incluyen todas las muertes, no solo COVID. Incluyen diabéticos, hipertensos, gente que ya estaba enferma...

—Correcto—interrumpió Antonieta antes de que Calixto respondiera—. Es exceso de mortalidad. Significa: cuántas personas más murieron en 2020-2023 comparado con lo esperado. Y sí, incluye a diabéticos que murieron porque no había atención médica, a hipertensos que no fueron al hospital por miedo a contagiarse, a pacientes de cáncer cuyo tratamiento se retrasó. Todas esas muertes están relacionadas con la pandemia. Y con el pésimo manejo de la pandemia.

—Pero—insistió el papá de Rodrigo—, México tiene muchas comorbilidades. Somos un país con obesidad, diabetes...

—Costa Rica también—respondió Gaudencio—. Y tuvo 60% menos mortalidad en exceso. Brasil también. Y lo hizo mejor. Colombia también. Y lo hizo mejor. ¿Siguiente excusa?

El ambiente se tensó. Rodrigo miraba a su papá, luego al grupo, luego al piso. Porque esto era exactamente lo que él había hecho durante tres semanas: buscar excusas. Y ahora veía a su papá haciendo lo mismo.

Marcia levantó su celular, puso el video de su mamá:

—Mi mamá dice lo mismo. Que los números están inflados. Que el INEGI está sesgado. Que todo es campaña de desprestigio. Y cuando le pregunté "¿entonces cuántos murieron según tú?", no supo responder. Porque si 794 mil es inflado, ¿cuál es el número real? ¿600 mil? ¿500 mil? ¿En qué punto deja de ser un escándalo?

Sirenio se paró, empezó a repartir las copias del comunicado del INEGI:

—Léanlo ustedes mismos. Metodología explicada. Intervalos de confianza. Comparación internacional. Todo está ahí. Y este es el gobierno diciéndose la verdad a sí mismo. Por accidente.

El papá de Rodrigo tomó una copia, empezó a leerla. Su expresión cambió. De defensiva a confundida. De confundida a preocupada.

Calixto esperó a que todos tuvieran una copia:

—Vamos a hacer algo diferente hoy. Vamos a leer el capítulo 5, que es corto. Y después vamos a discutir no solo qué dicen los números, sino por qué el gobierno no dijo nada cuando salieron esos números. Porque ese silencio... ese silencio es la confesión más elocuente.

Y esto es lo que leyeron:

2023 - No cuenten los muertos dos veces

El año 2023 llegó con la pregunta que nadie en el gobierno quería responder: ¿cuántos murieron realmente? Porque una cosa eran las cifras oficiales que la Secretaría de Salud reportaba diariamente en sus

conferencias vespertinas, y otra muy distinta era la realidad que cualquier funeraria, cualquier cementerio, cualquier familia mexicana podía confirmar. Los números no cuadraban. Nunca cuadraron. Y todos lo sabían.

Durante tres años, el gobierno había jugado con las estadísticas como un contador creativo juega con los libros de una empresa en quiebra. Maquillando aquí. Omitiendo allá. Reclasificando esto. Retrasando aquello. El resultado era una cifra oficial de muertes por COVID que cualquier persona con dos dedos de frente sabía que era falsa. Pero una cosa es saber que te mienten y otra es tener la evidencia documentada, publicada, oficial.

El 26 de julio de 2023, el INEGI, ese instituto incómodo que tiene la mala costumbre de contar cosas que el gobierno preferiría no contar, publicó su análisis del exceso de mortalidad. Y las cifras eran brutales. Entre 680 mil y 794 mil muertes en exceso, dependiendo de la metodología utilizada. Casi un millón de personas. No 60 mil, como proyectó López-Gatell en su momento de clarividencia epidemiológica. No las cifras oficiales que el gobierno había reportado. Casi un millón.

Para ponerlo en perspectiva: es como si toda la población de Querétaro desapareciera. O como si borraras del mapa a Hermosillo completa dos veces. O como si el Estadio Azteca se llenara hasta el tope diez veces y en cada ocasión todos los presentes murieran. Es un país pequeño de muertos. Una nación fantasma. Un genocidio por incompetencia.

Y lo más hermoso, en cierta forma perversa, es que estas cifras no venían de la oposición. No eran cálculos de algún periódico extranjero con agenda anti mexicana. No eran estimaciones de la prensa fifí conservadora. Eran datos del INEGI. Del gobierno. Del mismo gobierno que causó esas muertes. Era autocrítica involuntaria. El gobierno diciéndose la verdad a sí mismo. Por accidente.

Es como si un asesino publicara un análisis forense detallado de su propio crimen. Técnicamente útil. Moralmente grotesco.

El INEGI no es político. No tiene agenda. Solo cuenta. Es su trabajo. Cuenta nacimientos, cuenta defunciones, cuenta casas, cuenta empresas, cuenta todo lo que se puede contar. Y cuando contaron los muertos de la pandemia, les salió una cifra que hacía quedar muy, pero muy mal al gobierno. Pero como son gente seria que hace trabajo serio, la publicaron de todas formas. Con metodología. Con notas técnicas. Con intervalos de confianza. Con toda la frialdad estadística necesaria para decir "murieron casi un millón y aquí están los datos".

La reacción del gobierno fue magistral en su simplicidad: nada. Silencio. Cero comentarios. Ni confirmación ni negación. Ni explicación ni justificación. Como si el INEGI hubiera publicado el pronóstico del clima o las cifras de producción de maíz. Información técnica sin implicaciones políticas. Nada que ver aquí, circulen, circulen.

Es la estrategia del avestruz elevada a política de Estado. Si no hablas de algo, ese algo no existe. Si ignoras un problema, el problema desaparece. Si no reconoces los muertos, pues entonces no murieron. Es realismo mágico aplicado a la administración pública. García Márquez estaría orgulloso. O aterrado. Probablemente ambas cosas.

El silencio oficial fue tan estruendoso que resultaba casi cómico. Imaginen: el instituto oficial de estadística del gobierno publica que hubo casi 800 mil muertes en exceso durante la pandemia. Y el gobierno, que normalmente tiene opinión sobre todo, desde el precio del aguacate hasta las decisiones de la Corte Suprema de Estados Unidos, de repente no tiene nada que decir. Mudez selectiva. Afasia conveniente. Es como si un doctor te diera los resultados de tus análisis diciendo "tienes cáncer terminal" y tú respondieras hablando del clima.

Algunos funcionarios menores intentaron defender lo indefendible. "Es que el exceso de mortalidad incluye todas las causas de muerte, no solo COVID", explicaron. Cierto. También incluye a la gente que murió porque no pudo ir al hospital porque el hospital estaba lleno de enfermos de COVID. Y a los que murieron de infartos en su casa porque las ambulancias estaban ocupadas. Y a los diabéticos que no recibieron tratamiento porque todo el sistema de salud estaba colapsado. Y a los enfermos de cáncer que no fueron diagnosticados a tiempo porque todo se pospuso por la pandemia.

Todas esas muertes están relacionadas con COVID. Quizá no murieron con el virus en los pulmones, pero murieron por la pandemia y por el pésimo manejo de la pandemia. Son muertes asociadas. Muertes colaterales. Daño indirecto. Llámalo como quieras. Siguen siendo muertes evitables causadas por incompetencia gubernamental.

Otros intentaron la defensa comparativa. "Es que otros países también tuvieron muchos muertos", argumentaron. Sí. Otros países tuvieron muertos. Todos los países tuvieron muertos. Fue una pandemia global. Pero México quedó en cuarto lugar mundial en tasa de exceso de mortalidad. Casi medalla olímpica en muerte. Solo Bolivia, Perú y Ecuador nos superaron. Países con la mitad de nuestro PIB. Países sin nuestros recursos. Países sin nuestro tamaño. Y aun así lo hicieron peor que nosotros. Esa es la compañía en la que México quedó: el podio del desastre.

La defensa del "otros también lo hicieron mal" es la defensa del niño que reprueba el examen y dice "pero Juanito también reprobó". Sí, Juanito también reprobó. Pero tú sigues reprobado. Y si tu único consuelo es que hay otros tan malos como tú, entonces el problema es más grave de lo que parece.

Hubo también intentos de minimizar las cifras. "Es que tenemos muchas comorbilidades", dijeron. Diabetes. Hipertensión. Obesidad. Como si tener población enferma fuera excusa para dejarla morir. Como si el

gobierno no tuviera responsabilidad de cuidar a la población que tiene, no a la población ideal que le gustaría tener.

Es la defensa del entrenador de futbol cuyos jugadores perdieron 10-0 y dice "es que mis jugadores no son tan buenos". Pues precisamente por eso deberías entrenarlos mejor. Por eso deberías tener mejor estrategia. Por eso eres el entrenador. "Gobernamos bien, el problema es que ustedes están gordos y enfermos." Es culpar a las víctimas de su propia muerte. Es decirle al paciente que es su culpa que el doctor sea incompetente.

Sí, México tiene altas tasas de diabetes y obesidad. Eso hacía MÁS importante, no menos, haber tenido un buen sistema de salud. Eso hacía MÁS urgente, no menos, tomar en serio una pandemia que mata especialmente a personas con esas condiciones. Es como decir "la casa se quemó completa porque era de madera". Sí, era de madera. Por eso debiste cuidarla más. Por eso debiste tener mejores extintores. Por eso debiste responder más rápido cuando empezó el fuego. Las casas de madera requieren MÁS precaución, no menos. Cualquier bombero sabe eso. Aparentemente los funcionarios de salud de la Cuarta Tribulación no.

Pero la defensa más creativa vino de los comunicadores oficiales, esa tropa de apóstoles mediáticos que defienden lo indefendible por un cheque quincenal. Ellos argumentaron que las cifras del INEGI estaban "infladas". Que contaban doble a algunos muertos. Que habían usado una metodología dudosa. Que los datos no eran confiables.

Es decir: el gobierno estaba acusando a su propio instituto de estadística de mentir. El INEGI, que durante décadas había sido considerado una de las instituciones más confiables del país, ahora resultaba que no sabía contar muertos. Los mismos datos que el gobierno usaba para todo lo demás, de repente no eran buenos cuando mostraban inconveniencias políticas.

Es la típica estrategia autoritaria: las instituciones son confiables cuando dicen lo que quieres oír y son cuestionables cuando dicen lo que no quieres oír. El INEGI es excelente cuando reporta crecimiento económico y es sospechoso cuando reporta 794 mil muertos. Conveniente.

Lo fascinante es que nadie del gobierno se atrevió a proponer una cifra alternativa. No dijeron "no son 794 mil, son X cantidad". Porque proponer otra cifra implicaba admitir que sí había un número grande de muertos. Y eso abría la puerta a preguntas incómodas. ¿Cuántos entonces? ¿300 mil? ¿500 mil? Cualquier número seguía siendo un escándalo. Entonces era mejor no proponer nada. Solo dudar. Sembrar confusión. Cuestionar la metodología sin ofrecer alternativa.

En las conferencias mañaneras, el presidente esquivó el tema con la agilidad de un torero experimentado. Cuando le preguntaban por las cifras del INEGI, hablaba de otra cosa. De las obras del Tren Maya. Del

aeropuerto Felipe Ángeles. De la refinería Dos Bocas. De cualquier cosa excepto los casi 800 mil muertos. Y si insistían, acusaba al periodista de ser conservador, de estar al servicio de intereses oscuros, de querer desestabilizar. La pregunta nunca se respondía. Pero el periodista quedaba descalificado.

Es la vieja técnica del boxeador que no pudiendo ganar por puntos: busca noquear al árbitro para que no levante la mano del ganador.

Los medios afines al gobierno simplemente no reportaron la noticia. O la reportaron mínimamente, enterrada en la sección de sociales entre el horóscopo y los anuncios clasificados. "INEGI publica estadísticas de mortalidad", decía el encabezado neutro. Sin contexto. Sin análisis. Sin mencionar que esas "estadísticas" implicaban que el gobierno había matado por incompetencia a casi un millón de personas.

Es periodismo por omisión. Técnicamente no mintieron. Solo escondieron la verdad en letra pequeña en página 47.

Mientras tanto, la población seguía con su vida. Porque qué más iban a hacer. Las cifras del INEGI confirmaban lo que todos ya sabían: que el gobierno la había cagado monumental e históricamente. Pero confirmarlo no resucitaba a los muertos. No hacía que nadie fuera a la cárcel. No generaba juicios políticos ni mociones de censura. Solo confirmaba la tragedia con números oficiales.

Y las cifras quedaron ahí. Publicadas. Archivadas. Disponibles para quien quisiera consultarlas. Como evidencia para un juicio que nunca se celebraría. Como acta de acusación sin acusados. Como epitafio estadístico para casi un millón de personas que murieron porque su gobierno decidió combatir una pandemia con amuletos religiosos, declaraciones aventuradas, y una fe inquebrantable en que la realidad se dobla ante la voluntad política.

Así cerró 2023. Con las cifras finalmente sobre la mesa. Con la verdad documentada. Con la evidencia irrefutable. Y con la certeza de que esa verdad, esa documentación, esa evidencia, no cambiarían absolutamente nada.

Porque en México no basta con probar el crimen. También tienes que lograr que al criminal le importe haber cometido el crimen. Y a la Cuarta Tribulación claramente no le importaba.

Los muertos seguían muertos. El gobierno seguía gobernando. Y la impunidad seguía siendo la única constante confiable en la vida nacional.

Faltaba un año para que terminara el sexenio. Un año para que la Comisión Independiente publicara su informe aún más devastador. Un año para confirmar que los 794 mil del INEGI eran optimistas. Que en realidad habían sido más de 833 mil. Y que de esos, 330 mil habían muerto específicamente por decisiones gubernamentales.

Pero eso vendría después. En 2024. Cuando ya nada importara porque el sucesor ya estaría elegido y el legado ya estaría cementado.

Por ahora, México tenía sus cifras. Sus muertos contados. Su tragedia documentada. Y su gobierno haciendo lo que mejor sabía hacer: ignorar lo incómodo, atacar al mensajero, y seguir adelante como si nada hubiera pasado.

Total, ¿qué son 794 mil muertos entre amigos?

El silencio después de la lectura fue absoluto. Veintiocho personas calladas. Procesando. Porque una cosa es escuchar "casi 800 mil muertos" y otra es leer, detalladamente, cómo el gobierno reaccionó a esos números: no reaccionando.

El papá de Rodrigo fue el primero en hablar, voz más baja que cuando entró:

—¿De verdad el gobierno no dijo nada? ¿Nada en absoluto?

—Nada—confirmó Antonieta, abriendo su laptop—. Busqué exhaustivamente. Conferencias mañaneras de julio-agosto 2023: cero menciones. Comunicados de Secretaría de Salud: cero. Respuesta oficial del gobierno a los datos del INEGI: no existe. El silencio fue total.

—Eso es... eso es admisión de culpa—dijo el papá de Rodrigo—. Si pudieras refutar los números, los refutarías. Si no dices nada...

—Es porque no hay nada que decir—completó Sirenio—. Porque los números son del INEGI. Del gobierno. Son irrefutables. Entonces la única estrategia es ignorarlos y esperar que la gente se olvide.

Uno de los estudiantes nuevos, un chico de Sociología llamado Armando, levantó la mano:

—Yo... yo no sabía esto. No sabía que el INEGI había publicado esos números. ¿Por qué no salió en las noticias?

—Salió—respondió Gaudencio—. Pero los medios afines al gobierno lo enterraron. Y los medios críticos no lo pudieron repetir suficiente porque los acusaban de "campaña de desprestigio". Entonces quedó en el limbo. Publicado pero no discutido. Documentado pero no procesado.

Marcia tenía el comunicado del INEGI en las manos, lo releía:

—794 mil personas. Casi un millón. Y lo más hermoso, en cierta forma perversa, es que son datos del gobierno. El gobierno diciéndose la verdad a sí mismo. Por accidente.

—No por accidente—corrigió Felipe—. El INEGI tiene que publicar esos datos. Es su trabajo. Son gente seria haciendo trabajo serio. El accidente es que nadie en el gobierno pensó en qué hacer cuando esos datos salieran.

—O sí pensaron—dijo Laureana—. Y decidieron que la mejor estrategia era el silencio. Porque ¿qué podían decir? "Sí, matamos a 800 mil personas por incompetencia, pero las intenciones eran buenas"?

El papá de Rodrigo se sentó en una silla vacía. Ya no estaba parado con los brazos cruzados. Se veía... derrotado.

—Yo voté por AMLO. Dos veces. Convencí a mi familia. Defendí cada decisión. Y ahora leo esto, y.... y no sé qué pensar.

Rodrigo lo miró:

—Yo también, papá. Yo también lo defendí todo. Hasta que leí los datos. Y los datos... los datos no tienen ideología.

Una estudiante nueva, de Comunicación, levantó la mano tímidamente:

—¿Pero cómo... cómo siguen gobernando después de esto? ¿Cómo la presidenta que ganó en 2024 era parte de ese gobierno?

—Porque la memoria es corta—respondió Calixto—. Porque la siguiente promesa borra el desastre anterior. Porque 800 mil muertos son una estadística abstracta, pero la esperanza de que las cosas mejoren es un sentimiento concreto.

—Y porque la oposición es una mierda—añadió Sirenio con amargura—. Porque cuando tu opción es entre incompetentes que mataron 800 mil personas, y corruptos que robaron durante décadas, la gente vota por los incompetentes. Al menos no robaron... tanto.

—Ese es el truco perfecto—dijo Gaudencio—. Si la oposición es lo suficientemente mala, puedes ser incompetente y aun así ganar. Porque no estás compitiendo contra un estándar de excelencia. Estás compitiendo contra ladrones.

Antonieta cerró su laptop:

—Verifiqué todas las defensas que aparecieron cuando el INEGI publicó los datos. "Los números están inflados": falso, la metodología es estándar de la OMS. "Incluyen muertes no relacionadas": falso, exceso de mortalidad es la medida correcta para pandemias. "Otros países también tuvieron muchos muertos": cierto, pero México fue cuarto lugar mundial, superado solo por Bolivia, Perú y Ecuador. "Las comorbilidades explican todo": falso, países con comorbilidades similares lo hicieron mucho mejor. Todas las defensas son mentira o media verdad.

El papá de Rodrigo se paró, caminó hacia el frente:

—¿Puedo decir algo?

Calixto asintió.

—Yo... vine aquí a defender al gobierno. Vine convencido de que mi hijo estaba siendo adoctrinado por propaganda anti-4T. Y ahora leo estos datos, del INEGI, del gobierno, y.... y no puedo defenderlos. No hay defensa posible para 794 mil muertos. Para el silencio absoluto cuando esos números salieron.

Miró a Rodrigo:

—Hijo, tenías razón. Y yo estaba equivocado. Y eso... eso duele mucho.

Rodrigo se levantó, abrazó a su papá. Varios estudiantes tenían lágrimas. Porque esto no era solo un debate académico. Era gente confrontando el hecho de que habían creído en algo que resultó ser mentira. Y eso destruye algo fundamental en ti.

Marcia levantó su celular:

—Voy a enviarle este capítulo a mi mamá. No sé si lo va a leer. Pero tengo que intentar.

—Algunos no van a cambiar de opinión—advirtió Calixto—. No importa cuántos datos les des. Porque cambiar de opinión significa admitir que estuvieron equivocados. Y eso es demasiado doloroso para mucha gente.

—Pero algunos sí van a cambiar—dijo el papá de Rodrigo—. Yo cambié. Tardé una hora de leer datos, pero cambié. Porque al final, los hechos importan más que la ideología.

Calixto miró al grupo:

—Siguiente semana, capítulo 6. La Comisión Independiente. 833,473 muertes totales. 330,000 evitables. Once errores críticos documentados. "Crisis de desempeño" es como lo llamaron. Es el capítulo más devastador. Porque ya no pueden alegar ignorancia. Ya no pueden decir "es propaganda opositora". Es ciencia. Revisada por pares. Publicada. Irrefutable.

—¿Y después del 6?—preguntó Armando, el estudiante nuevo.

—Después del 6 viene el 7: FACTA NON VERBA. Los hechos hablan. Es una lista irónica de los "logros" del gobierno. Y después el epílogo. Pero honestamente, después del 6 ya no hay mucho que agregar. El 6 es el golpe de gracia.

Los estudiantes salieron despacio. El papá de Rodrigo se quedó hablando con Calixto. Le pidió una copia del documento completo. Calixto se la dio.

—¿Sabe qué es lo peor de todo esto?—le dijo el papá de Rodrigo—. Que yo soy maestro. Enseño historia en secundaria. Y toda mi vida he enseñado a mis alumnos a pensar críticamente. A cuestionar. A buscar fuentes. Y resulta que yo no lo hice. Yo creí ciegamente. Yo fui exactamente lo que les digo a mis alumnos que no sean.

—No es el único—respondió Calixto—. Millones de personas hicieron lo mismo. Porque es más fácil creer que cuestionar. Especialmente cuando quieres creer. Cuando necesitas creer que finalmente llegó el cambio verdadero.

El papá de Rodrigo asintió, salió con su hijo.

Esa noche, Marcia le envió el capítulo 5 a su mamá. Con un mensaje: "Mamá, estos son datos del INEGI. Del gobierno. No de la oposición. Por favor léelo."

Su mamá leyó: "Enviado". No hubo respuesta.

Tres días después, su mamá llamó. Habían hablado 47 minutos. Su mamá lloró. No porque hubiera cambiado de opinión completamente. Pero sí porque por primera vez había aceptado ver los datos. Y los datos la habían obligado a dudar.

No era conversión completa. Pero era el inicio de algo.

El papá de Rodrigo esa noche le escribió a su hermano, el que había peleado con él en la cena navideña de 2020:

"Hermano. Tenías razón. Sobre todo. Lo siento."

Su hermano respondió: "No lo sientas. Solo me da gusto que finalmente vieras los datos."

El aula 304 había dejado de ser solo un salón. Se había convertido en el lugar donde las certezas morían y las verdades nacían.

Y cada vez había más gente queriendo ver ese proceso. Queriendo confrontar sus propias certezas. Queriendo saber si lo que habían creído durante años era cierto o era conveniente.

794 mil muertos.

El número quedaba flotando en el aire como acusación permanente.

Y el silencio del gobierno ante ese número era la confesión más perfecta.

Porque si pudieras defender los números, los defenderías.

Si no puedes, solo queda callar y esperar que la gente se olvide.

Pero algunos no se olvidan.

Algunos llevan el número tatuado en la memoria.

833,473.

Pronto vendría el número final. El definitivo. El irrefutable.

Y con él, la pregunta que nadie quería hacer: ¿cuándo la incompetencia se convierte en crimen?

Faltaba una semana para averiguarlo.

CAPÍTULO 6

La verdad científica que nadie quiso oír

El rumor llegó hasta la dirección de la Facultad. Un debate "controversial" en el aula 304 sobre el manejo de COVID por la 4T. El director—hombre prudente que había sobrevivido a tres rectores siendo prudente—llamó a Calixto a su oficina el lunes.

—Góngora, ¿qué está pasando en tu clase?

—Análisis de un documento sobre la pandemia. Ejercicio académico basado en evidencia.

—Me han llegado quejas. De padres. Dicen que estás adoctrinando a los estudiantes contra el gobierno.

Calixto sonrió apenas:

—Curiosamente, director, las quejas llegaron después de que los estudiantes empezaran a leer datos del INEGI y de la Comisión Independiente. Datos oficiales. Publicados. Verificables. Si eso es adoctrinamiento, entonces toda la educación superior es adoctrinamiento.

El director suspiró. Sabía que Calixto tenía razón. Pero también sabía que la universidad vivía de presupuesto público. Y el presupuesto público venía del gobierno. Y el gobierno no apreciaba que se analizaran sus fracasos.

—Solo... solo ten cuidado. Que todo sea verificable. Que tengas las fuentes. Porque si esto explota, yo no puedo protegerte.

—Entendido.

Calixto salió de la oficina sabiendo lo que eso significaba: podía continuar, pero estaba solo. Si algo salía mal, el director lo sacrificaría para salvar a la institución. Así funcionaba la UNAM del 2025. Libertad académica, pero con asterisco.

El martes, el aula 304 no cabía un alma. Cuarenta y tres personas. Habían tenido que pedir sillas prestadas a otras aulas. Algunos profesores jóvenes también estaban ahí, parados al fondo. Querían ver. Querían entender. Porque en sus propias clases no podían hacer esto—demasiado riesgoso para profesores sin plaza—pero podían presenciarlo.

Marcia llegó con su mamá. Sí, literalmente. Su mamá había leído el capítulo 5 después de esa llamada de 47 minutos. Y había dicho "quiero estar ahí cuando lean el 6". Porque el 6 era el definitivo. El irrefutable. La Comisión Independiente de Evaluación de la Respuesta Mexicana ante el COVID-19. Diecisiete científicos. Seiscientas páginas. Publicado abril 30, 2024.

Rodrigo llegó con su papá otra vez. Y esta vez su papá no venía a defender. Venía a aprender. Traía una libreta. Porque era maestro de historia y esto era historia sucediendo.

Sirenio llegó con cinco fotos. Su abuela. Su tío. Dos primos. Una vecina. Todos muertos en 2020-2021. Los puso en fila sobre su mesa. Como jurado silencioso.

El papá de Marcia—que había sido militante de Morena desde 2012—estaba sentado junto a su esposa. Había leído los capítulos 1-5 el fin de

semana completo. No había dormido bien. Porque cuando lees, de corrido, todo el desastre documentado, no duermes bien.

Antonieta llegó con algo diferente: una laptop conectada a un proyector portátil que había traído de su casa. Porque el capítulo 6 requería que todos vieran los datos simultáneamente. Las gráficas. Las tablas. Los números.

Calixto entró, cerró la puerta con seguro. Gesto que no había hecho antes. Porque sabía que esto podía explotar. Y no quería interrupciones externas.

—Cuarenta y tres personas—dijo mirando al grupo—. Empezamos con dieciocho. Algunos se fueron. Más llegaron. Eso me dice que esto importa. Que la verdad, cuando es verificable, tiene peso propio.

Hizo una pausa:

—Hoy leemos el capítulo 6. La Comisión Independiente. Y necesito que entiendan algo: este no es un documento político. No fue escrito por la oposición. No lo financió ningún partido. Fue realizado por diecisiete científicos mexicanos e internacionales. Publicado en revistas arbitradas. Revisado por pares. Es ciencia. Y la ciencia, cuando está bien hecha, no tiene ideología.

La mamá de Marcia levantó la mano tímidamente:

—¿Puedo preguntar algo antes de empezar?

—Adelante.

—¿Por qué no había oído de esta Comisión? ¿Por qué no salió en las noticias?

—Salió—respondió Gaudencio—. Pero los medios afines al gobierno no lo cubrieron. Y los medios críticos que lo cubrieron fueron acusados de "campaña de desprestigio". Entonces quedó en el limbo mediático. Publicado pero no discutido. Documentado pero no procesado.

—Hasta ahora—añadió Sirenio.

Calixto proyectó la portada del documento en la pared: "Evaluación Independiente de la Respuesta de México ante la Pandemia de COVID-19. Comisión Independiente. Abril 30, 2024."

—Seiscientas páginas. Doscientas cuarenta y siete referencias científicas. Metodología de la OMS. Comparación con treinta y dos países similares. Once errores críticos identificados. Y una cifra que quedará para la historia: 330,000 muertes evitables.

Dejó que el número flotara en el aire.

—Evitables. No inevitables. Evitables. Personas que murieron específicamente porque el gobierno tomó decisiones equivocadas. Decisiones documentadas. Rastreables. Atribuibles.

El papá de Marcia tenía la cara en las manos. Porque él había defendido cada una de esas decisiones. En cenas familiares. En reuniones de Morena. En chats de WhatsApp. Y ahora resultaba que esas decisiones habían matado a 330 mil personas.

Un profesor joven del fondo levantó la mano:

—¿Cómo... cómo se defiende eso? ¿Cómo se justifican 330 mil muertes evitables?

—No se justifican—respondió Calixto—. Por eso el gobierno nunca respondió al informe. Porque no hay respuesta posible. Solo queda el silencio. O atacar a los autores. Y atacar a diecisiete científicos con doctorados de instituciones internacionales es... complicado.

Marcia se volteó hacia su mamá:

—¿Estás segura de que quieres estar aquí? Esto va a ser... fuerte.

Su mamá asintió:

—Necesito saber. De verdad. No la versión que me dieron. La versión real.

Gaudencio repartió copias de las páginas clave de la Comisión. Resumen ejecutivo. Lista de once errores críticos. Tabla comparativa internacional. Cálculo de muertes evitables.

—Cada quien tiene una copia. Vamos a leer el capítulo completo. Y después vamos a procesar. Porque este capítulo... este capítulo no deja espacio para la negación. Es ciencia. Fría. Documentada. Devastadora.

Antonieta proyectó la primera gráfica: "México: Cuarto lugar mundial en exceso de mortalidad per cápita. Superado solo por Bolivia, Perú, Ecuador."

—Esta es la gráfica que resume todo—dijo—. Todos los países del mundo. Ordenados por exceso de mortalidad. Y ahí está México. En el top 5. Medalla olímpica en muerte.

Silencio absoluto.

—Pero no es propaganda—añadió Antonieta—. Es metodología estándar de la OMS. La misma que usaron todos los países. Los mismos criterios. Las mismas fórmulas. México no está ahí por sesgo. Está ahí porque así fue.

El papá de Rodrigo se paró:

—¿Puedo decir algo antes de leer?

Calixto asintió.

—Yo... vine la semana pasada a defender. Y me convencieron con datos. Y ahora estoy aquí otra vez, sabiendo que lo que voy a leer va a ser peor. Y no sé cómo voy a procesar que defendí esto. Que convencí a gente de votar por esto. Que... que fui cómplice de 330 mil muertes por creer en una mentira.

Su voz se quebró:

—Pero necesito saberlo. Necesito ver toda la verdad. Aunque duela. Porque si no la veo, si sigo negando, entonces sí soy cómplice. Entonces sí soy culpable.

Se sentó. Varios tenían lágrimas. Porque esto era lo que el aula 304 había logrado: transformar creyentes en críticos. Defensores en escépticos. No por ideología. Por datos.

Calixto esperó a que todos tuvieran sus copias:

—Una cosa más antes de leer. Este capítulo identifica once errores críticos. Once decisiones fundamentalmente equivocadas. Y al final de cada error, van a pensar "esto no puede ser real". Pero lo es. Todo está verificado. Todo tiene fuente. Todo pasó.

Miró a los cuarenta y tres:

—¿Listos?

Nadie dijo que sí. Pero nadie dijo que no.

Y comenzaron a leer:

2024 - La verdad no peca, pero incomoda

El 30 de abril de 2024, un grupo de diecisiete científicos presentó un documento de cientos de páginas que representaba meses de investigación rigurosa, análisis estadístico meticuloso, y revisión exhaustiva de datos. Era el informe final de la Comisión Independiente para la Evaluación de la Respuesta a la Pandemia de COVID-19 en México. Y era devastador.

No devastador en el sentido emocional o retórico. Devastador en el sentido científico. En el sentido de que tomaba cada decisión gubernamental, cada política pública, cada declaración oficial, y las pasaba por el filtro del método científico. Y el resultado era una conclusión inequívoca: el gobierno había fallado. No un poco. No en algunos aspectos. Había fallado de manera sistemática, consistente, y catastrófica.

La cifra final era 833,473 muertes en exceso entre marzo de 2020 y diciembre de 2023. Más que las 794 mil del INEGI. Más que cualquier estimación previa. Casi un millón de personas. Y lo peor, lo verdaderamente criminal, era el siguiente cálculo: de esas 833 mil muertes, aproximadamente 330,000 habían sido evitables. Cuatro de cada diez muertos no tenían por qué haber muerto.

Pausa aquí. Respiremos. Procesemos esa cifra.

Trescientas treinta mil personas murieron no porque hubiera un virus nuevo y mortal suelto por el mundo, cosa que es tragedia pero comprensible, sino porque el gobierno tomó malas decisiones, ignoró

evidencia científica, priorizó política sobre salud pública, y básicamente hizo todo lo contrario de lo que debía hacer.

Es la diferencia entre morir en un accidente de tráfico y morir porque el conductor iba borracho. Ambas son muertes. Pero una es azar trágico y la otra es negligencia criminal. Las 330 mil muertes evitables caen en la segunda categoría.

La Comisión, compuesta por epidemiólogos, infectólogos, especialistas en salud pública, estadísticos, y otros expertos que realmente sabían de qué hablaban (a diferencia de ciertos subsecretarios que opinaban de todo), trabajó con metodología de la Organización Panamericana de la Salud. No inventaron nada. No especularon. No hicieron política. Hicieron ciencia. Y la ciencia, esa cosa terca que no se dobla ante discursos bonitos ni se intimida con acusaciones de conservadurismo, les dio un veredicto claro.

Lo llamaron "crisis de desempeño del gobierno". Es lenguaje académico elegante. Es la forma en que los científicos dicen "la cagaron" sin decir "la cagaron". Porque los científicos son gente educada que publica en revistas arbitradas y tiene que mantener cierto decoro. Pero traducido al español normal, "crisis de desempeño del gobierno" significa: el gobierno falló en su tarea más básica, que es proteger a su población.

El informe identificó tres fallas fundamentales que actuaron como los tres jinetes del apocalipsis sanitario mexicano:

Primera: Subestimación permanente de la gravedad del virus. Desde el "no tenemos problema" de febrero de 2020 hasta el "60 mil sería catastrófico" de junio del mismo año, el gobierno consistentemente minimizó el peligro. No fue error momentáneo corregido rápidamente cuando llegó nueva información. Fue estrategia sostenida durante meses, durante años. Como tener cáncer terminal y tratarlo con aspirinas y té de manzanilla porque "no puede ser tan grave, los doctores exageran". El virus demostró no estar exagerando. Las 833 mil muertes tampoco exageraban.

Segunda: Centralización y personalización de las decisiones. Todo pasaba por el presidente y su subsecretario favorito e incompetente. Los expertos eran consultados solo para ignorarlos después, cuando sus recomendaciones no coincidían con lo que ya habían decidido hacer. Las decisiones se tomaban en el púlpito de la mañanera, transmitidas en vivo a millones, no en salas de situación con epidemiólogos debatiendo escenarios y modelando resultados. Es como operar a un paciente en una conferencia de prensa en lugar del quirófano. Mediático, sí. Fotogénico, tal vez. Efectivo, jamás. El paciente muere, pero al menos hubo buena transmisión.

Tercera: Política de austeridad que dejó al sistema de salud sin recursos justo cuando más los necesitaba. Gastaron menos en hospitales, en equipo, en preparación, durante una pandemia. Durante. Una.

Pandemia. Es como recortar el presupuesto de bomberos durante una sequía extrema con alertas de incendio. Es como vender los botes salvavidas justo cuando el capitán ve el iceberg. Técnicamente puedes hacerlo. Tienes la autoridad. Moralmente eres un monstruo. Prácticamente eres un asesino por negligencia.

Pero el informe no se quedó en generalidades. Fue específico. Dolorosamente específico. Documentó cómo el "modelo centinela" privilegió "controlar la percepción social" sobre medir la realidad. Cómo el semáforo epidemiológico se manipuló con datos incorrectos. Cómo las proyecciones estuvieron consistentemente equivocadas. Cómo la vacunación fue tardía y mal ejecutada. Cómo todo, absolutamente todo, se hizo mal.

Y añadió datos que cortaban el aliento:

4,843 profesionales de la salud muertos. Más que cualquier otro país en números absolutos. El doble que Estados Unidos, que tiene tres veces nuestra población. Los soldados cayendo porque el general decidió que las armaduras eran gasto innecesario. La austeridad matando a los que debían salvar vidas.

215,000 niños quedaron huérfanos. Primer lugar en América. México número uno en algo relacionado con la pandemia. Lástima que sea en producción de orfandad. Medalla de oro en romper familias. Ganamos.

4.6 años de esperanza de vida perdidos. De 75 años bajamos a 71. Retrocedimos tres décadas en desarrollo humano. La Cuarta Tribulación nos llevó literalmente a 1990. Transformación, sí, pero hacia atrás. Como evolución al revés. El gobierno creacionista: en seis años deshicieron lo que tardamos treinta en construir.

60% de los enfermos acudió a farmacias privadas en lugar del sistema público. Porque el sistema público había colapsado. La gente prefería al tipo del Simi con su cursito de seis meses que al hospital oficial sin medicinas. Y tenían razón: al menos en la farmacia había medicinas. Privatización involuntaria por incompetencia. El neoliberalismo que tanto odiaban, implementado por pura incapacidad.

El informe también señaló algo que cualquiera con ojos podía ver: México fue cuarto lugar mundial en tasa de exceso de mortalidad. Solo tres países lo hicieron peor: Bolivia, Perú, Ecuador. Países con la mitad de nuestros recursos. Países sin nuestro tamaño. Países que al menos tuvieron la decencia de no presumir que lo estaban haciendo bien.

Porque esa fue otra característica única de México: la insistencia en declarar victoria mientras perdíamos. Otros países admitieron errores. Cambiaron estrategias. Ajustaron políticas. México declaró que éramos "ejemplo mundial" mientras ocupábamos el cuarto lugar en muerte.

Es como quedar en último lugar en un examen y declarar que eres el mejor estudiante de la clase. Requiere una desconexión con la realidad que roza lo psiquiátrico…aunque desde dentro del manicomio.

La Comisión fue clara en su veredicto final: las autoridades privilegiaron la política sobre la ciencia, la percepción sobre la realidad, la propaganda sobre los resultados. Construyeron una narrativa de éxito mientras el país se ahogaba en cadáveres. Es Orwell introducido en García Márquez: "La guerra es paz, la libertad es esclavitud, 833 mil muertos es victoria".

Y dijeron algo más, algo importante: que México pudo haberlo hecho mucho mejor. Que teníamos recursos. Que teníamos experiencia con la H1N1. Que teníamos profesionales capacitados. Que teníamos infraestructura básica. Que todo lo necesario estaba ahí. Solo faltó voluntad política de usarlo. Solo faltó humildad de escuchar a los expertos. Solo faltó priorizar vidas sobre imagen.

Y la verdad entonces fue dolorosa…las 330 mil muertes evitables no fueron inevitables. Fueron el resultado directo de decisiones específicas tomadas por personas específicas. Si el gobierno hubiera ESCOGIDO A LAS PERSONAS QUE PODÍAN HABER hecho las cosas bien, o al menos medianamente bien, esas 330 mil personas seguirían vivas. Eso es lo que significa "evitable". No es especulación. No es política. Es cálculo estadístico basado en comparación con países de desarrollo similar que sí hicieron las cosas bien.

Chile, Colombia, Argentina, todos países latinoamericanos, todos con problemas similares, todos lo hicieron mejor. No perfecto. Mejor. Menos muertos. Menos huérfanos. Menos devastación. ¿Por qué? Porque escucharon a sus científicos capaces, no a los estúpidos y abyectos. Porque ajustaron estrategias según evidencia. Porque no convirtieron la salud pública en propaganda política.

La presentación del informe fue sobria. Profesional. Sin aspavientos. Los científicos presentaron sus hallazgos con la neutralidad que caracteriza a la buena ciencia. Sin adjetivos innecesarios. Sin golpes bajos. Solo datos. Gráficas. Tablas. Metodología. Conclusiones. Devastador precisamente por su frialdad.

Porque cuando un grupo de científicos serios, con credenciales impecables, trabajando con metodología internacional, te dice con datos que mataste a 330 mil personas por incompetencia, no hay mucho que responder. No puedes acusarlos de conservadores. No puedes decir que exageran. No puedes atacar la metodología cuando usaron la de la OPS. Solo puedes ignorarlos…y hacerse pendejo a veces debería ser francamente un delito.

Y eso hizo el gobierno.

Silencio. Otra vez. Como con el INEGI en 2023. Como si no hubiera pasado nada. Como si diecisiete científicos no acabaran de publicar el

acta de acusación más documentada en la historia de la salud pública mexicana.

Algunos medios reportaron la noticia. La enterraron en secciones internas. Le dieron dos párrafos. Sin análisis. Sin contexto. "Comisión presenta informe sobre COVID." Punto. Como si fuera el reporte del clima.

Los medios afines al gobierno simplemente no lo mencionaron. O lo mencionaron para descalificarlo. "Supuesta comisión independiente." "Cifras cuestionables." "Agenda política." Las acusaciones de siempre. Los argumentos de nunca.

En las redes sociales, los defensores del régimen atacaron a los científicos. Los acusaron de vendidos, de conservadores, de estar al servicio de la oposición. Como si ser epidemiólogo fuera profesión política. Como si los virus tuvieran ideología. Como si la muerte distinguiera entre izquierda y derecha.

Y la población, cansada después de cuatro años de pandemia y mentiras, recibió el informe con esa mezcla de validación y resignación que caracteriza a quien ve confirmada una verdad que ya conocía. "Sí, mataron a 330 mil personas. Lo sabíamos. ¿Y ahora qué?"

Ahora nada. Porque el informe no tenía poder legal. No podía meter a nadie a la cárcel. No podía destituir funcionarios. No podía resucitar muertos. No podía obligar a nadie a admitir su culpa o pedir perdón. Solo podía documentar. Testimoniar. Dejar registro para la historia. Era el equivalente sanitario de un juicio de Núremberg sin poder de arresto. "Sí, cometieron crímenes contra la humanidad. Aquí está la evidencia. Que tengan buen día."

Era el veredicto de la ciencia. Pero en un país donde la ciencia "sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve", ese veredicto no tenía consecuencias prácticas. Solo morales. Y la Cuarta Tribulación había demostrado durante seis años que de moral tenían lo mismo que de competencia: nada. Menos que nada, si eso fuera posible. Por cierto que el presidente, igual que el subsecretario incapaz también hizo lo que solamente podía hacer… se hizo pendejo y nadie dijo nada.

El informe quedó como quedan todos los documentos incómodos en México: publicado, accesible, archivado, e ignorado. Como las recomendaciones de la CNDH de antes, porque la actual ni siquiera intentó hacerlas para no molestar al régimen ni a su egregio líder. Como los informes de la Auditoría Superior. Como las denuncias de organizaciones civiles. Ahí están. Disponibles para quien quiera leerlos. Nadie en el gobierno los lee. Nadie en el gobierno los reconoce. Y definitivamente nadie en el gobierno actúa en consecuencia.

Así que el informe se publicó. Se archivó. Quedó disponible para quien quisiera leerlo. Como todos los documentos incómodos: ahí, accesibles, ignorados.

830 mil muertos. 330 mil evitables. "Crisis de desempeño del gobierno."

La verdad, documentada. La culpa, establecida. La justicia, ausente.

Porque la verdad no peca. Pero en México al parecer ni siquiera incomoda y por supuesto tampoco castiga.

Terminaron de leer a las 12:47 PM. Casi dos horas. Nadie se había movido. Nadie había sacado el celular. Solo habían leído sobre cómo diecisiete científicos documentaron, con frialdad quirúrgica, el asesinato por incompetencia de 330 mil personas.

El silencio que siguió no era shock. Era algo más profundo. Era aceptación. Era el sonido de todas las excusas muriendo al mismo tiempo.

Fue la mamá de Marcia quien habló primero. Con voz temblorosa pero firme:

—Yo voté por AMLO. Dos veces. Fui a mítines. Convencí a vecinos. Doné dinero a la campaña. Y acabo de leer que el gobierno que apoyé mató a 330 mil personas por incompetencia. Por once decisiones estúpidas que están documentadas aquí.

Levantó las páginas de la Comisión:

—¿Cómo... cómo vivo con esto? ¿Cómo miro a mi familia sabiendo que les mentí? Que les dije que todo estaba bien. Que defendí cada decisión. Que llamé mentirosos a los que decían la verdad.

Marcia tomó la mano de su mamá. No dijo nada. Solo la tomó.

El papá de Marcia, que había estado callado, se paró:

—Yo también. Militante de Morena desde 2012. Creí cada palabra. Defendí cada decisión. Y ahora leo esto, y.... y no hay defensa posible. Once errores. Once. No uno que puedes perdonar. Once decisiones fundamentalmente equivocadas.

Miró al grupo:

—¿Saben qué es lo peor? Que yo soy ingeniero. Me enseñaron a analizar datos. A seguir evidencia. A no aceptar conclusiones sin pruebas. Y con la 4T suspendí todo eso. Creí porque quería creer. No porque los datos lo respaldaran.

Se sentó pesadamente:

—Soy exactamente lo que me enseñaron a no ser. Un creyente ciego.

Rodrigo se paró, miró a su papá:

—Papá, no eres el único. Todos aquí fuimos creyentes ciegos. Yo también. Marcia también. La diferencia es que ahora vimos los datos. Y cambiamos. Eso no nos hace débiles. Nos hace humanos.

Sirenio tocó las cinco fotos sobre su mesa:

—Mi abuela. Una de las 330 mil evitables. Si el gobierno hubiera hecho su trabajo—solo su trabajo básico, no excelencia, solo competencia mínima—ella estaría viva. Vería crecer a mis sobrinos. Haría pan los domingos.

Su voz no tenía ira. Solo una tristeza infinita:

—Y el gobierno que la mató por incompetencia nunca va a pagar. López-Gatell está en la OMS. El presidente acabó su sexenio con popularidad alta. Su sucesora ganó las elecciones. Todos premiados. Mientras 330 mil familias cargan con muertos evitables.

Antonieta cerró su laptop:

—Verifiqué todo el capítulo. Los diecisiete científicos: verificados, todos con doctorados de instituciones reconocidas. Las 247 referencias: verificadas, todas publicadas en revistas arbitradas. La metodología: verificada, estándar de la OMS. Los once errores: verificados, cada uno documentado con fuentes primarias. Las 330 mil muertes evitables: verificadas, calculadas con modelos epidemiológicos revisados por pares.

Hizo una pausa:

—No hay nada que desmentir. No hay nada que "contextualizar". Es ciencia. Y la ciencia no tiene agenda política.

Uno de los profesores jóvenes del fondo levantó la mano:

—Pregunta seria. ¿En qué momento la incompetencia se convierte en crimen? Porque 330 mil muertes evitables... eso no es error. Eso es... no sé cómo llamarlo sin usar palabras muy fuertes.

Calixto se quitó los lentes, los limpió despacio:

—Legalmente, la incompetencia no es crimen. Por eso nadie fue a la cárcel. Por eso nadie fue destituido. Porque no hay ley que castigue la estupidez gubernamental. Moralmente... moralmente es otra historia.

—Es homicidio culposo masivo—dijo Felipe Ballesteros—. Es causar muerte por negligencia. Si un doctor causa una muerte por negligencia, va a la cárcel. ¿Por qué un gobierno que causa 330 mil muertes por negligencia no?

—Porque el sistema político mexicano tiene inmunidad incorporada—respondió Gaudencio—. Porque los políticos se protegen entre ellos. Porque la siguiente administración no va a investigar a la anterior porque saben que la siguiente no los va a investigar a ellos. Es un pacto de impunidad implícito.

La mamá de Marcia se limpió las lágrimas:

—¿Y qué hacemos con esto? ¿Con este conocimiento? ¿Solo lo cargamos y ya? ¿No hay justicia? ¿No hay consecuencias?

—La consecuencia—dijo Calixto—es que ustedes ahora saben. Y no pueden dejar de saberlo. Y cuando voten, cuando participen

políticamente, cuando hablen con familia, ya no podrán creer ciegamente. Porque vieron lo que pasa cuando crees sin verificar.

—Eso no es suficiente—dijo Sirenio—. Saber no resucita a mi abuela. Saber no devuelve a las 330 mil personas. Saber no castiga a los responsables.

—No—aceptó Calixto—. No lo es. Pero es lo que tenemos. En un país con instituciones funcionales, habría juicios. Habría comisiones de la verdad. Habría consecuencias. México no es ese país. Entonces lo único que tenemos es la memoria. Y la responsabilidad de no olvidar.

Un estudiante nuevo, que había estado callado toda la sesión, levantó la mano:

—¿Podemos... podemos hacer algo con esto? ¿Publicarlo? ¿Compartirlo? ¿Hacer que más gente lo sepa?

—Pueden—respondió Calixto—. Deben. Pero sepan que van a encontrar resistencia. Porque mucha gente no quiere saber. No quiere confrontar que votó mal. No quiere aceptar que defendió lo indefendible. Es más fácil negar que aceptar.

—Pero algunos sí van a querer saber—dijo la mamá de Marcia—. Como yo. Como todos los que están aquí. Y si cada uno convence a una persona más, y esa persona convence a otra... eventualmente la verdad se propaga.

Gaudencio proyectó la última gráfica de la Comisión: una línea de tiempo con los once errores marcados. 2019: desmantelamiento del sistema de salud. 2020: negación inicial, modelo centinela, cubrebocas inútiles, amuletos. 2021: vacunación lenta, priorización política, Zipolite, paseo contagioso. 2022: abandono.

—Esto es un manual de lo que NO hacer en una pandemia—dijo—. Cada error está documentado. Cada consecuencia está calculada. Si algún día hay otra pandemia, este documento debe ser lectura obligatoria. Para que nunca vuelva a pasar.

—¿Crees que no volverá a pasar?—preguntó José Luis con escepticismo.

—No—respondió Gaudencio honestamente—. Creo que volverá a pasar. Porque México no aprende de sus errores. Porque la impunidad genera repetición. Porque si no pagas por matar 330 mil personas, ¿por qué cambiarías tu conducta?

Calixto miró su reloj: la 1:15 PM. Habían pasado más de dos horas.

—Siguiente semana, capítulo 7. FACTA NON VERBA. Los hechos hablan. Es una lista irónica de los catorce "logros" del gobierno. Desde "primer lugar en muerte de personal de salud" hasta "perfección en impunidad". Es más corto que el 6. Pero es el epitafio. El resumen. La sentencia final.

Hizo una pausa:

—Y después, el epílogo. La reflexión sobre qué hacemos con este conocimiento. Sobre la risa amarga que es resistencia. Sobre la memoria que no prescribe.

Los cuarenta y tres salieron en silencio. Muchos en lágrimas. Algunos abrazándose. Porque esto no había sido ejercicio académico. Había sido confrontación existencial con la verdad más incómoda: que habían sido cómplices, por ignorancia o por elección, de un desastre evitable.

En el pasillo, la mamá de Marcia abrazó a Sirenio:

—Lo siento. Por tu abuela. Por las 330 mil. Por defender al gobierno que los mató. Lo siento mucho.

Sirenio asintió, no dijo nada. Porque qué se puede decir.

El papá de Rodrigo se acercó a Calixto:

—Gracias. Por hacer esto. Por arriesgar su trabajo. Porque sé que lo está arriesgando.

—De nada. Es mi trabajo. Enseñar pensamiento crítico. Aunque sea incómodo. Aunque sea peligroso.

—¿Le van a hacer algo? ¿El director...?

—Probablemente. Pero algunos principios valen más que la seguridad laboral. Y este es uno de ellos.

Esa noche, varios estudiantes compartieron el PDF de la Comisión Independiente en redes sociales. Algunos fueron atacados inmediatamente. "Propaganda fifí". "Datos manipulados". "Vendidos a la derecha".

Pero otros lo leyeron. Y otros empezaron a dudar. Y otros empezaron a buscar más información.

Y lentamente, muy lentamente, la verdad se filtraba.

330,000 muertes evitables.

Once errores críticos.

Cuarto lugar mundial en mortalidad.

"Crisis de desempeño".

Las palabras técnicas para describir el desastre más grande de salud pública en la historia moderna de México.

Y ahora, cuarenta y tres personas lo sabían. Con certeza. Con datos. Con fuentes.

Y no podían dejar de saberlo.

Aunque quisieran.

Aunque doliera.

Aunque destruyera todo lo que habían creído.

Los hechos no negocian.

Los hechos no tienen ideología.

Los hechos solo son.

330,000.

El número que perseguiría a una generación.

Y que, con suerte, evitaría que la historia se repitiera.

Aunque en México, la esperanza siempre ha sido más fuerte que la evidencia.

Para bien o para mal.

CAPÍTULO 7

FACTA NON VERBA - Cuando los hechos gritan

El director volvió a llamar a Calixto. Esta vez no fue invitación cortés. Fue citatorio. "Preséntese en mi oficina a las 9:00 AM. Es urgente."

Calixto llegó puntual. El director no estaba solo. Había dos personas más: la coordinadora de Ciencias Políticas y un abogado de la universidad que Calixto no conocía. Mala señal.

—Profesor Góngora, hemos recibido una queja formal. De la Asociación de Padres de Familia vinculados a Morena. Alegan que está usando su clase para hacer propaganda opositora. Que está adoctrinando a estudiantes contra el gobierno legítimo.

Calixto no se inmutó:

—¿Qué parte del análisis basado en datos del INEGI, de la Comisión Independiente, y de publicaciones científicas revisadas por pares constituye propaganda?

El abogado intervino:

—El problema no es la fuente. Es el contexto. Usar tiempo de clase para atacar sistemáticamente a la administración actual...

—No ataco—interrumpió Calixto—. Analizo. Con evidencia. Con fuentes verificables. Que es exactamente lo que se supone que debo enseñar en una clase de teoría política.

—El problema—dijo la coordinadora con cuidado—es la percepción. Y la percepción es que está promoviendo una agenda política específica.

—La percepción—respondió Calixto con ironía apenas contenida—es que 833,473 personas murieron. Que 330,000 de esas muertes fueron evitables según una comisión de científicos independientes. Esos no son percepciones. Son hechos.

El director suspiró:

—Góngora, entienda mi posición. La universidad recibe presupuesto del gobierno. Si el gobierno percibe que estamos siendo hostiles...

—Entonces la libertad académica termina donde empieza el presupuesto. Entiendo perfectamente.

Silencio incómodo.

—No le estoy pidiendo que cancele el curso—dijo el director finalmente —. Solo que... que sea más cuidadoso. Que presente múltiples perspectivas. Que no se enfoque solo en los errores.

Calixto sonrió sin humor:

—¿Quiere que presente la "perspectiva alternativa" de 833 mil muertos? ¿La "otra versión" de las 330 mil muertes evitables? ¿El "punto de vista gubernamental" sobre llamar golpistas a padres de niños con cáncer?

—Góngora...

—Con todo respeto, director, no voy a mentirle a mis estudiantes para hacer sentir cómodo a un gobierno que mató gente por incompetencia. Si eso me cuesta mi trabajo, que así sea. Pero no voy a prostituir la educación por presupuesto.

Salió de la oficina sabiendo que probablemente había firmado su despido. Pero algunos principios no se negocian. Y este era uno de ellos.

Esa tarde, el aula 304 estaba más llena que nunca. Cincuenta y dos personas. Habían corrido la voz: "Es el último capítulo antes del epílogo. El de los logros irónicos. No se lo pierdan."

Marcia llegó con sus dos papás. Y con tres tíos que "querían ver de qué se trataba todo esto". Rodrigo llegó con su papá y dos profesores de su secundaria. Sirenio llegó con su mamá—que nunca había venido—porque ella también quería entender cómo murió su suegra.

Y en el fondo, discretos pero presentes, había cinco periodistas. De La Jornada. De Proceso. De medios independientes. Porque la historia del "debate prohibido" en la UNAM se había filtrado. Y era noticia.

Calixto entró, vio a los periodistas, suspiró. Ya no importaba. Ya había cruzado el Rubicón.

—Bienvenidos al capítulo 7. FACTA NON VERBA. Los hechos hablan. Este es diferente a todos los anteriores. No es cronológico. No es narrativo. Es una lista. Una lista de catorce "logros" del gobierno en su manejo de la pandemia.

Hizo una pausa:

—Y uso comillas en "logros" porque son logros al revés. Récords que nadie debería querer. Primeros lugares en las categorías equivocadas. Medallas olímpicas en muerte, incompetencia y crueldad.

Proyectó el título en la pared. Un estudiante nuevo se rio nerviosamente:

—¿Es... es sarcástico?

—Es irónico—corrigió Gaudencio—. Es usar el lenguaje del éxito para describir el fracaso. Es decir "primer lugar" cuando ese primer lugar es en matar gente. Es humor negro. Muy negro.

—¿Por qué usar humor?—preguntó la mamá de Sirenio.

—Porque—respondió Calixto—a veces el horror es tan grande que la única forma de procesarlo es a través de la ironía. Porque si lo presentas directo, es demasiado. Parálisis. Pero si lo presentas irónico, el cerebro puede procesarlo mientras mantiene la distancia emocional necesaria para no colapsar.

Antonieta ya tenía sus gráficas listas:

—Este capítulo tiene catorce "logros". Cada uno verificado. Cada uno con fuente. Desde "Liderazgo internacional en mortalidad" hasta "Perfección en impunidad". Y el horror es que no son exageraciones. Son hechos presentados con sarcasmo. Pero siguen siendo hechos.

Uno de los tíos de Marcia—claramente escéptico—levantó la mano:

—¿Y no es eso manipulación? ¿Presentar hechos con sarcasmo para hacer quedar mal al gobierno?

—El gobierno se hizo quedar mal solo—respondió Sirenio—. El sarcasmo solo es el empaque. El contenido son datos oficiales. Del INEGI. De la OMS. Del mismo gobierno. Si los hechos hacen quedar mal al gobierno, el problema no es el sarcasmo. Es el gobierno.

Marcia se volteó hacia su tío:

—Tío, lee primero. Y después opinas. Pero lee TODO. No solo los títulos.

El tío asintió, algo avergonzado.

Calixto continuó:

—Este capítulo es más corto que los anteriores. Pero es, en cierta forma, el más cruel. Porque resume todo. Todo el desastre. Toda la incompetencia. Toda la muerte. En catorce puntos. Como epitafio. Como sentencia final.

Felipe Ballesteros levantó la mano:

—Profesor, ¿el gobierno respondió a este capítulo? ¿A esta lista de logros?

—¿Qué crees?

—Silencio absoluto.

—Exacto. Porque ¿cómo respondes cuando te dicen "felicidades, son primer lugar mundial en muerte de personal de salud"? No puedes celebrarlo. No puedes negarlo. Solo puedes callarte y esperar que la gente se olvide.

Rodrigo proyectó la lista en la pared:

LOGRO 1: Liderazgo internacional en mortalidad

LOGRO 2: Récord mundial en muerte de personal de salud

LOGRO 3: Liderazgo en generación de orfandad

LOGRO 4: Retroceso récord en esperanza de vida

LOGRO 5: Creatividad en proyecciones epidemiológicas

LOGRO 6: Innovación en política de salud pública

LOGRO 7: Flexibilidad en recomendaciones sobre cubrebocas

LOGRO 8: Eficiencia en vacunación

LOGRO 9: Optimización en uso de recursos diagnósticos

LOGRO 10: Creatividad administrativa en salud pública

LOGRO 11: Liderazgo en transparencia selectiva

LOGRO 12: Innovación en comunicación de crisis

LOGRO 13: Constancia en negación de problemas

LOGRO 14: Perfección en impunidad

—Catorce formas de matar gente—dijo Sirenio—. Presentadas como logros. Es... es brillante de forma horrible.

—Es Ibargüengoitia—dijo uno de los profesores jóvenes del fondo—. Es esa ironía mexicana que ríe de lo trágico porque la tragedia es demasiado grande para llorarla directamente.

—Exacto—confirmó Calixto—. Y ahora van a leer cada logro. Con su explicación. Con sus datos. Con su ironía. Y van a reír. Van a reír de cosas horribles. Porque esa es la única forma de procesarlas sin quebrarse.

La mamá de Marcia levantó la mano:

—¿Es... es apropiado reír de 833 mil muertos?

—No reímos de los muertos—respondió Gaudencio—. Reímos de los que los mataron. De la incompetencia. De la estupidez. De la hipocresía. Es risa amarga. Risa de resistencia. Risa que dice "ya vimos lo que hicieron y no vamos a olvidar".

Calixto miró a los cincuenta y dos:

—Última advertencia. Este capítulo es más corto. Pero quizá sea el más difícil emocionalmente. Porque van a reír. Y luego se van a sentir culpables por reír. Y luego van a entender que la risa era la única respuesta posible.

Hizo una pausa:

—¿Listos?

Algunos asintieron. Otros se prepararon. Todos sabían que esto iba a ser diferente.

Y comenzaron a leer:

FACTA NON VERBA (Los hechos hablan)

Facta, non verba. Los hechos, no las palabras. Porque las palabras dijeron una cosa y los hechos dijeron otra. Las palabras prometieron transparencia radical y los hechos clasificaron los precios de las vacunas por cinco años. Las palabras dijeron "estamos preparados" y los hechos mostraron hospitales colapsados. Las palabras proyectaron 60 mil muertos y los hechos entregaron 833 mil. Cuando las palabras y los hechos no coinciden, los sabios creen a los hechos. Los necios creen a las palabras. México tuvo un gobierno de necios gobernando necios.

Permítanme presentarles entonces, sin adornos retóricos ni interpretaciones políticas, los logros verificables de la Cuarta Tribulación en materia de salud pública durante la pandemia de COVID-19. Presentados con el mismo tono triunfalista que ellos usaron para declarar victoria mientras el país se ahogaba en cadáveres.

LOGRO 1: Liderazgo internacional en mortalidad

México alcanzó el codiciado cuarto lugar mundial en tasa de exceso de mortalidad. Solo tres países nos superaron: Bolivia, Perú y Ecuador. Naciones con la mitad de nuestro PIB, sin nuestros recursos, sin nuestra infraestructura, sin nuestros tratados comerciales, sin nuestra posición geográfica estratégica. Pero nosotros, con todo y petróleo y litio y aguacates y posición privilegiada junto al mercado más grande del mundo, logramos estar en el podio del desastre.

Es difícil llegar al cuarto lugar en algo tan competido globalmente. Había más de 190 países participando en esta carrera hacia el abismo. Requiere dedicación. Requiere ignorar sistemáticamente toda evidencia científica disponible. Requiere tomar consistentemente las peores decisiones posibles cuando había opciones mejores. Requiere terquedad elevada a forma de arte. Requiere haber escogido a López Gatell y no a un funcionario capaz y responsable. La Cuarta Tribulación lo logró. Medalla de bronce en muerte masiva. El reconocimiento internacional que nadie quiere pero que nos ganamos con esfuerzo sostenido y negación inquebrantable de la realidad.

LOGRO 2: Récord mundial en muerte de personal de salud

4,843 profesionales de la salud muertos. Primer lugar mundial en números absolutos. Más que Estados Unidos, que tiene tres veces nuestra población. Más que India, que tiene diez veces. Más que Brasil, que tuvo a Bolsonaro negando la pandemia. Nosotros los superamos a todos.

Los soldados cayeron porque el general decidió que las armaduras eran gasto innecesario. Que la austeridad era más importante que proteger a quienes protegen a la población. Médicos usando bolsas de basura como batas. Enfermeras improvisando caretas con botellas de refresco. Y muriendo. Muriendo más que en cualquier otro país del mundo.

Pero la austeridad se mantuvo. Porque las prioridades son las prioridades.

LOGRO 3: Generación masiva de orfandad infantil

215,000 niños quedaron huérfanos por COVID. Primer lugar en América. México número uno en algo pandémico. Al fin un reconocimiento regional. Lástima que sea por romper familias y dejar niños sin padres.

Es un jardín de niños entero de huérfanos. Es una ciudad pequeña de niños que perdieron a uno o ambos padres. Es una generación marcada por la ausencia. Pero ¡hey! somos número uno. En el ranking que nadie quiere ganar, ahí estamos, en el primer lugar del podio.

LOGRO 4: Retroceso histórico en esperanza de vida

4.6 años de esperanza de vida perdidos. De 75 años bajamos a 71. Retrocedimos tres décadas en desarrollo humano en solo tres años de pandemia. La Cuarta Tribulación logró en un sexenio lo que normalmente tomaría generaciones: deshacer el progreso.

Es transformación, sí. Pero transformación hacia atrás. Evolución al revés. Como si alguien pusiera la película de la humanidad en reversa. Tomamos el trabajo de treinta años de mejoras en salud pública y lo tiramos a la basura. Eficiencia destructiva…podría llamarse en lugar de cuarta transformación: Primera regresión.

LOGRO 5: Privatización involuntaria del sistema de salud

60% de los enfermos de COVID acudió a farmacias privadas en lugar del sistema público de salud. Privatización sin reformas estructurales. Sin necesidad de cambios legislativos. Sin debates en el Congreso. Sin manifestaciones. Solo dejando que el sistema público colapsara hasta que la gente no tuviera alternativa más que pagar de su bolsillo.

El neoliberalismo que tanto criticaban, implementado magistralmente por su propia incompetencia. La mano invisible del mercado operando a plena capacidad porque la mano visible del Estado estaba ocupada en otras cosas más importantes, como cancelar aeropuertos de primer mundo casi terminados, rifar aviones fantasma, construir aeródromos en zonas no adecuadas, construir trenes turísticos devastando selvas tropicales, y eso si…cumplir con la meta de dar conferencias de prensa diarias. Irónico. Poético. Trágico. Y sobre todo, eficiente: lograron en tres años lo que los neoliberales no habían logrado en décadas.

La gente prefería al empleado del Simi con su curso de seis meses que al hospital público sin medicinas, sin personal, sin camas. Y tenían toda la razón del mundo. Al menos en la farmacia había medicinas. Al menos te atendían en menos de seis horas. Al menos no te morías en la sala de espera esperando tu turno que nunca llegaba porque el sistema había colapsado como edificio mal construido durante terremoto.

LOGRO 6: Innovación en transparencia inversa

Clasificaron los contratos de vacunas como secreto de Estado por cinco años. Información de seguridad nacional. Porque nada grita "peligro para la nación" como que los ciudadanos sepan cuánto costaron las vacunas compradas con su dinero.

El gobierno de la "transparencia radical" decidió que transparencia significaba opacidad total cuando convenía. Es transparencia con asterisco. Letra pequeña. Términos y condiciones que hacen que la promesa original no signifique lo que creías que significaba.

Radical, sí. Transparente, no tanto. Pero dos de tres no está mal, ¿verdad?

LOGRO 7: Desarrollo del modelo centinela o mejor dicho "cómo no saber intencionalmente"

Mientras el mundo hacía pruebas masivas para saber dónde estaba el virus, rastrear contactos, y aislar casos, México innovó con el modelo centinela: probar solo al 10% y estimar el resto. Es matemática revolucionaria.

Es como apagar el 10% de las llamas de un incendio para calcular cuántas hay en total. Es como contar solo una de cada diez personas en un censo y multiplicar por diez. Es como cerrar los ojos y adivinar. Ciencia creativa. Epistemología innovadora.

La Comisión Independiente lo documentó con elegancia: las autoridades privilegiaron "controlar la percepción social" sobre reflejar la realidad epidemiológica. En español normal: preferían que creyeras que todo iba bien antes que hacer que todo fuera bien. Es gestión de expectativas elevada a política de salud pública.

LOGRO 8: Récord en imprecisión epidemiológica

López-Gatell proyectó que en el peor escenario posible, el verdaderamente catastrófico, México llegaría a 60 mil muertes. Terminamos con 833 mil en exceso. Error de 773 mil personas. Margen de equivocación de 1,288%.

Es la proyección más equivocada en la historia de la epidemiología mundial. Batimos un récord...y jamás será alcanzado por nadie suponemos. Es como pronosticar llovizna y que caiga un diluvio bíblico. Es como predecir brisa y que llegue un huracán categoría 5 como el Otis. Es impresionante la capacidad que se pudo tener de estar tan, pero tan equivocado y ver cómo ni siquiera ha tenido que dar explicaciones a ninguna fiscalía por genocidio.

Pero recordemos: "ciencia exacta, no de aproximaciones". La aproximación fue solo de mil doscientos por ciento. Detalles técnicos que la cuarta tribulación debió catalogar siempre como “menores”

LOGRO 9: Evolución semántica del cubrebocas

El cubrebocas experimentó una transformación lingüística fascinante en manos del gobierno: En Marzo 2020: "Nula utilidad". En Mayo 2020:

(Aparece usándolo sin explicación). En Octubre de 2020 "Sirve para lo que sirve y no sirve para lo que no sirve. "En Diciembre 2020: "No es indispensable". En Octubre 2021: "Instrumento de personas egoístas".

Del objeto inanimado al agente del mal. Del trapo inútil al símbolo ideológico. Del equipo de protección a herramienta de opresión neoliberal. Es la evolución de las especies aplicada a textiles. Darwin estaría fascinado.

LOGRO 10: Eficiencia logística invertida

Vacunas guardadas 26 días antes de aplicarse. Un sistema que vacunaba 12 millones de niños en un solo día pre pandemia tardó casi un mes en aplicar 220 mil dosis durante la pandemia. Es eficiencia hacia atrás. Es productividad negativa.

De enero a julio de 2022, la cobertura de vacunación creció del 60% al 63%. Tres puntos porcentuales en seis meses. Medio punto por mes. Es la velocidad de un caracol artrítico escalando el Everest. Llegaremos a la meta. Eventualmente. Quizá. Si no nos aburrimos antes.

LOGRO 11: Creación de nuevas categorías ciudadanas

Los padres de niños con cáncer que protestaban por falta de medicinas fueron reclasificados como "golpistas". Innovación en derecho constitucional. Ahora pedir que no maten a tu hijo es intento de golpe de Estado. La lógica jurídica de la Cuarta Tribulación: revolucionaria e incomprensible.

LOGRO 12: Doctorado honoris causa en contradicción

El subsecretario de Salud que: Declaró inútiles los cubrebocas y luego apareció usándolos. Dijo que la fuerza moral previene contagios y luego se contagió. Se fue de vacaciones en pleno pico de mortalidad. Se paseó contagioso por parques públicos. Proyectó 60 mil muertos y hubo 833 mil. Llamó golpistas a padres desesperados…Y mantuvo su puesto hasta el final del sexenio…y hoy es flamante “representante” de México ante la OMS (puesto que no existe en realidad)… Eso es lealtad. O complicidad. O ambas. Probablemente ambas.

LOGRO 13: Normalización del desastre

Lograron que 833 mil muertos se convirtieran en ruido de fondo. En estadística normalizada. En número que dejó de impactar. Cuando la tragedia es tan grande y tan sostenida, el cerebro humano se desconecta. Se acostumbra. Aprende a vivir con el horror como banda sonora.

México aprendió a convivir con casi un millón de muertos como quien convive con el tráfico o la corrupción. Está mal, sí. Pero qué le vamos a hacer. Así son las cosas. Normalidad patológica.

LOGRO 14: Perfección en impunidad

Nadie fue a la cárcel. Nadie fue destituido. Nadie pidió perdón. Nadie admitió error. Nadie pagó consecuencia alguna. El gobierno mató a 330 mil personas por incompetencia documentada y no pasó absolutamente nada.

Es impunidad perfecta. Crimen sin castigo. Negligencia criminal sin criminales castigados. El logro máximo de cualquier régimen autoritario: hacer lo que quieras sin pagar las consecuencias.

Estos fueron los hechos. Facta, non verba.

No interpretaciones políticas. No opiniones editoriales. No especulaciones periodísticas. No teorías conspirativas. Hechos puros, duros, documentados por el INEGI, por la Comisión Independiente, por la Organización Panamericana de la Salud, por registros oficiales que el mismo gobierno publicó antes de darse cuenta de lo mal que quedaba.

Las palabras dijeron "lo hicimos bien". Los hechos dijeron "mataron a 833 mil personas, 330 mil evitables". Las palabras dijeron "somos ejemplo mundial". Los hechos dijeron "cuarto lugar mundial en mortalidad". Las palabras dijeron "transparencia radical". Los hechos dijeron "secretos de Estado clasificados por cinco años". Las palabras dijeron "el pueblo primero". Los hechos dijeron "el pueblo muerto".

Cuando las palabras y los hechos se contradicen tan abiertamente, tan escandalosamente, tan obscenamente, créele mejor a los hechos. Siempre. Sin excepciones. Los hechos no tienen agenda política. Los hechos no mienten por lealtad partidaria. Los hechos no hacen campaña. Los hechos no buscan reelección. Los hechos solo son. Tercos. Inamovibles. Verdaderos.

Y estos son en un corolario criminal y crudo:

833,473 muertos en exceso. 330,000 muertes evitables. Cuarto lugar mundial en tasa de mortalidad. Primer lugar mundial en muerte de personal de salud. Primer lugar continental en generación de orfandad infantil. Retroceso de treinta años en esperanza de vida logrado en solo tres años de pandemia. Privatización involuntaria del sistema de salud. Opacidad radical disfrazada de transparencia. Proyecciones epidemiológicas equivocadas por mil doscientos ochenta y ocho por ciento. Impunidad perfecta, absoluta, total.

Estos son los logros verificables, medibles, cuantificables, documentados, innegables de la Cuarta Tribulación en su gestión de la pandemia de COVID-19.

No necesitan adjetivos calificativos. No requieren interpretación política. Hablan por sí mismos con la claridad brutal de los números.

Gritan, más bien. A todo pulmón. Con la voz de 833 mil muertos que ya no tienen voz.

Pero México, ese país que ha aprendido durante siglos a convivir con la injusticia, aprendió también a no escuchar gritos y tener orejas de

gallina. Especialmente cuando vienen de casi un millón de tumbas. Especialmente cuando reconocer esos gritos implicaría admitir que ¡tú votaste por esto! ¡Que tú lo permitiste! ¡Que fuiste cómplice por omisión o por acción de este abominable genocidio!

Así que los gritos quedan archivados. Documentados. Disponibles para la consulta. Como todo en México: presente pero ignorado. Visible pero no visto. Gritando en silencio…y ya vimos que ¡tú no te arrepentiste y volviste a votar por un régimen que mató a tu familia y dejó huérfanos a tus hijos…! Entonces habrá que empezar a preguntarse ¿Quiénes son en realidad los culpables…los responsables…los verdaderos criminales?... ¿los políticos votados…o los ciudadanos que los votan?

Terminaron de leer. Y tal como Calixto había predicho, varios se habían reído. Risas nerviosas. Incómodas. Del tipo que te sale cuando lees "creatividad en proyecciones epidemiológicas" y entiendes que es error del 1,288%. Risas que duelen. Que saben mal. Que son mitad humor y mitad horror.

El tío de Marcia—el escéptico—tenía el documento en las manos, mirándolo con expresión de quien acaba de descubrir que Santa Claus no existe y además es un asesino serial:

—Esto… esto es real. Todo. Los catorce logros. Son reales.

—Sí—respondió Antonieta—. Verifiqué cada uno. Cuarto lugar mundial en mortalidad: verificado. Primer lugar en muerte de personal de salud: verificado. Primer lugar en orfandad: verificado. Todo real. Todo documentado. Todo con fuente.

—Es que… es que no puedo…—el tío se detuvo, buscando palabras—. No puedo procesar que presentan esto como "logros". Es… es monstruoso.

—Es irónico—corrigió Gaudencio—. Es presentar el fracaso con lenguaje de éxito para demostrar la magnitud del fracaso. Si lo presentas directo, dices "mataron 833 mil personas". Si lo presentas irónico, dices "lograron el cuarto lugar mundial en mortalidad". El segundo duele más. Porque obligas al cerebro a procesar el éxito y el horror simultáneamente.

Uno de los periodistas del fondo—mujer de unos cuarenta, de Proceso—levantó la mano:

—¿Puedo hacer preguntas?

Calixto asintió.

—¿Este debate está autorizado oficialmente por la universidad?

—Está dentro de mi libertad académica. Si eso cuenta como "autorizado", entonces sí.

—¿El director sabe?

—El director me llamó esta mañana. Me advirtió que tenga cuidado. Que presente "múltiples perspectivas". Le dije que no voy a mentirle a mis estudiantes por presupuesto.

—¿Eso significa...?

—Que probablemente me van a despedir. Sí.

Murmullo en el aula. Los estudiantes no sabían eso.

Marcia se levantó:

—Entonces nosotros también hablamos. Si lo despiden por enseñarnos a pensar críticamente, hacemos escándalo. Medios. Redes. Todo. No se va solo.

—Yo también—dijo Rodrigo.

—Y yo—añadió Sirenio.

Uno por uno, los cincuenta y dos levantaron la mano. Incluyendo los padres. Incluyendo los profesores visitantes. Un compromiso silencioso: esto no se olvida. Esto no se borra.

La periodista tomaba notas:

—¿Puedo citar eso?

—Puede—respondió Calixto—. Que quede documentado. Que cuando me despidan—no si, cuando—quede claro por qué fue. Por enseñar datos verificables que incomodan al poder.

Otro periodista, de La Jornada, levantó la mano:

—¿Los estudiantes pueden compartir el documento completo?

—El documento es público—respondió Gaudencio—. Está disponible en repositorios académicos. Cualquiera puede accederlo. Nosotros solo lo estamos analizando en clase.

—¿Y ustedes?—el periodista miró a los estudiantes—. ¿Van a compartirlo?

—Ya lo hicimos—respondió Marcia—. En redes. Nos atacaron. Nos llamaron vendidos, fifís, traidores. Pero también hubo gente que lo leyó. Que empezó a dudar. Que buscó más información.

—¿Cuántos?

—En mi Facebook, 347 personas lo descargaron. En el de Rodrigo, 512. Sirenio lo subió a Twitter y tuvo 2,300 descargas antes de que lo reportaran y bajaran el tweet.

—¿Lo reportaron?

—Por "desinformación". Por compartir datos del INEGI y de la Comisión Independiente. Esa es la nueva definición de desinformación: verdades que incomodan.

El papá de Marcia se paró:

—Yo también lo voy a compartir. Con mi familia. Con mis amigos de Morena. Porque si algo he aprendido estos días es que defender un movimiento político no significa defender ciegamente a los que lo dirigen. Y los que dirigieron la 4T durante la pandemia mataron gente. Por incompetencia. Eso está documentado. Y yo ya no voy a negar hechos por lealtad política.

La mamá de Sirenio, que había estado callada toda la sesión, habló con voz temblorosa:

—Mi suegra murió en mayo de 2020. Y yo, como idiota, defendí al gobierno. Dije que habían hecho lo que pudieron. Que nadie estaba preparado. Que otros países también...

Se le quebró la voz:

—Y resulta que no. Que había países preparados. Que había gobiernos que sí hicieron su trabajo. Y el nuestro no. Y mi suegra murió porque nuestro gobierno prefirió mostrar amuletos en lugar de hacer ciencia. Y yo lo defendí. Le mentí a mi hijo. Le dije que su abuela murió porque así debía ser. Y no. Murió porque su gobierno fue incompetente.

Sirenio tomó la mano de su mamá. No dijo nada. Qué se puede decir.

Calixto cerró el documento:

—Siguiente semana. Última sesión. El epílogo. "La risa amarga que es resistencia". La reflexión final sobre qué hacemos con este conocimiento. Sobre cómo vivimos sabiendo lo que ahora sabemos. Sobre la memoria que no prescribe.

Miró a los periodistas:

—Y sí, pueden venir. Esto es educación pública en universidad pública. Todo el que quiera puede presenciar.

Los cincuenta y dos salieron lentamente. Ya no había el peso emocional devastador del capítulo 6. Pero había algo más: claridad. Porque el capítulo 7 había hecho algo importante: había resumido todo el desastre en catorce puntos. Compacto. Compartible. Memorable.

Ya no necesitabas leer seiscientas páginas de la Comisión Independiente para entender. Solo necesitabas leer los catorce logros. Y entendías todo.

Primer lugar en muerte de personal de salud. Primer lugar en orfandad. Error del 1,288% en proyecciones. Amuletos como política pública. 26 días para aplicar vacunas. Padres llamados golpistas. Perfección en impunidad.

Catorce formas de matar gente presentadas como éxitos.

Esa noche, el documento completo explotó en redes sociales. Porque los cincuenta y dos estudiantes lo compartieron. Y los padres. Y los profesores. Y los periodistas escribieron sobre el "debate prohibido en la UNAM".

Y el gobierno... no dijo nada. Otra vez. Porque ¿qué podían decir? ¿Negar los datos del INEGI? ¿Refutar a la Comisión Independiente? ¿Defender los amuletos? ¿Justificar Zipolite?

No había defensa posible. Solo quedaba el silencio. Y esperar que pasara.

Pero esta vez no pasó. Porque cincuenta y dos personas se habían convertido en cientos. Y cientos en miles. Y cada uno que leía el documento y veía los datos ya no podía dejar de verlos.

El tío de Marcia esa noche llamó a su hermano—el papá de Marcia—:

—Leí todo. Todo el documento. Las setecientas páginas. Me tardé cinco horas. Y tienes razón. En todo. Yo estaba equivocado. Y lo siento.

—No lo sientas. Solo no vuelvas a creer ciegamente. Verifica siempre. Cuestiona todo. Incluso—especialmente—lo que quieres creer.

La mamá de Sirenio esa noche fue al cementerio. A la tumba de su suegra. Le llevó flores. Y le habló:

—Guadalupe, ahora sé qué pasó. Ahora sé que no tenías que morir. Que 330 mil personas no tenían que morir. Que tu gobierno fue incompetente. Y yo fui idiota. Pero ya no más. Ya no voy a defender lo indefendible. Ya no voy a mentir. Ya no voy a olvidar.

Se quedó ahí una hora. Llorando. Procesando. Aceptando.

Y en el aula 304, Calixto preparaba la última sesión. El epílogo. La reflexión final. El cierre.

Sabía que probablemente sería su última clase en la UNAM. Que el director ya tendría su carta de despido lista. Que esto le costaría su trabajo.

Pero algunos principios no se negocian.

Y enseñar la verdad, aunque duela, aunque incomode, aunque destruya carreras, es uno de esos principios.

Facta non verba.

Los hechos hablan.

Y cuando los hechos gritan, callarlos es complicidad.

Faltaba una sesión. Una última oportunidad de reflexionar sobre qué significa vivir con este conocimiento. Sobre qué hacemos cuando sabemos que nuestro gobierno mató a 830 mil personas y nadie pagó.

Sobre cómo se vive en un país donde la impunidad es la norma y la memoria es la única forma de justicia.

Sobre la risa amarga. La que duele. La que resiste. La que recuerda.

Una semana más. Y el aula 304 habría cambiado cincuenta y dos vidas.

Y a través de ellos, quizá, cambiaría muchas más.

O al menos, los haría pensar.

Y en México, hacer pensar ya es revolución.

EPÍLOGO

LA RISA AMARGA QUE ES RESISTENCIA

La última sesión del aula 304 fue un miércoles. No un martes como todas las anteriores. Porque el martes, el director había cancelado todas las clases del edificio "por mantenimiento de emergencia". Mentira obvia. Querían evitar que llegaran más periodistas. Más testigos. Más evidencia de que la libertad académica en la UNAM tenía límites presupuestales.

Pero Calixto Góngora Amieva había enseñado treinta años en esa universidad. Conocía cada recoveco. Cada aula vacía. Cada espacio sin vigilancia. Así que el miércoles a las 11 AM, cincuenta y dos personas se reunieron en el aula 208 del tercer piso. Más chica. Más escondida. Más rebelde.

Ya no había proyector. Gaudencio trajo su laptop y todos se amontonaron alrededor. Ya no había sillas suficientes. La mitad estaba parada o sentada en el suelo. Y todos, absolutamente todos, sabían que esta era la última vez. Que después de esto, el aula 304—o la 208, o donde sea que se reunieran—ya no existiría.

Porque Calixto había recibido la carta esa mañana. "Por motivos de reestructuración administrativa y consideraciones presupuestales, su contrato no será renovado." Lenguaje técnico para "te despedimos por incomodar al poder".

No les dijo. No hacía falta. Todos lo sabían. Se veía en su cara. En la forma de caminar. En el silencio pesado que traía consigo.

Marcia llegó con sus dos papás y cinco familiares más. Rodrigo con su papá y tres profesores de su escuela. Sirenio con su mamá y dos hermanos. El aula 208 era familia ahora. Familia forjada en verdades incómodas.

Los cinco periodistas también estaban ahí. Habían prometido discreción. No publicarían hasta después. Pero documentarían. Porque esto era historia. Historia pequeña. Historia de aula. Pero historia real.

Calixto cerró la puerta. No había seguro. No importaba. Nadie iba a interrumpir. Porque nadie oficialmente sabía que estaban ahí.

—Última sesión—dijo sin preámbulo—. El epílogo. La reflexión final sobre qué hacemos con lo que ahora sabemos. Sobre cómo se vive en un país donde tu gobierno mata a 830 mil personas y nadie paga.

Miró a los cincuenta y dos:

—Y sobre la risa. La risa amarga. La que duele. La que resiste. La que recuerda.

Gaudencio abrió el documento en su laptop, lo giró para que todos pudieran ver:

—Este es el epílogo original. El que cierra el libro. Pero hoy no solo lo vamos a leer. Lo vamos a vivir. Porque ustedes cincuenta y dos son ahora parte de esta historia. Son los que leyeron. Los que confrontaron. Los que cambiaron de opinión cuando los datos lo exigieron. Los que resistieron.

Silencio.

—Léanlo. Y después hablamos. Por última vez. Y decidimos qué hacer con todo esto.

Y comenzaron a leer:

Esta lección no se quedará confinada a la pandemia. Se extenderá a todo. Si puedes matar a 330 mil personas sin consecuencias, ¿qué no puedes hacer? ¿Qué límite existe? ¿Qué línea no se puede cruzar?

La respuesta parece ser: ninguna.

Y eso debería aterrarnos. Debería mantenernos despiertos en las noches. Debería motivarnos a exigir justicia, rendición de cuentas, aunque sea simbólica.

Pero no lo hace. Porque estamos cansados. Porque hemos aprendido que exigir justicia en México es como exigirle peras al olmo. Porque la fatiga cívica es real y profunda.

Entonces escribimos libros como este. Con ironía. Con humor negro. Con sarcasmo mordaz. No porque sea divertido. Sino porque es la única forma de procesar lo improcesable sin volverse loco.

La risa en tiempos de COVID no es alegría. Es mecanismo de supervivencia. Es válvula de escape. Es forma de decir "esto es tan absurdo que solo puedo reírme para no gritar".

Es documentar el desastre con la esperanza de que alguien, en algún momento, en algún lugar, lea esto y diga "no podemos dejar que vuelva a pasar".

Aunque probablemente vuelva a pasar.

Porque México es país de memoria corta y perdón fácil. Olvidamos rápido. Perdonamos todo. Y los que causaron el desastre cuentan con eso. Cuentan con que en seis años, en doce años, nadie recordará. Cuentan con que las nuevas generaciones no sabrán. Cuentan con que la historia será reescrita.

Por eso libros como este importan. Por eso documentar importa. Por eso no dejar que olviden importa.

833,473 muertos en exceso. 330,000 evitables. Cuatro de cada diez. Casi un millón de vidas. Familias rotas. Niños huérfanos. Profesionales de

salud caídos. Treinta años de progreso borrados en tres años de incompetencia.

No fueron números. Fueron personas. Tenían nombres. Familias. Sueños. Futuros que nunca llegaron porque su gobierno decidió que combatir un virus con ciencia era menos importante que combatirlo con fe.

Este libro es para ellos. Los 833,473. Los que no están aquí para contar su historia. Los que no pueden exigir justicia. Los que no tienen voz.

Este libro es su voz.

Imperfecta. Irónica. Amarga. Pero voz al fin.

Y mientras haya quien lea, quien recuerde, quien se niegue a olvidar, ellos no habrán muerto del todo.

Vivirán en estas páginas. En estos datos. En esta risa amarga que es grito disfrazado de carcajada.

Porque la risa, al final, es lo único que nos queda cuando todo lo demás ha sido arrebatado.

Ríanse entonces. Pero recuerden por qué se ríen.

Ríanse de la mentira. De la incompetencia. Del cinismo. De la soberbia. De todo lo que convirtió una crisis manejable en genocidio por negligencia.

Pero no olviden.

Nunca olviden…porque

Los 833,473 no pueden olvidar.

Están muertos.

Nosotros tenemos la obligación de recordar por ellos.

Y de reír. Amargamente. Dolorosamente. Necesariamente.

Porque la risa en tiempos de COVID no es el final de la historia.

Es el principio de la memoria.

Y la memoria, a diferencia de la justicia en México, no prescribe.

Si alguien debe avergonzarse de todo…tal vez no sea el régimen que perpetró el crimen voluntaria o involuntariamente… tal vez sea quienes lo impusieron como régimen y lo revalidaron como tal…

Así que se arrepienta quien sienta que debe hacerlo…

Porque "tanto peca el que mata la vaca…como el que le detiene la pata".

¿Oíste votante mexicano?

Cuando terminaron de leer, el silencio era absoluto. No era shock. No era tristeza. Era algo más profundo. Era aceptación de una responsabilidad que iba más allá del aula.

Fue Sirenio quien habló primero. Se paró, puso su mano sobre el documento en la laptop de Gaudencio:

—Este documento dice "este libro es su voz". La voz de los 833 mil. Y tiene razón. Pero nosotros también somos su voz ahora. Nosotros leímos. Nosotros sabemos. Nosotros tenemos la obligación de no olvidar.

Miró al grupo:

—Mi abuela no puede hablar. Pero yo sí. Y voy a hablar. En cada clase. En cada conversación. En cada elección. Voy a recordar que mi gobierno la mató por incompetencia. Y no voy a dejar que nadie olvide.

La mamá de Marcia se levantó, con lágrimas:

—Yo voté dos veces por el gobierno que mató a 330 mil personas. Y voy a cargar con eso toda mi vida. Pero también voy a asegurarme de que nadie más vote ciegamente. De que nadie más crea sin verificar. De que nadie más confunda narrativa con realidad.

El papá de Rodrigo también se paró:

—Yo enseño historia. Y ahora tengo nueva misión: enseñar esta historia. La historia de cómo México mató a casi un millón de personas por incompetencia. Y de cómo nadie pagó. Porque si no enseñamos historia, la historia se repite. Y 330 mil muertes evitables ya es suficiente lección.

Marcia levantó su celular:

—Subí el documento completo a un servidor independiente. Ya no pueden borrarlo. Ya no pueden callarlo. Está ahí. Para siempre. Para quien quiera leerlo. Y lo voy a compartir hasta que me canse. Y no me voy a cansar.

Rodrigo añadió:

—Yo también. Y cada vez que alguien me diga "propaganda", voy a responder con datos. Del INEGI. De la Comisión Independiente. De fuentes oficiales. Porque los hechos no son propaganda. Los hechos son hechos.

Antonieta, la verificadora silenciosa, se paró:

—Voy a seguir verificando. Cada afirmación política. Cada promesa gubernamental. Cada declaración oficial. Porque verificar es resistir. Y yo voy a resistir verificando.

Uno por uno, los cincuenta y dos se pararon. Cada uno comprometiéndose. Cada uno decidiendo qué hacer con el conocimiento que ahora cargaban.

Calixto los observaba. Había sido despedido. Había perdido su trabajo. Había arriesgado todo. Y mirando a esos cincuenta y dos, supo que había valido la pena.

Porque cambiar cincuenta y dos mentes es cambiar cincuenta y dos votantes. Cincuenta y dos conversaciones. Cincuenta y dos fuentes de verdad. Y a través de ellos, quizá cientos más. Quizá miles.

Gaudencio cerró la laptop:

—El documento dice "la risa es lo único que nos queda". Pero no es cierto. También nos queda esto. Este grupo. Esta memoria compartida. Esta decisión de no olvidar.

Miró a Calixto:

—Profesor, usted arriesgó su carrera por enseñarnos a pensar. Y nosotros vamos a honrar eso pensando. Siempre. Críticamente. Sin miedo.

Los cincuenta y dos aplaudieron. No era celebración. Era promesa. Era compromiso.

La periodista de Proceso levantó la mano:

—¿Puedo hacer una última pregunta?

Calixto asintió.

—¿Valió la pena? ¿Perder su trabajo por ocho semanas de debate?

Calixto sonrió por primera vez en días:

—Pregúnteles a ellos en diez años. Cuando voten. Cuando participen. Cuando enseñen a sus hijos. Cuando se nieguen a creer ciegamente. Pregúnteles entonces si valió la pena.

La periodista se volteó hacia los estudiantes:

—¿Valió la pena?

—Sí—respondieron cincuenta y dos voces al unísono.

No era grito. Era certeza.

Calixto guardó sus cosas. Por última vez. Porque mañana ya no tendría oficina. Ya no tendría salón. Ya no tendría trabajo. Pero tendría cincuenta y dos estudiantes que aprendieron a pensar. Y eso, honestamente, era más valioso que cualquier plaza académica.

Salieron del aula 208 en silencio. No hubo despedida dramática. No hubo discursos finales. Solo salieron. Con el peso del conocimiento. Con la responsabilidad de la memoria. Con la obligación de no olvidar.

En el pasillo, Sirenio se detuvo. Sacó la foto de su abuela. La miró una última vez. Y la guardó. Ya no en su mochila. En su cartera. Donde siempre estaría. Como recordatorio permanente.

Guadalupe Montebello García. 1947-2020. Una de las 330 mil evitables.

Su nieto había aprendido a pensar críticamente. Había aprendido a verificar. Había aprendido a no creer ciegamente. Y había aprendido a recordar.

Ella no había muerto en vano. Porque su muerte había enseñado a su nieto la lección más importante: que los gobiernos mienten, que las narrativas engañan, y que solo los datos—fríos, verificables, incómodos—dicen la verdad.

Y esa lección valía 330 mil muertes.

No debería. Pero así es México. Aprendemos las lecciones más importantes al precio más alto.

DOS AÑOS DESPUÉS

El aula 304 seguía existiendo. Con otro profesor. Enseñando teoría política sin riesgos. Sin datos incómodos. Sin verdades que quemen.

Pero los cincuenta y dos se seguían reuniendo. No en la UNAM. En casas. En cafés. En parques. Formaron un colectivo: "Memoria 833,473". Dedicado a documentar, verificar, recordar.

Subían videos en TikTok explicando datos del INEGI. Temas en Twitter citando la Comisión Independiente. Posts en Facebook desmontando narrativas gubernamentales. Siempre con fuentes. Siempre verificado. Siempre recordando.

Y lentamente, muy lentamente, la verdad se propagaba.

No era viral. No era masivo. Pero era constante. Como goteo perpetuo que eventualmente perfora la piedra.

Marcia terminó su carrera. Se graduó con mención honorífica. Tema de tesis: "Análisis crítico del discurso político durante crisis sanitarias: el caso COVID-19 en México." Calificación: 10.

Rodrigo también. Su tesis: "Disonancia cognitiva y lealtad partidaria: estudio de caso sobre cambio de opinión política basado en evidencia." Calificación: 10.

Sirenio estudió medicina. Porque quería entender, científicamente, cómo su gobierno había matado a su abuela. Y porque quería ser el tipo de doctor que su país necesitaba: uno que siguiera ciencia, no narrativas.

Y Calixto Góngora Amieva consiguió trabajo en una universidad privada. Menos prestigio. Mejor paga. Y libertad académica real. Porque las universidades privadas no dependen de presupuesto gubernamental.

Su primera clase en la nueva universidad: "Pensamiento crítico y análisis de políticas públicas". Primer tema: "El manejo de la pandemia COVID-19 en México: caso de estudio."

Porque algunos profesores no aprenden a callarse. Y está bien. El mundo necesita profesores que no se callen.

DIEZ AÑOS DESPUÉS

En 2035 México tuvo otra pandemia. Influenza aviar mutada. Menos letal que COVID. Pero suficiente para poner a prueba el sistema de salud otra vez.

Y esta vez, algo fue diferente.

Los ahora-adultos que habían estado en el aula 304 estaban en posiciones de poder. Marcia trabajaba en la Secretaría de Salud. Rodrigo era asesor legislativo. Sirenio era epidemiólogo del IMSS. Antonieta dirigía la oficina de verificación de datos del INEGI.

Y cuando el nuevo gobierno intentó repetir los errores del 2020—minimizar, negar, retrasar—ellos gritaron. Con datos. Con evidencia. Con memoria.

"No otra vez" se convirtió en hashtag. En movimiento. En exigencia.

Y el gobierno, viendo la resistencia organizada, documentada, verificada, hizo algo inusual en México: escuchó.

Implementaron pruebas masivas desde el inicio. Protegieron al personal de salud. Siguieron ciencia, no narrativas. Y cuando terminó la pandemia, México había tenido una de las mejores respuestas del continente.

No perfecta. Pero competente.

Y cuando alguien le preguntó a Marcia—ahora subsecretaria de Salud—cómo habían evitado los errores de 2020, respondió:

—Porque recordamos. Porque cincuenta y dos personas en un aula escondida de la UNAM decidieron que nunca volveríamos a matar gente por incompetencia. Y cumplimos esa promesa.

En 2035, Calixto Góngora Amieva tenía 68 años. Estaba retirado. Vivía en Oaxaca. Daba clases ocasionales en línea. Escribía. Leía. Descansaba.

Y un día recibió un paquete. De la Secretaría de Salud. Dentro había una placa:

"Al Prof. Calixto Góngora Amieva, Por enseñar a una generación a pensar críticamente. Por arriesgar todo para defender la verdad. Por los 330,000 que no olvidamos. Con gratitud eterna, Los 52 del Aula 304"

Calixto lloró. Porque algunos sacrificios sí valen la pena. Aunque tarden diez años en demostrarlo.

LA LECCIÓN FINAL

Este libro termina aquí. Pero la historia no.

Porque 833,473 personas murieron. Y 330,000 de ellas no tenían que morir. Y nadie pagó. Y nadie fue a la cárcel. Y nadie pidió perdón.

Pero algunos recordaron.

Y esos “algunos” enseñaron a otros.

Y esos otros enseñaron a más.

Y eventualmente, la memoria se convirtió en acción.

No inmediata. No dramática. Pero real.

Porque la justicia en México no llega rápido. A veces no llega nunca. Pero la memoria sí llega. Y la memoria, eventualmente, cambia las cosas.

Tal vez no en este sexenio. Ni en el siguiente. Pero eventualmente… sucederá

Porque los 833,473 tienen nombres. Tienen familias. Tienen gente que recuerda. Que no olvida. Que no perdona.

Y mientras haya uno que recuerde, ellos no habrán muerto en vano.

Esta es la risa amarga. La risa que duele. La risa que resiste. La risa que recuerda.

Ríanse si quieren. Pero no olviden.

Nunca olviden.

Los muertos no pueden defenderse.

Nosotros tenemos la obligación de defenderlos recordando.

833,473

330,000 EVITABLES

NINGUNA CONSECUENCIA

Esto no es ficción.

Esto pasó.

En México.

En pleno siglo XXI.

Y lo más aterrador no es que pasó.

Es que podría volver a pasar.

A menos que recordemos.

FIN

(Porque la memoria, a diferencia de la justicia en México, no prescribe.)